

VILLA de MADRID

Sumario

Las autopistas de la Paz y del Manzanares, gran obra urbanística de nuestro tiempo, por MARIO GONZÁLEZ MOLINA.

Dudas y certidumbres sobre la patria de Isabel la Católica, por ENRIQUE PASTOR MATEOS.

La Reina, por TOMÁS BORRÁS.

La Reina Regente pide escuelas para Madrid, por ALFONSO INIESTA.

La pintura en el Madrid de Goya, por MARIANO JUBERÍAS OCHOA.

Los Madriles de las pajaritas cantoras, por FEDERICO ROMERO.

Madrid en la Poesía, por MERCEDES AGULLÓ Y COBOS.

Diversiones populares: espectáculos de física recreativa, por MARÍA DEL CARMEN SIMÓN PALMER.

Madrid en el cine de Edgar Neville, por LUIS GÓMEZ MESA.

Apuntes para un catálogo de lápidas madrileñas, por JUAN SAMPELAYO.

Ilustraciones de Carlos Tauler y Chausa.

Fotografías Aulocolor, José María Izquierdo, archivo gráfico de Contreras y Yebra.

Depósito legal: M. 4.194 - 1959

Imp. PUEYO. Luna, 27 - MADRID

VILLA *de* MADRID

R E V I S T A D E L E X C M O . A Y U N T A M I E N T O

DELEGACION DE EDUCACION

DIRECTOR:
RUFO GAMAZO RICO

REDACCION Y ADMINISTRACION:
PLAZA DE LA VILLA

Teléfonos: Dirección, 248 62 29;
Administración, 248 01 29

PRECIO DEL EJEMPLAR: 70 PESETAS

SUSCRIPCIONES
Año: 280 pesetas

M A D R I D

AÑO XII

1974 - III

NUM. 44

LAS AUTOPISTAS DE LA PAZ Y DEL GRAN OBRA URBANISTICA



El puente de O'Donell de extraordinarias dimensiones, sirve de eje al enlace en trébol completo.

MANZANARES,

DE NUESTROS TIEMPOS

Por MARIO GONZALEZ MOLINA



El Presidente del Gobierno, don Carlos Arias Navarro, corta la cinta inaugural ante la mirada sonriente del alcalde de Madrid.

EL día 11 de noviembre fueron inauguradas las avenidas de la Paz y del Manzanares, con lo que en buena parte ha entrado en

funcionamiento el tercer cinturón de la Red Arterial de Madrid. Este acontecimiento ha sido recogido con la amplitud y realce que me-

rece en los medios informativos nacionales y ha llenado de alegría y esperanza a todos los madrileños. El acto de la inauguración fue



El Presidente del Gobierno y demás autoridades durante la inauguración.

sencillo y solemne al mismo tiempo. Lo primero porque en esencia consistió, tras el corte de la cinta

Puente de Gómez Ulla.



simbólica, en recorrer los tramos objeto de la inauguración; lo segundo, porque lo realzó con su presencia el actual presidente del Gobierno y ex alcalde de Madrid don Carlos Arias Navarro, al que acompañaban el presidente de las Cortes, el vicepresidente primero del Gobierno y los ministros de Obras Públicas y de la Vivienda, así como el alcalde de Madrid, don Miguel Ángel García Lomas. Al acto se sumó además un sol radiante y gran número de madrileños, que se agolpaban a lo largo del trayecto. No hubo discursos, ya que la satisfacción general no precisaba de otras expresiones. Madrid, con esta inauguración,

viene a cumplir la primera y más importante etapa de su Red Arterial.

Enlace de Manoteras.



MADRID Y SU CONFIGURACION URBANA

Madrid aparece con un núcleo interior antiguo, congestionado, compacto, y un extrarradio que se desborda en todas direcciones. El crecimiento de Madrid ha sido un tanto anómalo, ya que se ha realizado en círculos tangenciales a su núcleo primitivo, exactamente

en el punto donde se situaba su castillo famoso. Su desarrollo urbano se ha realizado tomando como líneas maestras sus caminos de enlace con otras poblaciones que se fueron bordeando de construcciones y solidificando en los espacios interiores. Así surgieron las callejuelas del Madrid medieval, del Madrid de los Austrias, del que estuvo durante siglos constre-

ñido por la famosa cerca de los tiempos de Felipe IV, cuyo crecimiento hubo de hacerse a costa de los huertos interiores y con quereencia hacia las alturas, al estilo del chocolate, como diría Larra.

Cuando la cerca fue derribada hace poco más de un siglo, Madrid empezó a desparramarse y aún no ha terminado de hacerlo. Nacieron con cierto orden y me-

El Enlace Norte, a tres niveles, conecta el cuarto ciuturón, la autopista de Las Rozas y la autovia de Colmenar Viejo con la avenida del Generalísimo.





sura los barrios de Salamanca y los de Chamberí y Argüelles, es decir, lo que estaba comprendido dentro del Ensanche de Castro, pero rebasados sus límites nacieron otras barriadas humildes, sin ningún orden. Y así tenemos en Madrid esa enorme rémora de barrios como los de Cuatro Caminos, Tetuán, la Guindalera... Luego a todo esto vino a unirse la angustiosa necesidad de viviendas que se manifestó de manera tan aguda después de la guerra. Había que construir viviendas como fuese. No se trata de censurar cuanto se hizo, sino de resumir una evolución histórica. Cada día trae su afán y hay que situarse en cada coyuntura histórica para juzgar debidamente. Sin embargo, el resultado de todo esto es que cuando se promulga la Ley Especial de Madrid, la capital de España aparece como un monstruo urbano cuyo centro es un laberinto de callejuelas que se amontonan entre largas vías radiales, un ensanche más pretencioso que efectivo y un extrarradio en el que todo desorden urbanístico tiene su asiento. Como manchas verdes en la pétrea contextura, el Retiro, la Casa de Campo, la Dehesa de la Villa...

Sobre este esquema ha de operar el equipo técnico que arriba a la Casa de la Villa al iniciarse la puesta en vigor de la Ley Especial. El resultado de la política urbanística desde la llegada de Carlos Arias a la alcaldía de Madrid está presente en la memoria y en el agradecimiento de todos los madrileños. En el interior se ha tratado de ordenar y paliar los efectos de la circulación mediante la construcción de pasos a distinto nivel y de estacionamientos subterráneos. En acción paralela se ha procurado, en un esfuerzo casi sobrehumano, el esponjar en lo

La avenida de la Paz entre la de la Albufera y Moratalaz.



A ambos lados del puente de Toledo se elevan dos nuevos que canalizan la circulación en ambas direcciones.

posible el congestionado casco urbano mediante la creación de plazuelas ajardinadas, que se coordina con la apertura de grandes parques cuando ello es posible. Así han surgido de manera que parece milagrosa las plazuelas del Carmen, de San Ildefonso, de Luna-Tudescos y así se formará la de Olavide. Se han conseguido enormes espacios abiertos como la gran plaza de Colón, los jardi-

nes de la Montaña del Príncipe Pío, y la dehesa de la Arganzuela, salvada "in extremis" gracias a la energía y el tesón de don Carlos Arias.

Pero sobre todo este esquema urbano gravitaba un enorme problema: el de la circulación, la "bestia negra del urbanismo". El auge del parque automovilístico, que presiona a ritmo creciente sobre

unas estructuras viarias arcaicas, rígidas y mezquinas origina un problema cuya solución no puede ser otra que la adecuación de grandes vías de transporte rápido que faciliten los grandes desplazamientos y eviten la aglomeración de vehículos en el interior, sin contar otros arbitrios más utópicos o radicales que se han apuntado, tales como la creación de una nueva capital administrativa alejada del actual Madrid.

municaciones de toda España, como muy bien ha dicho recientemente el alcalde de Madrid, don Miguel Angel García Lomas. Hay que tener en cuenta que, según datos del Boletín del Ministerio de Obras Públicas, en Madrid reside más del 10 por 100 del parque nacional de vehículos y el número de viajes que se producen diariamente en la ciudad supera el 50 por 100 del total que realiza por las carreteras del Estado.



Junto a la avenida, modernos bloques de viviendas.

En una política de ordenación de la circulación, lo más positivo ha sido la puesta en marcha de una red arterial asentada sobre el esquema urbano. El alcance de esta red no queda circunscrito al ámbito madrileño, ya que por el sistema centralizado de los medios nacionales de comunicación, su puesta en marcha afecta a las co-

ESQUEMA DE LA RED ARTERIAL MADRILEÑA

En esencia, se compone de tres sistemas de vías: las radiales o de penetración; las de circunvalación y las transversales.

En Madrid las vías radiales no son más que la prolongación y adecuación de los viejos caminos



El puente oblicuo, cerca del herreriano puente de Segovia.

interurbanos transformados posteriormente en carreteras nacionales. Son las calles de Alcalá, de Toledo, de Segovia, de Fuencarral, de Aragón...

En cuanto a las vías de circunvalación o cinturones hay previstos cinco. El primero, en líneas generales, engloba el casco antiguo. Está constituido por las calles de Sagasta, Génova, Alberto Aguilera, Marqués de Urquijo, Pintor Rosales, Ferraz, Bailén, Paseo de San Francisco, Rondas de Toledo y Segovia, paseos del General Primo de Rivera, del Prado y de Calvo Sotelo. Esto ya existía y la actuación para su adecuación a las necesidades circulatorias ha sido mínima: supresión de bulevares y giros a la izquierda y ordenación más racional del tráfico.

El segundo cinturón se identifica con el clásico paseo de Ronda, o sea el límite del ensanche de Castro, constituido por las avenidas de Reina Victoria, de Raimundo Fernández Villaverde, de Joaquín Costa, del Doctor Esquerdo. Esta serie de avenidas, concebidas con mayor amplitud de lo que en Madrid es corriente, han resultado providenciales para la configuración de este segundo cinturón de la red arterial. Han sido como una "gran reserva urbanística", en fra-

se de Miner Otamendi. Se completa, una vez atravesada la zona ferroviaria de Atocha, que constituye un notable impedimento, con las calles del Ferrocarril y de Embajadores, Ronda de Toledo, avenida de San Francisco, calles de Bailén y Pintor Rosales, tramos que comparte con el Primer Cinturón, y se completa con las Avenidas de los Reyes Católicos, San Francisco de Sales y General Ibáñez Ibero, que desemboca en la avenida de la Reina Victoria. Las obras para acondicionar este Segundo Cinturón han sido muy importantes, tales como la supresión de los bulevares y la construcción de varios pasos a distinto nivel.

El Tercer Cinturón es sin duda el que plantea más problemas y apunta mejores soluciones. Aquí todo ha habido que hacerlo de nueva planta. De él forman parte principalísima las avenidas de la Paz y del Manzanares, cuyas inauguraciones se acaban de realizar.

El Cuarto Cinturón, titulado por los técnicos muy poéticamente como "Ronda del año horizonte", tiene sus puntos límite en Moratalaz, Puente de Vallecas, Palomeras, Orcasitas, Carabanchel y límite de la Casa de Campo.

Todo esto era lo establecido en el plan redactado en el año 1961,

En Enlace Sur, donde se unen las dos avenidas.



en el que sólo se previeron los cuatro anillos de circunvalación que hemos señalado. Con posterioridad se estableció la posibilidad de trazar el Quinto Cinturón, que discurre en su totalidad por zonas rústicas y que establece unas previsiones para el futuro de Madrid que bien quisiéramos quedaran reflejadas pronto en la realidad. En líneas generales su trazado es el siguiente: por el Nordeste sigue la vaguada del Arroyo

te del Pardo y se ignora si lo bordeará o lo atravesará.

LA AVENIDA DE LA PAZ

De todo este conjunto de autopistas, vías radiales y anillos de circunvalación sin duda la parte más popular, costosa y fundamental es la Avenida de la Paz. Trazada sobre el cauce del Arroyo Abroñigal se perfila como eje definidor



El puente de Toledo recorta su silueta barroca sobre la avenida del Manzanares.

de Valdevelas y el Valle del Jarama; por el Sudeste, bordea las lomas de la zona miocénica; por el Sudoeste, atraviesa las zonas urbanas de Villaverde, Leganés, Carabanchel Bajo y Alcorcón; por el Oeste, su trazado ha sido ya respetado por las zonas residenciales urbanizadas; por el Noroeste, este Cinturón tropieza con el Mon-

del Madrid futuro. Según palabras de don Carlos Arias Navarro es "la gran obra urbanística de nuestra generación". Ya los autores del siglo pasado que se preocupaban por los asuntos madrileños vieron el cauce del Abroñigal como eje de un futuro trabado urbano. Así, Angel Fernández de los Ríos, en su Guía de Madrid, dice: "El Abro-



Puente de la Fuente del Berro.

los que 1.740.960 se destinan a zona verde, 2.333.981 a viales y 2.970.809 tendrán la calificación de edificables. La avenida de la Paz será no solamente un eje Norte-Sur de tránsito rápido, que descongestionará el actual de la Castellana, sino que se convertirá en vía colectora urbana para las zonas edificadas en sus márgenes. Los pasos elevados y los nudos de enlace han de permitir la descongestión circulatoria y la penetración en la ciudad por diferentes zonas a lo largo de todo su recorrido. No olvidemos que inciden en esa avenida carreteras nacionales como la de Burgos, Valencia, Barcelona.

El tramo de la avenida de la Paz, recientemente inaugurado, comprende desde el puente del Doctor Gómez Ulla, en el cruce con

ñigal corre por el este de Madrid y está llamado a ser contorno de un nuevo ensanche desde Chamartín hasta que desemboca en el Manzanares, frente al Soto de Luzón". Los antecedentes más concretos de esta obra podemos situarlos en

la Ley del 18 de junio de 1936 y en el Decreto de 24 de julio de 1947. Desde entonces la preocupación municipal por la apertura de esta gran arteria se ha hecho patente en todos los planes de ordenación de sectores limítrofes, que quedaron condicionados por el proyecto de esta gran avenida. De esta servidumbre no se ha librado ni el mismo proyecto de ordenación de la Ciudad Lineal, con toda su importancia histórica y urbanística.

La Avenida de la Paz tendrá una longitud total de trece kilómetros y medio desde el Enlace Norte en la Avenida de Pío XII hasta el Puente de los Tres Ojos, de donde parte la Avenida del Manzanares. La superficie total de la Avenida de la Paz y de su zona de protección es de 2.504.332 metros cuadrados. El resto de su zona de influencia lo ocupa una superficie de 7.529.369 metros cuadrados, de



Puente del Parque de las Avenidas.

la autopista de Barajas, y el Puente de los Tres Ojos. Las conexiones con las distintas vías urbanas e interurbanas se realizan por medio de diez enlaces, alguno de ellos de gran complejidad y superficie, así el de O'Donnell, cuyo puente tiene una longitud de 116 metros, con una superficie de tablero de 4.733 metros cuadrados.

Puente del Calero.



*Vista parcial del enlace del puente de los
Héroes del Alcázar.*

Otros son los del Parque de las Avenidas, el del Doctor Gómez Ulla, el de Sainz de Baranda, el puente de la Estrella, el de la Lira, que quedará integrado en su día en el enlace de las autopistas de la Paz y de Valencia. Por último, el enlace Sur, con el Puente de los Tres Ojos, punto de unión de las dos autopistas de la Paz y del Manzanares. En fases posteriores se logrará una conexión con la carretera de Andalucía, y arrancará de aquí la futura autopista A-4, que enlazará a su vez con el cinturón de la Red Arterial.

LA AVENIDA DEL MANZANARES

Madrid, en su desarrollo urbano, ha vivido de espaldas al río. Aunque la villa tuvo su núcleo en una



Puente de la Lira.

eminencia que domina casi a tiro de piedra el valle del Manzanares, el río nunca pasó de ser lugar de esparcimiento para holgorios populares y blanco de todas las bur-las. Pero sobre todo, y esto es su grandeza y su servidumbre, el Manzan-ares ha sido la cloaca máxima de la villa. Solamente en nuestros días Madrid se ha decidido a sal-

tar la exigua corriente de su aprend-iz de río para extenderse por las lomas de Carabanchel y Villaverde. Eso sí, lo ha realizado con tanto entusiasmo que estos distritos su-peran ya ampliamente la población de Bilbao.

Urbanísticamente el Manzanares pudo ser el eje de una gran zona ajardinada, que sólo se ha conse-guido a medias. Del abandono de los tiempos de Pío Baroja y de Solana, campo de las andanzas de traperos y maleantes, ha pasa-do a ser zona habitable cada vez más dignificada. La creación del parque de la Arganzuela ha sido un paso decisivo en esta tarea. Ahora el Manzanares es el eje de otra gran avenida qua al insertar-se sin solución de continuidad con la de la Paz, constituyen el tramo más importante del tercer cinturón de la Red Arterial madrileña.

La autopista del Manzanares dis-

curre por ambas márgenes del río en una longitud aproximada de 4,5 kilómetros desde el Puente de los Tres Ojos hasta las inmedia-ciones del Puente de Segovia, por cuya parte inferior discurre la auto-pista para conectar con la red via-

Puente de Begoña.





La avenida de la Paz en el sector que termina en La Elipa.

ria en las proximidades del puente del Rey. Cada una de las calzadas tiene tres carriles, que se aumentan a cuatro en las proximidades de los enlaces, que son siete en total.

Uno de los más importantes nudos de comunicación no sólo de la autopista del Manzanares, sino de todo el tercer cinturón es el que tiene como eje el Puente de los Héroes del Alcázar, que da acceso a los Carabancheles a través de la avenida de Oporto y a la carretera de Toledo. En el futuro será punto de arranque de uno de los ramales de la autopista A-4, o sea del cuarto cinturón, con término en Griñón. De este ramal se desprenderá el de conexión con la

autopista A-5 de Extremadura a la altura de Alcorcón.

Párrafo aparte merece el gran enlace que tiene como eje el histórico puente de Toledo. Una de las grandes desventajas del río era su escasez de puentes. Los viejos y monumentales de Toledo y de Segovia y los más recientes del Rey, de la Princesa y de los Héroes del Alcázar eran auténticos cuellos de botella que estrangulaban la circulación en ambas direcciones. El puente de Toledo especialmente ha constituido desde hace tiempo un verdadero problema. Su estrecha calzada resultaba absolutamente insuficiente para canalizar la circulación no sólo de doble dirección, sino también la

de dirección única. Por otra parte, dada su importancia artística y monumental resultaba intocable para cualquier reforma. En los años 40 fue restaurado bajo la dirección experta del arquitecto don José Manuel González Valcárcel. Sin embargo, el problema urbanístico seguía en pie. Ahora se ha resuelto de la mejor manera posible. A ambos lados del viejo puente de Pedro de Ribera han sido construidos dos: los puentes de Toledo Este y Oeste, sensiblemente simétricos, que tienen aquél como eje. Ambos son curvos, de gran esbeltez, de complicadas estructuras obligadas por el trazado del enlace del que forman parte. El puente de Toledo Este, situado junto al parque de la Arganzuela, facilita las comunicaciones del sector de las calles de Antonio de Leyva y General Ricardos con el centro de la ciudad, al mismo tiem-



Vista aérea del viejo puente de Segovia.

po que conecta en los dos sentidos con la autopista del Manzanares. El puente de Toledo Oeste está situado en las inmediaciones del estadio Vicente Calderón y realiza la misma función que el anterior, pero en dirección desde el centro de la ciudad hasta el sec-

tor de General Ricardos. El antiguo puente de Toledo ha quedado para uso exclusivo de peatones y ahora es cuando puede apreciarse toda su importancia monumental no sólo como ejemplar destacado del barroco madrileño, sino como eje de una ordenación urbana excepcional, la realizada por Pedro



Puente de Mauricio Legendre.

de Ribera y por el marqués de Vadillo.

Con esta obra se resuelve en buena parte el problema circulatorio entre Madrid y los populosos barrios del sur, Carabanchel y Villaverde, así como con los pueblos limítrofes de Leganés, Móstoles y Alcorcón.

Aguas arriba del río, y una vez pasado el estadio Vicente Calderón, por debajo de cuyas tribunas discurre la autopista, se ha trazado otro puente, el de San Isidro, que comunica el paseo de los Pontones con el de la Ermita del Santo, que a través de la Vía Carpetana enlaza los barrios del Lucero, los Cármenes, Aluche y Caño Roto. Este puente no tiene conexión directa con la autopista, que discurre debajo.

Y más cerca del puente de Segovia llama la atención un puente de características especiales: el llamado Oblicuo, cuya finalidad es dar continuidad a la autopista que pasa de la margen izquierda a la derecha del río. Su longitud es de 142 metros lineales.

En el Puente del Rey, junto a la entrada principal de la Casa de Campo, termina por ahora el tercer cinturón de la Red Arterial, a la espera de que se cierre definitivamente el arco que ahora queda abierto.

El enlace entre las dos autopistas, de la Paz y del Manzanares, se realiza en el puente de los Tres

Ojos, precisamente frente al Soto de Luzón, de que hablaba Fernández de los Ríos.

CONCLUSION

Con estas inauguraciones se ha dado un paso importantísimo en la puesta en servicio del tercer cinturón de la Red Arterial. Son casi quince kilómetros de circulación rápida, concretamente 9.829 metros de la avenida de la Paz y 4.680 de la del Manzanares, que van desde el puente del Rey junto a la puerta de la Casa de Campo y frente a los jardines del Campo del Moro, hasta más allá de Ventas, concretamente en el cruce

Puente de los Tres Ojos.





El puente de la Estrella, entre Doctor Esquerdo y Moratalaz.

res y las populosas barriadas de Moratalaz, Vallecas, de la Concepción, Carabanchel, Legazpi... En esta gran avenida inciden vías nacionales tan importantes como las de Castilla, Extremadura, Andalucía, Barcelona y Burgos. El actual eje Castellana-avenida del Generalísimo verá des congestionadas sus calzadas, que quedarán exclusivamente para el tráfico urbano.

Aparte de las ventajas circulatorias, estas dos autopistas serán eje de amplias zonas residenciales y ajardinadas. Serán la base de la dignificación de sectores hasta ahora abandonados a su suerte. Madrid tiene ya a su alcance la



Vista inferior del puente de la Estrella.

con la autopista de Barajas, pasando por el cauce del Manzana-

culminación de "la gran obra urbanística de nuestros tiempos".

LA realización de obra tan importante como la avenida de la Paz era empresa que sobrepasaba con mucho las posibilidades del Ayuntamiento. Por eso fue necesaria la cooperación decidida del Ministerio de Obras Públicas cuyo impulso final se debe al actual ministro de este Departamento, don Antonio Valdés, anterior delegado municipal, que conoce muy bien la trascendencia de esta obra. El Ayuntamiento ha tenido que hacer frente al enorme problema de las expropiaciones y llevar a cabo el desalojo de las numerosas viviendas situadas sobre lo que sería calzada de la nueva avenida.

Este procedimiento expropiatorio establecido de manera insoslayable por la ley, no sólo ha supuesto un gran retraso en la realización de la obra, sino también un desembolso de muchos cientos de millones de pesetas y la superación de numerosos y difíciles trámites burocráticos. Aquí la labor llevada a cabo por la Gerencia Municipal de Urbanismo ha sido especialmente eficaz.

Otra tarea superada felizmente por este organismo ha sido el de dar nuevas viviendas a las familias desalojadas. Para estos fines el Ayuntamiento ha proporcionado 1.817 viviendas, de las que 1.590 eran de su propiedad y construidas para estos fines en el barrio de Moratalaz. Las restantes, al agotarse aquéllas, fueron proporcionadas al Ayuntamiento por el Ministerio de la Vivienda. Estas cifras se refieren a las expropiaciones realizadas exclusivamente en la calzada de la avenida de la Paz. Para los polígonos adyacentes también ha habido necesidad de proporcionar viviendas en número que supera las ochocientas, sin que esta cifra sea definitiva.



El día de la inauguración, miles de madrileños se agolparon curiosos a lo largo de las dos avenidas.

DUDAS Y CERTIDUMBRES SOBRE LA PATRIA DE ISABEL LA CATOLICA

Por Enrique PASTOR MATEOS

Director de Museos y Bibliotecas Municipales



MONTERIA DE LA REINA CATÓLICA EN EL BOSQUE DE MADRID.

ES frecuente que los historiadores y en general cuantos escriben sobre la Reina Isabel la Católica, dediquen poco espacio a hablar de su nacimiento. Historias generales y muy prestigiosas hay que ni siquiera aluden a las circunstancias de este hecho.

Por otra parte, son muchos los que dan por descontado como cosa sabida y probada que la Reina nació en Madrigal, el día 22 de abril de 1451.

Me explico perfectamente el silencio y la concisión de algunos autores, que están basados en análogas

actitudes de historiadores contemporáneos o inmediatamente posteriores y en la escasez de la documentación con la que hasta ahora ha sido posible ilustrar este acontecimiento.

Lo que no veo tan claro es que se dé por definitivamente resuelta una cuestión, la de dónde y cuándo ocurrió este hecho, sobre la que todavía no se ha pronunciado la última palabra. Tal vez se deba a falta de información por mi parte, pero es el caso que no he encontrado el estudio exhaustivo y convincente que

se requiere para dar por conclusa cualquier controversia.

No puede esperarse de un trabajo periodístico lo que, al parecer, no se ha logrado en los de carácter científico, por eso sólo persigo convertir en un interrogante la afirmación de que la Reina nació en Madrigal, recordar otras hipótesis, dejar sentado que no sabemos de una manera incuestionable dónde, ni tal vez cuándo, nació y, sobre todo, poner de relieve que el supuesto de que Madrid sea su cuna no sólo está sólidamente fundado y es el más verosímil, sino que debe ser el oficialmente aceptado.

Me atrevo a pensar que, aparte del peso que ha tenido la opinión de respetables autores, nos inclinamos hoy a hacer de Madrigal la patria indiscutible de la Reina Católica, por la simpatía que suscita esa bella población abulense y por lo eufónico de su nombre, todavía más evocador desde que se le ha añadido ese hermoso estrambote: de las Altas Torres. Creo que muchos piensan también que entre la villa de Madrigal, cuya estampa, en otro tiempo altiva, resulta hoy modesta, y la de Madrid, transformada en gran urbe rica, influyente y poderosa, es de caballeros terciar en favor del débil y desamparado.

Admiradores y amigos de Madrigal, "pero más amigos de la verdad", nos permitimos declarar que, no sin agravio para Madrid, se puede, sin nuevos documentos ni más sólidas razones que las hasta ahora aducidas, descartar a nuestra villa como patria presunta de la Reina Isabel.

Los historiadores contemporáneos no consideraron de especial interés consignar el nacimiento de una hembra de la que nadie suponía su destino histórico. En la Crónica del Rey Don Juan II, su autor, Fernán Pérez de Guzmán, pasó por alto este hecho, puesto que la única referencia, que en ella figura y en la que no se alude al lugar del nacimiento, es claramente un añadido posterior. Otro tanto cabría decir del autor anónimo de la Crónica de don Alvaro de Luna.

Los historiadores de los Reyes Católicos no fueron mucho más explícitos. En algunos, como Antonio de Nebrija y Fernando del Pulgar, no hallamos ningún dato preciso. Los que se refieren a este hecho lo hacen de una forma somera y las discordancias son señal evidente de lamentables equivocaciones.

Para Alonso de Palencia, nació la Reina el 23 de abril de 1451 sin decirnos dónde. Opinión que concuerda con la de Galíndez de Carvajal, y aunque sólo respecto al año con la de Fernando del Pulgar, que no en su Crónica, pero sí en una de sus Cartas eruditas, nos proporciona indirectamente este dato.

El cura de Los Palacios, Andrés Bernáldez, sale por un registro inesperado, pues nos dice sin vacilación ni comentario que nació en Avila el 19 de noviembre de 1450.

Finalmente el conocido humanista Lucio Marineo Sículo, afirma que nació en Madrigal el año de 1449.

Hubiera sido lógico que ante opiniones tan variadas e inseguras los investigadores hubieran tomado actitudes más circunspectas y críticas, pero el hecho fue que grandes historiadores, cuya opinión iba a pesar decisivamente durante siglos, adoptaron con no suficiente fundamento una solución ecléctica, convertida en opinión oficial, sin que el silencio de otros, como Zurita, pudiera servir de contrapunto. Tanto Garibay como Mariana, como Salazar de Mendoza aceptan como buena la noticia de Alonso de Palencia

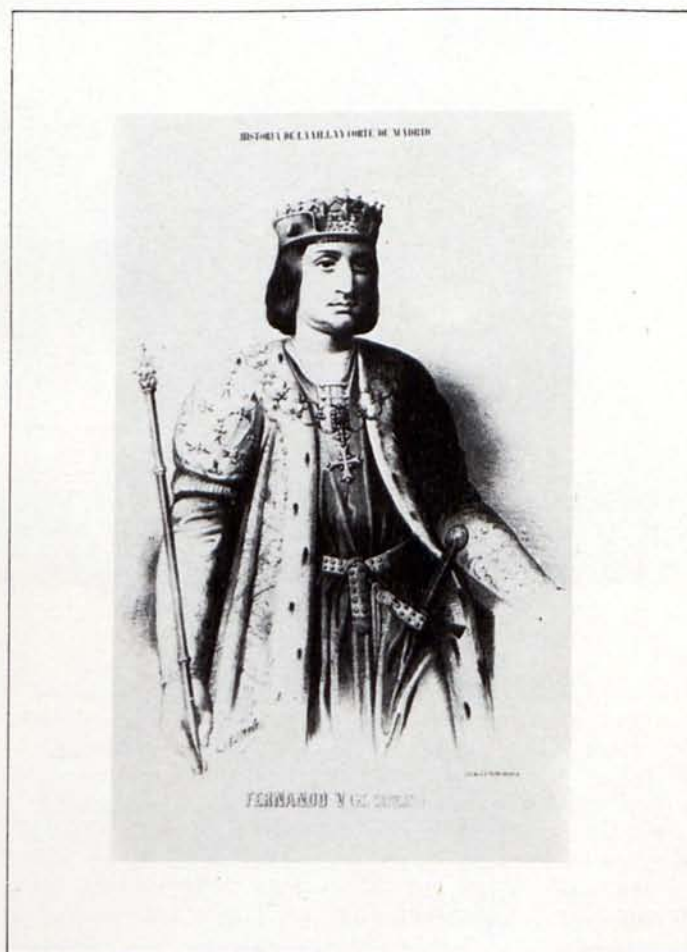
en cuanto al día del nacimiento, y en cuanto al lugar la de Lucio Marineo.

Es curioso reflexionar sobre este último extremo, puesto que no era consecuente rechazar sólo en parte el testimonio del historiador siciliano, y en parte aceptarlo, ya que hubiera sido lógico suponer que la noticia procedía de una sola fuente y considerarla aceptable en todos sus términos o en todos ellos equivocada.

Esta actitud estaba sin duda motivada por el evidente vacío que provocaba la ausencia de noticias y por el prestigio de su autor, tan vinculado a nuestros monarcas. Su obra había sido impresa en 1530, antes que ninguna otra, pero si reparamos un poco en la fecha observaremos que había visto la luz veintiséis años después de muerta la Reina Católica.

La autoridad de los escritores antes citados era tan grande que un erudito, quizá no demasiado serio y concienzudo, como Gil González Dávila, intentaba dilucidar en busca de mayores precisiones en qué Párrroquia de Madrigal había sido bautizada la Reina, y combatiendo la opinión común que señalaba la de San Nicolás, se inclinaba a favor de la de Santa María del Castillo.

Hemos de pensar, sin embargo, que perduraba alguna incertidumbre y así se explica que surgiesen noticias nuevas y aún más extrañas. Así el rector del Colegio de San Bartolomé y Santiago de Salamanca, Pedro de Torres, puntualizaba hasta el extremo de decirnos que la gran Reina había nacido el 14 de noviembre de 1453, a las cinco de la tarde, y precisar diversos aspectos de su horóscopo. En este caso parece evidente la confusión con su hermano Alfonso.



El primero y en cierto modo el único documento aportado para esclarecer esta cuestión apareció en 1640. Se debe al insigne historiador de Segovia, Diego de Colmenares. No es ocioso hacer la advertencia de que buena parte de su obra es un relato de las continuas disputas entre Madrid y Segovia y un alegato en contra de la primera. Pues bien, este historiador, tan contrario a nuestra villa, publica con una honradez muy encomiable, sobre todo en su época, una carta dirigida por el Rey don Juan II a la ciudad de Segovia, fechada en 23 de abril de 1451, en la cual le da cuenta del nacimiento de una Infante "en este jueves próximo pasado". Consultado diligentemente el calendario perpetuo, y puesta a colación la letra dominical, se saca en consecuencia que el 22 de abril, es decir, el día antes, fue jueves de la semana mayor, es decir, Jueves Santo, y que éste hubo de ser el día del nacimiento de esa Infante.

Para Colmenares, dada la proximidad de las fechas, no cabía duda de que el lugar del nacimiento tenía que haber sido Madrid.

Como puede observarse, Colmenares no sólo rectificaba de una manera incuestionable la fecha anteriormente aceptada, sino que introducía una nueva hipótesis en cuanto a la patria, más probable y mejor fundada.

A partir de ese momento, y así lo consignan algunos autores, tres poblaciones se disputaron la gloria de haber sido la cuna de Isabel la Católica: Madrigal, Avila y Madrid. En un autor moderno he visto citar junto a las tres localidades anteriores a Segovia, pero ignoro de dónde ha podido surgir esa especie.

A la hora de tomar partido los que han escrito sobre el tema no han respondido unánimes. El de Avila es el más débil y apenas lo ha seguido nadie. El de Madrid fue por un momento el más fuerte; apoyándose en Colmenares fueron muchos los autores de esta opinión: León Pinelo, Méndez Silva, Ortiz de Zúñiga, Martínez de la Puente, Manzano, Alvarez y Baena, Agustín Azcona. Algunos añadieron por su cuenta y en favor de su tesis disquisiciones no exentas de lógica y buen sentido.

Pero a favor de Madrigal militaba una tradición, tan respetable como poco fundada, que se vio valiosamente reforzada por un voto de evidente calidad: el del P. Enrique Flórez. Aunque en sus populares "Memorias de las Reinas Católicas" despacha la cuestión con inusitada ligereza, acepta la noticia y el documento aportados por Colmenares en cuanto a la fecha, da, sin embargo, por sentado que la Reina Isabel nació en Madrigal. Supone que basta para demostrarlo admitir que lo ocurrido en Madrigal puede ser conocido en Madrid al día siguiente. A este respecto, influye indudablemente en el ánimo del sabio historiador agustino una circunstancia personal. Los Capítulos Provinciales de su Orden se celebraban precisamente en Madrigal y en ellos eran elegidos los superiores. El Padre Flórez había comprobado, en más de una ocasión, que la Comunidad de Madrid, gracias a un propio de a pie, conocía sus nombres al día siguiente de efectuada la elección.

Llegamos así al siglo XIX y nos encontramos en sus albores con un estudio que en este y en otros aspectos pretende ser definitivo. Su autor, el gran erudito Diego Clemencín, es en el tema que nos ocupa beligerante y la pasión y el énfasis que puso en

demostrar su tesis, influirá mucho en autores posteriores y llegará hasta nuestros días.

Hay, desgraciadamente, en Clemencín, como en Flórez, un evidente prejuicio. Parte del supuesto de que la Reina tenía que haber nacido en Madrigal, y así su único cuidado habría de ser destruir las objeciones que se opusieran a ello.

Su opinión se veía reforzada con el testimonio de un papel manuscrito debido al físico de la Reina, el doctor Toledo, que se conoce con el nombre poco apropiado de Cronicón de Valladolid, hasta entonces inédito, en donde se afirmaba taxativamente que doña Isabel había nacido "en Madrigal, jueves 22 de abril, cuatro horas y dos tercios de hora después de medio día, año Domini 1551 años". Parecía lógico que quien tan bien informado estaba sobre el momento lo estuviera también sobre el sitio. Una cosa no advirtió Clemencín, y es que respecto a lo uno daba verdadero lujo de detalles, respecto a lo otro una noticia sucinta.

Pero el caso es que este alegato acrecentaba aún más las dificultades. El documento exhumado por Colmenares hacía referencia a un hecho ocurrido no ya el día antes, sino al atardecer del día antes. Clemencín, que no podía negar su existencia, pone en tela de juicio el rigor de la transcripción e impugna la fecha. El mismo confiesa que son meras lucubraciones lo que le lleva al convencimiento de que Colmenares se equivocó al transcribirlo y tras una compulsión hecha por tercera persona, llega a la conclusión de que éste es del 26 y no del 23 de abril. Con la nueva versión no resulta forzado que se comunique a Segovia un hecho ocurrido en Madrigal tres días antes. Para Clemencín sólo la torpeza de Colmenares había podido originar dudas sobre un hecho incuestionable.





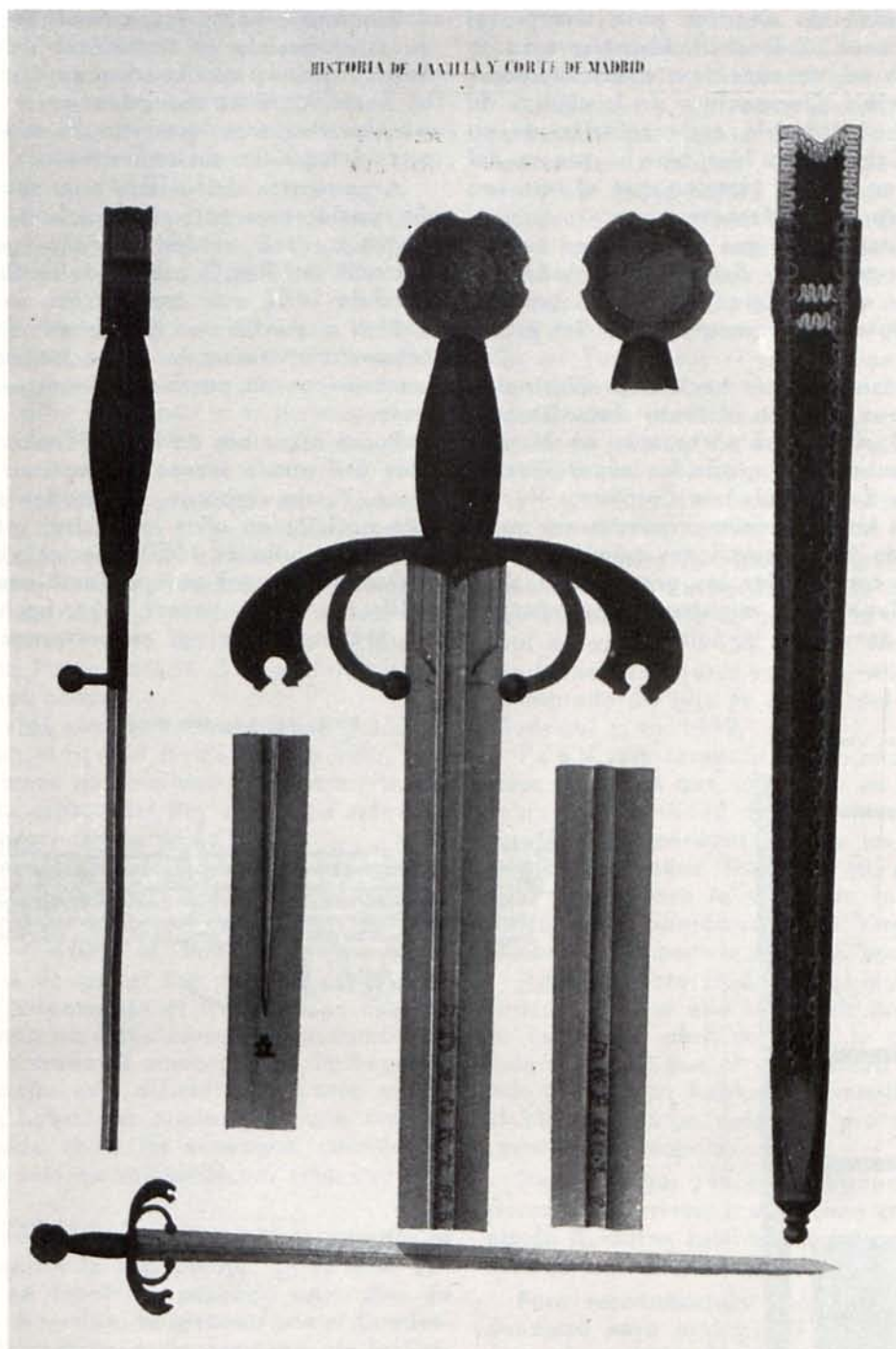
Aparecen ahora en escena José Amador de los Ríos y Juan de Dios de la Rada y Delgado, autores de una monumental "Historia de la Villa y Corte de Madrid", que con más seriedad que Clemencín van a Segovia, consultan de nuevo el documento, obtienen un facsímil que publican y añadiendo a tan concluyente prueba una prolija y erudita argumentación demuestran la veracidad de la primitiva lectura de la fecha, reivindican la escrupulosidad de Colmenares y ponen de relieve la inconsistencia de la tesis de Clemencín al desvirtuar su principal argumento.

Pero pocas personas atienden tan sólidas razones. Incluso insignes madrileñistas como Ramón de Mesonero Romanos y Carlos Cambrónero se muestran tibios y vacilantes. Entre los pocos autores en los que advertimos una postura ecuaníme se encuentra Víctor Balaguer.

La mayor parte acepta la sentencia de Clemencín como cosa juzgada. En este caso está el Barón Gonzálve de Nervo, el conocido historiador general Modesto Lafuente, Prescott, Llanos y Torriglia, Silió, por

citar algunos. Es más, en un estudio reciente, serio y documentado, el del P. Tarsicio de Azcona, el autor insiste en la mala lectura de Colmenares, a quien maltrata, pero lo más curioso es que se remite a la página 283 del tomo IV del "Museo Español de Antigüedades", en donde el documento se reproduce en facsímil, y se puede observar, sin lugar a dudas, que fue Colmenares el que leyó bien y no el comisionado de Clemencín; ignora además las objeciones de Los Ríos y Rada y persiste en la injustificada actitud de postular que en caso de duda hay que inclinarse a favor de Madrigal.

De índole diversa es el estudio publicado en 1920 por el Marqués de Foronda con el título "Dónde y cuándo nació Isabel la Católica...". Cabría esperar del empeño una conclusión más positiva, pero el autor, tras recoger, no siempre con fidelidad, las discordes opiniones de numerosos autores, las hace objeto de una crítica general desorbitada. Como considera la opción de Avila inconsistente y la de Madrigal poco fundada, dedica la mayor parte de su trabajo a com-



batir con toda clase de objeciones, algunas poco afortunadas, la tesis madrileña, que, a pesar de todo, se revela como la más viable. No obstante, concluye el autor rechazando todas las hipótesis sobre el lugar del nacimiento de la Reina y poniendo en duda incluso el día del acontecimiento. Conclusión, en cierto modo, caprichosa y, en todo caso, decepcionante.

Hasta aquí llega lo que podríamos llamar el estado de la cuestión. Si se lee lo anterior desapasionadamente, se reconocerá que resulta absurdo considerar a Madrigal patria incuestionable de Isabel la Católica, por muchos e importantes que sean quienes hayan seguido esta opinión.

A decir verdad, son, sobre este tema, más abundantes las especulaciones que las pruebas. Tanto es así, que la documentación disponible se reduce a un solo y único documento. Personas ha habido que han husmeado afanosamente en los archivos persiguiendo más y más puntuales testimonios, pero su esfuerzo ha resultado infructuoso. No es, pues, previsible que en un futuro próximo cambien las circunstancias. Sólo cabe confiar en un esfuerzo ingente o en una venturosa casualidad.

Volviendo a ese raro y por raro precioso documento: la carta dirigida por el Rey Don Juan II a la Ciudad de Segovia, quizás fuera conveniente buscarlo

una vez más y decidir de una vez para siempre si fue expedido el 23 o el 26 de abril. Mientras esto no se haga, tengo para mí, después de atenta consideración de cuanto escribió Clemencín y de la réplica de Rada, a quien cabe atribuirle con exclusión de su colaborador, que Colmenares leyó bien y que es del día 23. Pero creo en último término que el que sea de una fecha u otra es indiferente.

Sea de la que fuere, hay que admitir dos hechos incuestionables: la presencia del Rey en Madrid, y que en él comunica que la Reina ha dado a luz una infante poco tiempo antes, concretamente "el jueves próximo pasado".

Pero hay que presumir otros hechos, precisamente porque no se alude a ellos en el texto: la asistencia del Rey en Madrid el día del parto, que en Madrid ocurrió este acontecimiento, y que la infante recién nacida es la futura Reina Isabel la Católica.

Estas como todas las presunciones pueden ser equivocadas, como todas las presunciones admiten pruebas en contrario y como todas las presunciones han de ser aceptadas plenamente mientras no se aduzcan tales pruebas y se demuestre su falsedad.

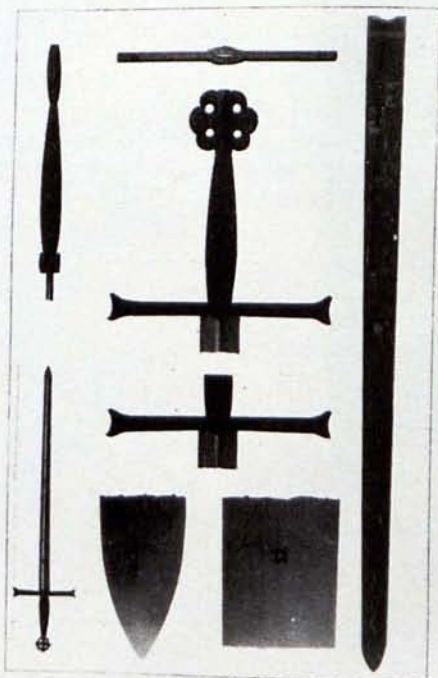
Pasemos a las presunciones. La impugnación puede estar basada en dos clases de argumentos. Unos de tipo general que conduzcan a la conclusión de que la Reina Católica no pudo nacer en Madrid. Otros, más particulares, que vengan a demostrar que fue otro el lugar de su nacimiento.

Argumentos del primer tipo sólo hay uno, si puede considerarse tal: el silencio de otras fuentes. Silencio a decir verdad extraño, pues ni siquiera la estancia del Rey, y menos de la Corte, en Madrid en abril de 1451 está confirmada.

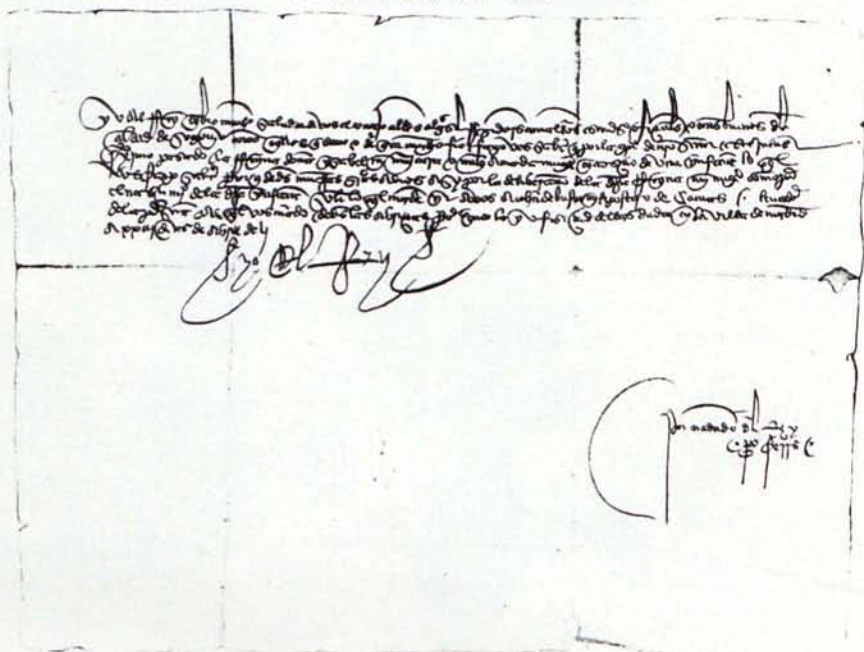
Bien es verdad que no conozco ningún registro cancleresco ni itinerario documentado de Juan II y que las crónicas no pueden ser más incompletas ni concisas.

Pocas luces nos da la de Fernán Pérez de Guzmán. Más útil puede sernos la anónima de don Alvaro de Luna. Y, sin embargo, son evidentes sus lagunas. Según noticias en ellas recogidas, estuvo el Rey en Escalona en julio de 1450; a principios de 1451 llegaba a Ocaña, de aquí pasó a Tembleque y de Tembleque a Illescas, donde parece haber hecho más largo asien-

HISTORIA DE LA VILLA Y CORTE DE MADRID



HISTORIA DE LA VILLA Y CORTE DE MADRID



FACSIMILE DE LA CARTA DIRIGIDA, POR D. JUAN II A SIGÜENZA, COMO EL REINADO DE LA REINA ISABEL.

En cuanto a los dos hechos que considero incuestionables, reconocamos que esta expresión no ha de entenderse en términos absolutos, pero que la probabilidad de error al afirmarlos es muy escasa. No obstante, Clemencín consideró sospechosa la expresión "este jueves próximo pasado", refiriéndose al día antes, y aunque Rada trató de satisfacer estas dudas, ha quedado en el ambiente una injustificada sospecha que cristaliza en Foronda cuando decide que sólo podemos asegurar que la Reina Isabel nació en abril de 1451. Insistimos en que no hay motivo ni menos fundamento para no afirmar que nació el 22 de abril, Feria Cuarta de la Semana Mayor, o sea, Jueves Santo.

sillas y de nuevo en Toledo. Parte después a la guerra contra Navarra hasta dar vista a Estella, y por fin en septiembre se retira a Burgos. No nos ilustra la crónica sobre la duración de las estancias ni sobre los itinerarios. No es aventurado suponer lagunas y hasta trastrueques.

Una cosa, sin embargo, resulta evidente, y es que el Rey permaneció casi todo ese tiempo en Castilla la Nueva y no lejos de Madrid. Es más, en los apéndices que acompañan la citada Crónica nos encontramos un documento firmado por el Rey en Toledo el 5 de abril de 1451. La estancia del Rey en Madrid a fines de ese mes hubo de ser breve y tal vez ocasional, pero no tiene nada de extraña.

Pero no se nos oculta que lo verdaderamente debatido es la presencia en Madrid de la Reina.

No es caso aventurar que la Reina permanecería en Toledo o Illescas o en cualquiera otra población próxima a Madrid. Todo ello no sería sino ganas de complicar más aún la cuestión. Baste considerar si es probable que estuviese en Madrigal.

Hagamos de antemano unas cuantas observaciones. La primera que en Madrigal se había celebrado el segundo matrimonio del Rey Don Juan II con la infante portuguesa doña Isabel, que pasó a ser Reina de Castilla y madre de la Reina Católica. Además, Madrigal fue entregada en arras a la novia, pasando, pues, a su patrimonio, siendo suya, como entonces se decía. Está, pues, muy vinculada a la persona y a la vida de la Reina Isabel, madre y homónima de la Católica.

Y aún podemos también anotar que en la primavera de 1450 hizo la Corte una larga estancia en Madrigal. Allí estaban los reyes en abril y aun en mayo. De allí pasaron a la feria de Medina del Campo, de donde regresaron de nuevo a Madrigal y en ese momento perdemos el rastro de la Reina de la que no tendremos noticias hasta pasado el importante acontecimiento que nos ocupa.

Pero si todas estas circunstancias pueden predisponernos a ligar aún más a la Reina con su villa, más serias consideraciones nos inclinan a rechazar la posibilidad de que la esposa del Rey don Juan estuviese en Madrigal en la primavera de 1451.

El Rey abandonó Madrigal en junio de 1450 camino de Salamanca, dejando allí a la Reina. ¿Hubo de continuar la Reina en Madrigal hasta abril del año siguiente? No es verosímil si tenemos en cuenta de que no hay noticia de que el Rey volviese por Madrigal. Sonríase maliciosamente el lector, haga cuentas con los dedos, como en estos casos se acostumbra, y considerará muy extraño el embarazo de la Reina.

Dando por resuelta esta dificultad, no será menor la extrañeza que habría de producirnos una separación tan prolongada entre los cónyuges, cuando las circunstancias no sólo no lo justifican, sino que exigen lo contrario.

Más lógico parece suponer que en el verano de 1450 volvió a reunirse la real pareja. En julio se encontraba el Rey en Escalona, pasando unos días de descanso, solaz y diversión, hospedado por el Condestable. Todo nos hace suponer la presencia de la Reina en este ambiente de regocijo y fiesta.

Si no resulta razonable que la Reina continuase residiendo en Madrigal, menos todavía lo es que abandonase la Corte para retirarse a esta Villa. La separación de Reyes y Reinas en aquellos tiempos de Corte ambulante era frecuente, con motivo de enfermedades, embarazos, viajes inesperados, incómodos o penosos y otras circunstancias fortuitas, pero en tales casos, casi sin excepción, el Rey viaja y la Reina permanece en la anterior estación. Muy extraño es que sea ésta la que abandone a su esposo.

En este caso concreto no cabe hablar ni de motivo presumible ni de testimonio que lo apoye. Podemos, pues, considerar que la hipótesis de un viaje a Madrigal, ya al principio, ya al final del embarazo, salvo que existiesen ocultas y hoy desconocidas razones, es improbable. Por eso dije que no era tan importante determinar la fecha del documento tantas veces citado, ni calcular lo que puede tardar en conocerse

en Madrid un mensaje transmitido desde Madrigal. La simple autenticidad del documento es ya de suyo incompatible con la pretensión de esta última Villa.

La última y más seria presunción es que la infanta nacida en Madrid el 22 de abril de 1451 sea la futura Reina Isabel. A poco de iniciar este trabajo, sin saber hasta dónde habría de llegar, pensé por un momento que tal vez la contradicción entre los autores y la confusión subsiguiente respondían a una realidad no suficientemente conocida. Casaron los Reyes en agosto de 1447. El infante don Alfonso, fruto de este matrimonio, personaje de fulgurante destino, nació en Tordesillas el día de San Eugenio, noviembre de 1453. Entre una y otra fecha la historia no recuerda otro alumbramiento que el de la que habría de ser la primera Reina Católica de España. Multiplicando éstos a lo largo de esos seis años, ¿no cabría explicarnos la zarabanda de lugares y de momentos que hemos manejado?

No era esto tan fácil. El nacimiento de un niño o niña en Avila en noviembre de 1450 es incompatible con el nacimiento de otro de la misma madre en Madrid en abril de 1451. Podía, sin embargo, esta última fecha conjugarse con la primitiva noticia de haber alumbrado un hijo la esposa del Rey don Juan II en Madrigal y en 1449.

Pero a este respecto me he encontrado con una curiosa tradición que se refleja en fuentes secundarias, sobre la esterilidad de la Reina. Muy especialmente arraigada se encuentra entre los historiadores zamoranos. Fernández Duro en sus "Memorias Históricas" nos refiere la visita de la Reina, penitente y descalza, al Santuario de la Virgen Soterraña, junto a Toro, para pedirle un hijo, por su intercesión.

Admitida esta tradición, al menos en su fondo histórico, a la par que hemos de reconocer en la Infanta nacida en abril de 1451 la consideración de primogénita, ya que si no hubiera sido así no hubiera sido procedente hablar de esterilidad, nos explicamos el alborozo, algo más que protocolario, con que se comunica la noticia.

Sin embargo, ¿no cabe suponer otros partos anteriores, o abortivos, o en último caso malogrados? ¿No puede llamarse también a esto esterilidad? ¿No será éste el motivo de tanta diversidad de noticias?

Pero reconozcamos que no existe demasiado fundamento para multiplicar los embarazos de la reina y que la ocasión, la fecha y las demás circunstancias que concurren en el alumbramiento de abril de 1451 nos llevan al de la Reina Católica. Advirtamos que la diferencia de edad entre ésta y su hermano fue siempre tan sensible que resultaría improcedente retrasar la fecha de su nacimiento.

En resumen, acerca de la especie de que la Reina Católica nació en Madrigal cabe decir que es sobre todo afortunada. Por una u otras razones la han adoptado los autores más consultados: Garibay, Mariana, Lafuente, Flórez, Clemencín, Prescott y los más leídos. Los que en el futuro hablen de la Reina Isabel, si recurren a estos historiadores, volverán a repetirlo, abrumados por tantas autoridades. Si estudian a fondo la cuestión verán que se basa en testimonios bien endeble. El de Marineo Sículo, vago y en parte equivocado, y el del doctor Toledo, de apariencia impresionante, pero vulnerable en el fondo.

Me hubiera gustado explicarme cómo ha podido surgir tan afortunada invención. Ya he hablado de



cómo los nombres de Madrigal y de la Reina Isabel, la portuguesa, van unidos en las Crónicas por más de un motivo. También he aventurado la hipótesis de algún mal parto previo ocurrido en Madrigal. Pero aún es posible otra explicación.

A lo largo de todo este trabajo me ha llamado la atención la semejanza entre los nombres de las dos Villas, principalmente contendientes en esta disputa, Madrid y Madrigal. Coinciden las cinco primeras letras. ¿Puede ser una confusión de nombre el origen de esta quimera? No me atrevería a asegurarlo. A pesar de tanta semejanza, por escrito y sobre todo de palabra, son patentes notables diferencias. Sin embargo, y en último término en la transmisión de no-

ticias actúan, si encuentran un resquicio por pequeño que sea, fuerzas oscuras desterradas al subconciente.

Después de todo lo dicho no nos queda sino consignar que la Reina Católica, doña Isabel, hija de los Reyes de Castilla don Juan II y doña Isabel nació en la Villa de Madrid el 22 de abril de 1451.

Esto dicho, ciertamente con reservas, pero ni más apremiantes ni de otra índole que las que rodean a cualquier noticia histórica. Tuviéramos un acta puntual y autorizada de su nacimiento y podríamos dudar de su veracidad. No sería la primera vez que en un documento solemne se consignan datos falsos.

E. P. M.



LA REINA

Por TOMAS BORRAS

DESIGNEMOSLA con Y griega, como quiso Ysabel I, iluminadora de un mundo, y como a la segunda se aludía. Ysabel II tiene ese doble de los seres que dejan estela novelesca. ¿Era como la leyenda la evoca? ¿Cuál es su verdad íntima? Desgraciado el famoso al que no acompaña conseja como su sosias de imaginación popular; será registrado en esas aburridas páginas, de epígrafe «Enciclopedia», pero no hará latir con una pulsación de más el interés de los corazones ávidos. Ysabel II se compone de ambas personas, la que un estadístico concreta en sus datos, y la que un poeta enreda en su epopeya de ventura y aventura.

Tres hechos acompaño bajo la rúbrica de Ysabel, que aureolan su altivez, como su acatamiento a las leyes no

constitucionales, por caso las leyes del amor humano, también la aureola sulfúrea de su leyenda. Así la vereis en un rápido trasluz, como si pasara por el otro lado de un cristal esmerilado, tan personalísima, que hasta por su sombra se la conoce.

UNO

YSABEL, la histórica (y desconocida) es aquélla que un día del año 47 monta a caballo, por sorpresa, en el patio noble del palacio de Oriente. Sin prevenir se dirige a Carabanchel, a visitar a la condesa de Montijo en su finca. Una dama amazona y un caballerizo son sus acompañantes. Va deprisa, los transeúntes sólo tienen tiempo,

al pasar el raudo grupo, de volver la cabeza y exclamar: «¡Pero si es...!»

Regresa al palacio muy tarde. Ysabel gusta de la cháchara y el murmullo, de la noticia al oído y el «¡Quién lo hubiera pensado!» que entrecorta la risa. Noche. Por los salones del Alcázar real deben de andar los cortesanos como quien juega al escondite o en busca del que le dé lumbre, registrando hasta detrás de las cortinas. Quizás el Gobierno ha dado un puñetazo en la mesa, y han salido a su colérica orden cientos de polizontes a registrar Madrid para devolver al redil a la reina. Ysabel es feliz respirando libertad, aire movido a su albedrío o que riza la superficie de lo habitual y enreda, encimándolo, un poco de espuma saltarina.

Sí, es noche cerrada. Ysabel, su amazona, su caballero, galopan a roce de vientre de caballo con el suelo. Se acercan las luces de Madrid, los tres fantasmas oyen detrás de su carrera loca voces, interjecciones, ven arrieros y carreteros y cocheros sujetando sus bestias espantadas. Los caballos de Ysabel saben ser nerviosos y echar aliento de fuego. ¡Allá van! ¡Allá van!

Las luces de Madrid se acercan. Ya está aquí la Puente, la reina, intrépida, azota con su látigo el brindón infatigable, salta más, abarca mayor braza el movimiento veloz. ¿Pero qué sucede? Tiros. Han traspasado la Puente sobre el Manzanares y rasgan junto a sus oídos los ¡sssss! del plomo disparado. ¿Quién tirotea a la reina? Alrededor de los tres jinetes, tábanos de mortal picadura. La carrera desatada les libra un pico de legua más allá del encarnizado tiroteo.

¿Qué ha sucedido? ¿Un atentado? No. Los consumidores que vigilan en sus garitas para que nadie pase matute, han sentido el galope. «Alijo», se contraseñan. Y el remington ha sido cargado. Cuando la tromba se les viene encima están seguros: «Estos llevan mercancía valiosa». Como no se detienen, apuntan, aprietan el gatillo, salen zumbando entre explosiones azules los granizos mortíferos. De los que se salvan, Ysabel, la dama y el escolta que empuña las pistolas del arzón.

—¡Quietos! Y no digais nada a nadie.

En el patio noble de palacio, los caballerizos acuden a sostener el estribo, se despepitan marquesas y condesas escaleras abajo. «¡Ya está aquí su Majestad! ¡Gracias a Dios!» Un hombre de paso entonado, levita corta, sombrero reverencial en la mano, acude haciendo carraspera para aclarar la regañina. Le sigue su secretario, cartera apretada al pecho.

—¡Hola, Narváez! ¿Qué te trae a estas horas?

DOS

A Ysabel entre historia y novelesca es aquella que en el año 49 se va al Teatro Real a oír a un barítono detrás del que, ruido de fama. Se llama Tirso Obregón y es discípulo de Francisco Frontera y Lasierra. Este Frontera, maestro de canto de Su Majestad, la ha rogado que escuche a su discípulo.

Dijeron de Tirso Obregón los comentadores que «era tal el poder que ejercía sobre el elemento femenino que sucedió en alguna población española el caso curioso de reunirse los maridos para ir en comisión a indicarle la conveniencia de que diera por anulado el contrato y partiese sin más dilación, si no quería salir de forma más expeditiva». Ni Tenorio produjo tantos motines.

Ysabel, mientras se abanica, contempla al oficialmente guapo, el que ha estrenado «El Juramento», de Gaztambide. Sí, figura arrogante, cara de regularidad perfecta, voz... En el Real es obligatorio la voz hermosa y cálida.

Frontera tiene ascendiente con su Majestad, a la que hechiza el teatro y se ha construido uno, diminuto, en su camareta, donde canta y representa si viene a pelo. Se vuelve Ysabel hacia su profesor.

—Tiene porvenir este muchacho. ¿Qué le falta, según tú, que tanto te interesas por él?

—Un poco de protección.

—Habla con la Secretaría. Cuando necesite recomendación, le daremos una cartita.

Bosteza tras el abanico, las plumas rozan su cara fresca, atrayente, simpática, y su mórbida pechuga.

Desde entonces Tirso Obregón es protegido, para los teatros y para la gente, de Su Majestad la Reina. Ysabel no se ha vuelto a acordar del cantante. Pero circulan cartas para las empresas que salen de la Secretaría real «Y... sabe usted?»

«Así se escribe la Historia.» ¿La Historia? No. La Leyenda. Hay cuentos a lo Alfonso Martínez de Toledo, sin Arcipreste de Talavera y sin cuento. Es entonces cuando la gente suple lo que el otro no hizo, y se lo achaca. Un modo de que la Leyenda flote indecisa, y la Historia no sepa qué responder a la Leyenda apicarada. Y así se escribe la Leyenda, de la que se aprovechan los muy vivos, los que dejan suponer que...

TRES

SIN ofender a nadie, y por puro pasatiempo imaginativo, puede uno dedicar sus ratos de meditación a ejercer de Providencia que vela por los pueblos desgraciados. Reformaba yo la Historia, y hacía del reinado de Ysabel, con la misma Ysabel, no con otra, un reinado de bienandanzas. Las bellas cualidades de la soberana las dejaba como eran y han sido hasta el día de su muerte, y los defectos reducíalos a lo más mínimo, casi a nada, bajo la acción dulce de un matrimonio dictado por la razón y fortificado por el mutuo cariño. Casaba yo a la Reina de España con un príncipe ideal, escogido entre los mejores de Europa, y como esto que digo es imaginación y más bien sueño, no estoy obligado a decir el nombre, y lo designaba sólo con la socorrida fórmula teórica de Equis, daba su mano a Ysabel, a despecho de Palmerston y de Guizot, y casados se quedaban, quisiéranlo o no las entrometidas matronas Inglaterra y Francia. ...Hecho esto, faltaba otra cosa en el restaurado edificio histórico. Para que Ysabel ejerciera noblemente su soberanía constitucional, elegía yo entre todos los hombres políticos que hemos tenido desde aquellas calendas a don Antonio Cánovas... Así no había miedo de que a espaldas de los Gobiernos visibles trabajasen en las sombras palatinas las camarillas enmascaradas, apartando de su dirección recta las resoluciones de gobierno. Cánovas, o quien fuere, hubiera hecho de la servidumbre de Palacio lo que debía ser: habría cortado toda comunicación con... la milagrería y embusteras santidades, que así desdoraban el altar como el trono... «Pero ¿quién nos asegura que esos dos Equis... habrían podido contener el empuje de las facciones, hacer frente a los efectos de la cruenta guerra, defenderse del conspirar continuo y atajar los motines y se-

diciones? Es consuelo aceptable, a falta de otros, el rectificar en sueños nuestras desdichas y las ajenas. ¿Quién asegura que este mismo sueño del rey Equis y del Ministro Equis no lo tuvo en sus tristes días la desgraciada doña Ysabel?»

«Yo tengo todos los defectos de mi raza, lo reconozco; pero también algunas de sus virtudes», había dicho doña Ysabel, corroborando la ensoñación de don Benito. Porque el dulcísimo Galdós caló cuál fue la antinomia de la Reina espontánea. La madre, María Cristina, sentía en sí una vitalidad sobremanera juvenil, el amor era el calmante de su exuberancia. El sentido romántico le dio la solución a su inquietud: casamiento secreto. Ysabel, hija fiel a la naturaleza, recibió como marido por esas fias y nefas de la política y la diplomacia, no un varón entero y verdadero, sino aquel que ella califica así: «La noche de bodas llevaba más encajes que yo en la ropa interior». Al que sopló el populacho (y justificaba a doña Ysabel, al tiempo) este trazo soez: «Mea en cuclillas».

Entonces, para el robusto temple de la mujer, no hubo doma y apaciguamiento, ni ella podía arreglarlo con la fórmula de su madre. Estaba casada. Lo otro sería adulterio. Cerró los ojos Ysabelita, aún adolescente. Para ella escribiera Virgilio su verso: «Varium et mutabile semper foemina». Que el libretista de Verdi acababa de traducir: «La donna é móbile».

Carnaval, casa de Lhardy. Resuena eco en Madrid de las aventuras que en el elegante comedero se desenlazaban, violentas y apasionadas, o perversos sutilmente. (La imaginación de los despistados excede la realidad.) Entran en el restaurante encapuchadas damas de dominó, fraques elegantísimos, barbas perfumadas. Dos damas saltan de un tálbuli, que desaparece como por escotillón, y se apresuran hacia dentro; dos damas sofocadas, quizá la timidez las muda en audaces. El antifaz aumenta la vivacidad de los ojos inquietos.

Una de las damas presenta un volante al camarero, que se inclina. Está reservado. Abre cierta puerta. La alfombra apaga los pasos. Entran en el comedor chino.

Es el más célebre de Lhardy, el que se pide para comidas políticas, o estuche de las confidencias de ella y él. Una mesa redonda, bien capaz, se ensancha bajo el farol presuntamente asiático, cristales pintados con falsas escenas de arrozal y pasitos de mandarines, recuadros en caña negra imitando el bambú. Las paredes están forradas de papel en relieve, oro sobre fondo de laca roja, asimismo interpretaciones occidentales de algo que remeda vagoroso el Oriente, repiten, como todos los papeles de adornar estancias, temas evocadores: un kiosco, alrededor coolíes faenando junto al río, un grupo de hombres jue-



ga al kaipu, inclinan la seta del sombrero hacia su interés, el dragón jugando sus retorcimientos en un cielo encendido. Hay a un lado chimenea europea, atrae al entrar, los frioleros extienden su mano a ella como un rito. Arden en el hogar de la chimenea dos leños de cintura cilíndrica.

Llama la atención de una de las señoras el reloj que se levanta sobre el mármol de la chimenea. Es de color verdeazulado. Figura una mujer en manto romano, sedente. Contempla, triste, un ave muerta que su mano acaricia. La esferilla cuenta el vaivén con sonido de tictac discreto. Parece alegoría del Tiempo que cae a gotas de un corazón. El fin del Tiempo es aquella ave inmóvil.

La otra dama se ha sentado a la mesa. Las sillas asimismo falsifican la chinería ancestral. Varillas de bambú repintado, fragilidad, almohadón bordado de caras planas y ojos oblicuos.

El camarero toma nota de lo que las damas desean comer. Da el reloj una hora, que no saben las señoras cuál es, pues no atienden sino a sus observaciones del lugar semiprohibido a las personas de hogar estricto.

—¡Uf! —la señora que ni bajo el dominó puede disimular su gordura—. No está mal, pero creí que era más excitante —pasea la mirada por el comedorcito chino.

—He pedido...

—Es igual. No vine a comer.

—Si se descubriera...

—¿Y qué? —va a la puerta y escucha—. Se oyen como risas... quizá besos.

—Los besos no suenan.

—Es verdad, Paca. ¿Tú crees que aquí...?

—Yo creo que aquí se inicia lo que luego se recata en otra parte.

—Todo es imaginación, Paca. Yo me había figurado el carnaval en Lhardy más... ¿Cómo te lo diría?... más loco.

—Bueno, al pasar delante de los reservados hemos visto... Algunas puertas estaban de par en par.

—No hemos visto nada. En un cuchitril, la fulana que fuera estaba sentada en la mesa enseñando las pantorrillas y bebiendo a morro en la botella. Y el caballero fumaba. ¡Valiente cosa! En otro, él la apretujaba, y las botas de la mujer pataleaban al aire. Claro, estaría quitándola los polvos de arroz con el sobeo. También había seis o más en el comedor general, levantándose para un brindis después de cantar el coro de «Los Hugonotes». Y esto es todo.

—Ver escenas escabrosas es sosería. No son para miraras, sino para hacerlas. Eso dicen en mi barrio.

—Paca, ¿es verdad que los hombres se lanzan como fieras a las mujeres, las roban, las hacen suyas, las obligan a gozar y sufrir, y son después para ellas hombres inolvidables? Me figuré a Lhardy escenario de esas explosiones de lo primitivo que llevamos dentro, lo que verdaderamente manda en nosotros... sobre todo en nosotras... —mira hacia el techo, pensativa—. Si no hemos vivido esos transportes de los nervios y del alma, nos sentimos defraudadas, fracasadas...

—Todo es más normal en la realidad, creo yo.

—Sí —suspira la dama obesa—. La verdad desencanta. Lo tengo bien observado.

Aparece el jerez, airoso, en la bandeja del criado de patillas blancas; que llena dos copitas y se va.

—Yo no quiero beber nada. Ni comer. Tengo para pensar mucho tiempo. Ya ves, ¡yo sintiendo como un aguijón que me traspasaba el pecho! Y todo porque no he podido conocer en la vida lo que llaman pasión. Es decir, yo sí que la hubiera sentido, pero los demás, ¿son apasionados?

—Parece que sí. Hay crímenes por amor. Y suicidios.

—Y desesperaciones, y furias, y celos y llamas de hoguera. Pero... no he visto que los demás, quiero decir, los hombres, sientan así. Hay, me ha parecido, más respetuosos que enamorados. O soy para ellos imponente.

—Se explica.

—Quizás la gente de tu clase, Paca. El pueblo puede manifestarse tal como es, sin preocupaciones. Pero yo... Y los que se sientan atraídos por mí...

—La verdad es que somos nosotras las que queremos. Ellos se dejan querer.

—Sueña una con escalofríos, con miedos, con extravíos, con decisiones... y no hay más que algo así como un protocolo. El estilo del hombre es más bien la timidez. De él no sale una barbaridad hermosa ni una hombrada.

Entran en fila tres camareros. Sirven. Las damas esperan. Los fámulos acercan los platos, se marchan. La señora gruesa bebe un sorbito.

—Esto es el que llaman amor al uso, que no es sino costumbre. Beber sin embriagarse, hacer que se ama sin enloquecer. ¿Para qué? Para rozar el pecado y no hundirse en su voluptuosidad ni luchar con su inquietud. Sentirlo, sufrirlo debe alimentar la vida. Poseer fríamente, casi indiferentemente, ¿eso es el amor? ¿Por qué anhelamos lo que luego no es verdad? Las bien casadas de seguro que no echan nada de menos. Con el preferido, que además es un tío, o como decís vosotras un tío macho, se llenan y saborean la felicidad. Las mal casadas y las pesimamente casadas vamos pidiendo limosna. Dicen que en todo esto anda el corazón. ¡Yo qué culpa tengo de que mi corazón tirite de frío!...

La acompañante deja de picar en el plato. La mira con fijeza.

—Sé lo que estás pensando, Paca... El deber... ¡Vaya con Dios! Hemos de sacrificarle lo más maravilloso, lo que hace desear con calentura la vida. ¡Lo que dirán de mí! Yo nací destinada a una cosa, primero mujer, luego lo que fuera. Y me he quedado en lo que nací, reina, que se sobrepone a la mujer, y mi mitad se rebela. ¿Qué han hecho conmigo? Nadie comprenderá mi drama.

Esperan cierto tiempo, llaman, paga el otro dominó, mientras el dominó inquieto acaricia el ave que la dama romana sostiene en sus rodillas, sentimental reloj. Salen. La propina obliga a que los camareros se doblen, reverenciales. Dos caballeros les ceden el paso, la dama de bulto se abanica con rabia. Un caballero le dice al otro:

—Es ella. Ninguna como ella sabe jugar el abanico, le hace hablar.

La Carrera de San Jerónimo. Máscaras en falsete, remolinos que disparan agua de olor, chicos colándose entre los disfraces, poniéndoles marcas en el tras. El tálbuli ha acudido, extraño carruaje para el trance, el momento,



el servicio, ganas de inventar disimulos por querer despistar. Corre, atraviesa la Puerta del Sol, Arenal, deja el Teatro a la derecha. Va por Bailén, busca la Cuesta de San Vicente, llega a la puerta, queda quieto ante la fachada, las dos señoras entran a lo furtivo, suben veloces a la deshilada por la escalerilla de piedra, ¡por fin!, cae la señora en una butaca después de arrancarse el dominó y tirarlo de cualquier modo. Su servidora lo recoge y esconde.

Ysabel se sienta a un bufetillo, después de decirse: «¡Ah!», acordándose de algo. Escribe una carta a la señorita Paquita Roget Pujol, que va a casarse con un hijo del Conde de Cheste. La novia ha escrito a la soberana pidiéndole el indulto de un reo de muerte, Pelegrín Enríquez, que está en la cárcel de Barcelona. Suena allá la

solicitud de la Reina que ha tirado de un cordón colgante, aparece un secretario:

—Toma. Para el telégrafo.

Dice el parte: «Concedido lo que pides. Sírivate ello de regalo de boda. Felicidades. Ysabel».

Apoya el codo sobre el tablero del bufetillo. Un recuerdo amargo, aquella frase de Aparisi... «La de los tristes destinos»... Ysabel murmura:

—El más triste, mi destino personal. Juegan con un ser humano, le condenan le exigen... y ellos no comprenden ni perdonan.

T. B.

Dibujos de Chausa

Una página escolar de la Villa

LA REINA REGENTE PIDE ESCUELAS PARA MADRID

A Mercedes Agulló Cobo, afectuosamente.

Por Alfonso INIESTA

DIFÍCIL ERA LA EMPRESA

REGIR el trono restaurado en los llanos de Sagunto el año 1874 resultaba difícil empresa. Porque surgía erizada de complejas pruebas por todos los ámbitos de la vida nacional. Consideradas aisladamente y en su conjunto. El trono aparecía —pese a ciertas manifestaciones externas— con entorno débil, como árbol desmembrado, de ramaje escaso y tronco carcomido sin rozagantes exuberancias ni lozanías gozosas. Más aun si tenemos en cuenta la tristeza prolongada que sufría Alfonso XII por el temprano fallecimiento —junio 1878— de la encantadora reina Mercedes, cantada por la musa afligida de los poetas y del pueblo. Porque era encarnación de belleza y bondad para todos.

LA REINA REGENTE

Cuando aún permanecía viva la estampa graciosa de Mercedes y el perfume alado de una juventud pronto desaparecida, y seguía el corazón del joven rey manteniendo crespones de luto, el más riguroso sentido del deber y el muy hondo de sus creencias católicas hicieron que la archiduquesa de Austria, María Cristina de Habsburgo-Lorena, abandonara cómoda vida sin complicaciones para contraer matrimonio con el rey viudo el 29 de septiembre del año siguiente, poco inclinado a tal boda. Que los reyes carecen de libertad, atados muchas veces al duro yunque lacerante del ri-

guroso sentido de servicio. Por el lado sentimental, no parecía anunciarse corona de gozo y alegría. Por el lado político, las circunstancias de la vida española se mostraban aún menos propicias para lograr un reinado feliz: heridas extensas, hondas, de guerra civil, poco antes acabada; economía modesta, deshecha y no recuperada de la catástrofe en la que se hallaba sumido desde la invasión napoleónica; partidos políticos numerosos, muy divididos; exigente época de transición; fuerte oposición carlista y republicana; reiteradas violencias sociales en Andalucía y centros industriales; guerra en las tierras lejanas de Cuba impulsada por Estados Unidos... ¡No se dibujaba en el horizonte un arco iris de rosadas esperanzas a la Reina! Para colmo de desgracias, solamente seis años vivió el rey de la Restauración. La blanca paloma de la paz trazaba inseguros vuelos sobre el empobrecido suelo nacional. El estado gravido de María Cristina tampoco era el más adecuado para asumir las duras responsabilidades que la regencia exigía en tales circunstancias

Supo María Cristina sobreponerse, sortear trances duros y mostrarse como serena y fiel esposa, venciendo difíciles días matrimoniales primero; siempre, reina austera —«Doña Virtudes» para algunas malignas y murmuradoras lenguas palatinas— y madre cariñosa e inteligente. Cuando el rey fallecía —25 noviembre de 1885— supo después ejercer sus funciones de Regente demostrando gran prudencia, serenidad, celo y lealtad en el agitado período que hubo de gobernar.

Pasó por amargos trances. Quizá el peor y más doloroso, nuestro desastre del 98, fin del vasto imperio en el que antaño no se puso el sol. Los políticos que la trataron al evocar su figura ensalzan sin reticencia alguna su señera, firme, serena actitud de gobernante. Solamente los enemigos del régimen se atreven a sonsacar intimidades por nadie descubiertas, sino inventadas por el sectarismo.

Intérprete fiel y enamorada de la buena música, se comportó sencilla y cordial con Pau Casals, al que protegió con devociones maternas concediéndole una beca para ampliar estudios, siendo su voz impulso decisivo en la formación del prometedor artista. Su visión coincidió con la expresada por Albéniz y el conde de Orly. Lo reconocerá el propio interesado. Cumplidos los 80 años de vida, después de recoger lauros y triunfos por todo el mundo, en la paz de Puerto Rico dirá de la Regente «que fue su segunda madre». Aunque hiciera profesión de republicanismo. Que las ideas políticas en él no podían anular la gratitud de su sensible corazón y caer en el olvido de los grandes beneficios recibidos.

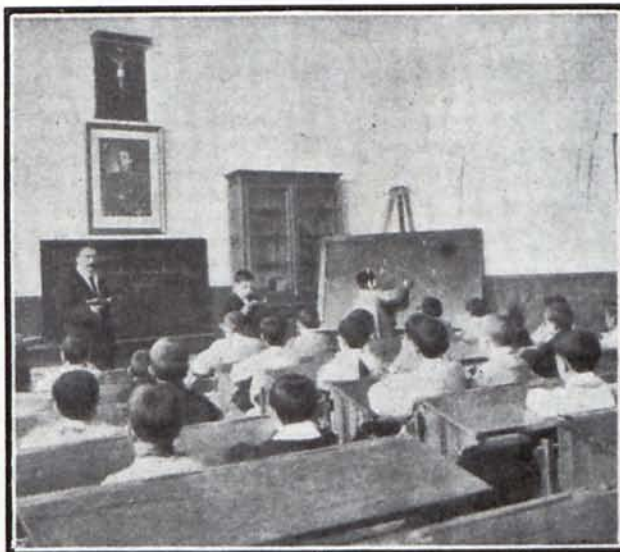
SITUACION POLITICA AL EMPEZAR EL SIGLO XX

Con motivo del fallecimiento de Alfonso XII —25 noviembre de 1885— y para asegurar a la desamparada Regente una base firme de gobierno, quedó establecido el turno pacífico de los dos grandes partidos políticos para la

INAUGURACION DE UNA ESCUELA



Escuela construida por los empleados municipales en la calle de la Florida



Aspecto de una de las clases de la Escuela de la calle de la Florida

Los empleados municipales han aunado sus esfuerzos, logrando construir en la calle de la Florida una escuela, cuya inauguración oficial se efectuó el primer día del mes actual. En la escuela que nos ocupa, además de los tres grados de enseñanza, hay instaladas clases de Idiomas, Taquigrafía, Mecanografía y Contabilidad, estando todas las asignaturas á cargo de competentísimos profesores. Hoy día, pueden recibir instrucción doscientos niños.

El acto inaugural fué presidido por el delegado regio Sr. Ruiz Jiménez, el marqués de Lema y el señor Aguilera.



El alcalde de Madrid señor marqués de Lema, D. Alberto Aguilera y otras distinguidas personas en el acto de la inauguración de la Escuela de la calle de la Florida

Fots. N. M., por Campaña

sucesión en el poder, a semejanza de Inglaterra, por el llamado «Pacto de El Pardo» entre los prohombres más destacados de aquella agitada época: Cánovas del Castillo, mentor político de la Restauración, y P. Mateo Sagasta. Principia el año 1902 hallándose al frente del Gobierno el jefe del partido liberal. En él seguía cuando el 17 de mayo siguiente el rey Alfonso XIII llega a la mayor edad —17 años—, cesando en la regencia su augusta madre. Principios del siglo y de un reinado en la joven figura de un rey educado fundamentalmente en España, abría el corazón a los mejores signos de esperanza. El país, necesitado de hondas reformas político-sociales y económicas, ansiaba un largo período de paz, de estabilidad y de progreso.

LA MAYORIA DE EDAD DE ALFONSO XIII

Una larga etapa de tranquilidad pública, en efecto, parecía dejar abierto en el corazón de la patria el consuelo de un mayor avance que trascendiera del ruido de las fábricas, el humear de las chimeneas, el trazado de vías de comunicación, la concentración de obreros, el aumento del comercio, la mejora de vida a nivel de todas las clases sociales...

¡Bien necesario era! Ya que otros pueblos se habían adelantado emprendiendo veloz carrera en el desarrollo industrial, mientras el nuestro percibía modestos principios en zonas localizadas, poco extensas. Porque sobre las múltiples y extensas tierras de pan llevar predominaba el cultivo de secano y el dorado de las mieses en verano; el verdor de los pámpanos en otoño meciéndose al viento de la meseta, mientras algunas zonas ubérrimas del litoral proporcionaban el mayor contingente de frutos sabrosos para la exportación.

INICIATIVA DE LA REINA REGENTE

En la vida de doña María Cristina surge un episodio revelador de su sensibilidad exquisita, más amplia que la demostrada por sus aficiones musicales. Acaso poco divulgado.

Alcanzaba Alfonso XIII la mayoría de edad en pleno florecer de primavera, el 17 de mayo de 1902. La nación quería en todos sus ámbitos y clases festejar de manera adecuada tan magno acontecimiento, nuncio deseado de nueva era y posible etapa permanente de la ya lograda paz.

MADRID QUIERE DAR EJEMPLO

Madrid quiso dar ejemplo. Presidía el Ayuntamiento figura política de rango tan alto y prestigioso como don Alberto Aguilera, cuyo caso por la Alcaldía dejó tan grato recuerdo que su nombre lo perpetúa moderna calle. Al acceder al cargo, en marzo del mismo año, se interesó por la creación de edificios escolares en zonas suburbanas. Zonas pobladas por gentes de vida miserable que darían materia posteriormente a Blasco Ibáñez para escribir «La horda», y a Pío Baroja para recoger su ambiente en «La busca». Duros los dos aguafuertes sociales. Aguilera llegó a sacar a concurso diversos modelos para construir nuevas escuelas.

En 1900 se creó el Ministerio de Instrucción Pública, separándolo del de Fomento, al que se hallaban unidos los centros docentes y las instituciones culturales. Al siguiente se incorporaron los haberes de los maestros al presupuesto general del Estado, liberándolos de los ayuntamientos, que les adeudaban, muchos de ellos, hasta los de varios años. Página que constituía auténtica vergüenza nacional.

INICIATIVA DE LA REINA

Se hallaba al frente del Ministerio como primer ministro de Instrucción Pública el conde de Romanones, autor de la anterior medida que el Magisterio público agradeció costeando un monumento levantado en Guadalupe.

Un día, al despachar el ministro con la reina e informarle de la triste situación de la enseñanza en su departamento, escuchó de los augustos labios la conveniencia de fomentarla, acudiendo a suscripciones públicas si el Estado y el Municipio no podían hacerse cargo de sus necesidades. Ella, por su parte, acudiría con donativo particular; desearía escuelas que evitaran la presencia de «golfitos» en la plaza de Oriente, desarrollando sus actividades en horas de fecundo trabajo escolar y que presentaban además un aspecto lamentable. La coronación de su hijo tendría así aspecto de beneficio real para el pueblo madrileño, y la mejora, bien necesaria, de su descuidada cultura. En el aspecto social entregó donativos para que se repartieran comidas, vestidos y en metálico, según usos y costumbres de la época.

Desde el palacio real marchó el conde, sin perder tiempo, al Ayuntamiento.

to. Expuso al alcalde el regio deseo. A toda prisa se formó una comisión. Al frente de ella figuró el que presidía la Junta Municipal de Enseñanza, don Eduardo Vincenti, prestigioso periodista y batallador político. A esta Comisión hizo referencia expresa de nuevo sobre los «golfitos». Término que no puede tomarse como peyorativo; más bien cariñoso, que no ocultaba el fondo de una realidad vergonzante.

La iniciativa de la reina no podía presentarse en mejor instante. La situación de la enseñanza presentaba el siguiente cuadro desolador.

ESTADO DE LA ENSEÑANZA EN MADRID

Por Real Cédula de 11 de mayo de 1783 se crean en Madrid 32 escuelas de primeras letras para niñas, que se fueron ampliando hasta llegar a 62, una por cada barriada de niños y niñas. Por Real Orden de 21 de enero de 1816, Fernando VII crea 62 escuelas de niños. Con referencia a 1830 el señor Ruiz Barrio publica los nombres de los maestros correspondientes a 62 barrios y de las maestras a 61. Algunas tenían pasantes.

Las escuelas de enseñanza elemental que existían en Madrid el año 1875, primero de la Regencia, eran las siguientes.

De párvulos	12
De niñas	37
De niños	37

En estas últimas funcionaban ocho clases destinadas a enseñanza para adultos.

En el transcurso de veinticinco años no llegaron a duplicarse, puesto que en 1900 los datos anteriores han sufrido pocas variaciones:

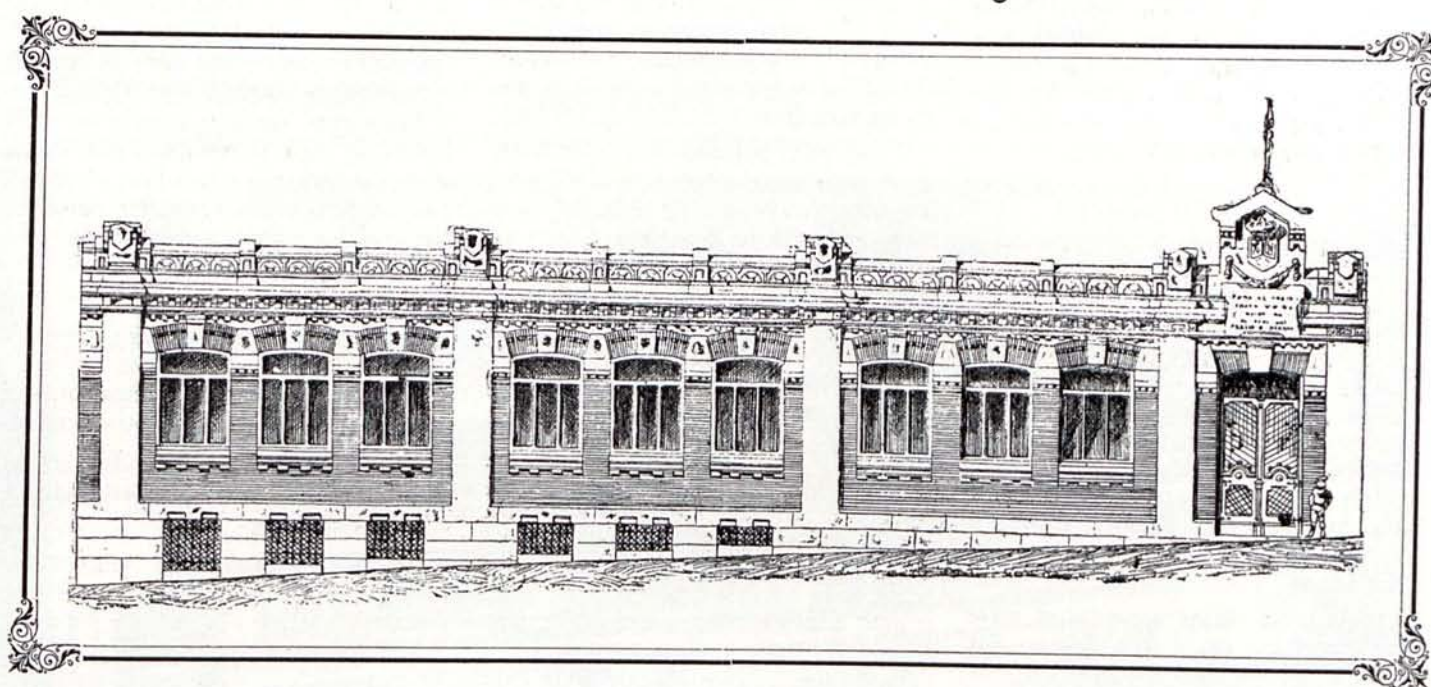
De párvulos	24
De niñas	69
De niños	68

Una de las escuelas de niñas acogía otra dominical y en la de niños, veintuna se destinaban para adultos.

Los maestros ascendían a 290; aumentaron en menor proporción. Los inspectores que atendían el conjunto de escuelas de niños eran tres y una inspectora para las de párvulos y niñas.

Tanto en los datos de 1875 como en los correspondientes a 1830 no se tiene en cuenta la existencia de los colegios privados ni las escuelas que funcionaban en asilos y en conventos.

FESTEJOS DE MAYO DE 1902



Escuela graduada que costearán los Empleados del Municipio, y su edificación será con arreglo á las bases propuestas por la Comisión especial de los GRUPOS ESCOLARES

(Proyecto de los Arquitectos municipales Sres. Aranda y A. ana.)

Grave omisión que oculta una de las caras del problema. Mucho más si tenemos en cuenta que el censo escolar atendido por la enseñanza privada era sin duda superior al acogido en centros oficiales.

Podemos hallar, en efecto, comprobación a nuestro aserto al manejar el libro de la señora Simón Palmer, doña María del C., «La enseñanza privada en Madrid (1820-1868)». En ella aparece, entre 1827 y 1868, una relación de 420 directores, empresarios y profesores que ejercían en la capital de España y en la que figuran presbíteros, catedráticos, maestros de primeras letras, profesores de lenguas, de matemáticas, de idiomas y de enseñanzas especiales de caligrafía, artes plásticas, música y esgrima.

La misma autora cita la situación, por calles, de 206 colegios entre 1823 y 1856, siendo famosos, entre otros, los de San Mateo, que fundaron Alberto Lista y Gómez Hermosilla, y el de don Francisco Sierra. Como los demás, su cuadro de materias abarcaba también, con las de enseñanza secundaria, las que se estimaban primeras letras impartidas a los niños que en ellos se matriculaban.

No presentaba risueños colores la enseñanza en Madrid. Pero se atenúan sus negruras si puede y debe atenderse el cuadro completo de la misma.

Por lo que se refiere a principios del siglo XX, de la «Guía práctica de Madrid», de los señores Roldán y González, aceptada por acuerdo del Ayuntamiento en 20 de noviembre de 1903, se puede, calle por calle, obtener algunos datos de interés sobre el funcionamiento de centros primarios:

Escuelas de párvulos	14
Escuelas municipales	{	superiores de niñas	1
		superiores de niños	1
		elementales de niñas	60
		elementales de niños	63
Escuelas para adultos	16

Nos hallamos en la situación anteriormente indicada. No consta si en más de siete asilos funcionaban escuelas; la «Asociación Católica de Señoras» sostenía por lo menos una; los escolapios mantenían dos colegios, uno, el de San Antón, y otro en Mesón de Paredes; también funcionaba una escuela laica.

Aun con todas las deficiencias de información, por lo que se refiere a la enseñanza oficial, parecen escasos los progresos logrados, según las cifras de 1783, 1830, 1875 y 1900. Este último año el censo oficial cifra el de habitantes en 528.984.

EL AYUNTAMIENTO Y LOS HABERES DE LOS MAESTROS

Una de las páginas más bochornosas que presenta la docencia en la España del siglo XIX, en sus finales, la constituye las deudas de los Ayuntamientos contraídas con los maestros de primeras letras. Algunos llegaron a

extremos inconcebibles, ya lo indicamos.

Por mucho que se invoque la miserable situación de las haciendas locales, esta realidad resulta siempre bochornosa. Carlos Groizard, en «La instrucción pública en España», y Macías Picavea, en «Apuntes y estudios sobre la instrucción pública en España», amplían el cuadro doloroso.

En esta situación, el Ayuntamiento de Madrid ofrece el caso excepcional de hallarse al corriente en el pago de los maestros sin retraso de un solo mes, teniendo además consignado en presupuesto una cantidad para el aumento voluntario de sueldos. El hecho, ¡bien merece destacarse!

Los locales, por el contrario, en su mayoría no podían ser más detestables. Alguno se hallaba junto a una casa de lenocinio. Construir edificios escolares representaba, pues, un beneficio muy positivo en favor de la infancia madrileña.

COMISIONES Y GESTIONES

Al trascender los deseos de la reina, la comisión a la que hemos hecho referencia se integró por prestigiosas figuras del Ayuntamiento, de la enseñanza y de arquitectos municipales, presidida, repetimos, por el señor Vincenti. Como vocales, entre los muchos que la integraban, aparecen los nombres de Cemboráin España, Ruiz Giménez, Cossío, Rufino Blanco y dos arquitectos.

Posteriormente se designaron otras comisiones que estudiaron los variados aspectos que ofrecía la cuestión: conocimiento del censo escolar, número y calidad de solares, presupuestos de los edificios, condiciones que habrían de reunir éstos, mobiliario y material, etcétera, destinado a los diez grupos escolares.

La Prensa, por su parte, daba a conocer el proceso para la realización del deseo de la reina, recibido con general aplauso y entusiasmo. Más en ciertos sectores docentes.

EL PROYECTO EN LOS DISTRITOS

Además de la comisión general se constituyeron otras en cada distrito, presididas por los respectivos tenientes de alcalde, quienes llegaron a formar nueva junta y comisiones, alguno hasta en cada calle de los barrios. El movimiento ponía en marcha todos los elementos sociales y políticos que podían prestar apoyo al proyecto.

La actividad más urgente se centraba en hallar solares indispensables para la construcción de los grupos escolares, con el comedor para servicio de cantina y una biblioteca popular.

Vemos cómo se fueron desenvolviendo: el primero fue el de Buenavista que halló un solar de 16.500 pies y cuyo edificio se veía muy factible por la condición social-económica de sus habitantes. Lo cedía el marqués de Torrelaguna con proyecto del arquitecto municipal don Pablo Aranda. Su presupuesto ascendía a 100.000 pesetas y la primera piedra se colocaría entre el 15 y 20 de mayo. Lo construyó después una junta de vecinos y en 1917 fue donado al Ayuntamiento.

Siguió la de Palacio, que impulsó el marqués de Cubas; a la vez que el grupo, deseaba inaugurar una biblioteca popular y la cantina. El lugar de ubicación podría ser el solar de la plaza de Ramales.

También el popular distrito de la Inclusa mantuvo loable actividad, pero la construcción de un edificio para una graduada lo deseaba por utópico; creían más hacedero otro capaz con destino a párvulos y escuelas elementales de niños y de niñas, cocina y biblioteca.

El distrito de Latina tuvo como nota importante la participación de los maestros —al margen en los demás—. En las reuniones se constituyó una Junta organizadora presidida por el teniente alcalde y, además, juntas del barrio con tantos vocales como calles tenía cada barrio y un padre de niño o niña matriculados en escuelas municipales. El edificio se construiría en la calle de Bailén, entrada por la de Don Pedro.

La comisión en el distrito de la Universidad fue muy numerosa, nada menos que cuatro vicepresidentes y cincuenta y un vocales hemos anotado. De ellos, diez títulos nobiliarios. Las juntas de barrio, igualmente numerosas.

Idéntico procedimiento se siguió en los distritos del Centro, Hospital, Audiencia y Congreso.

Los empleados municipales respondieron al llamamiento del alcalde dirigido al pueblo madrileño. Celebraron una reunión por iniciativa y bajo la presidencia del secretario, señor Ruano. Se aceptó la propuesta de un descuento mensual, importe de un día de haber para los sueldos a partir de dos mil pesetas mensuales, y de medio para los sueldos inferiores, hasta reunir la cantidad necesaria.

Al conocer el señor Aguilera los magníficos resultados de la reunión prometió asociarse a los acuerdos contribuyendo con donativos de sus fondos particulares.

El edificio se construiría en un solar de propiedad municipal, situado en la calle de Florida —hoy de Mejía Lequerica—, cuya extensión de 70 metros cuadrados permitiría atender a 120 niños, con cantina, biblioteca y enseñanza para adultos. La fábrica se edificaría de ladrillo, calculándose su coste en 80.000 pesetas.

Todo parecía asegurar que el mejor acontecimiento del reinado de Alfonso XIII iba a consistir en dotar a Madrid de diez escuelas graduadas, denominación que se adoptó posteriormen-

te por estimar los técnicos que se adecuaba mejor este nombre al movimiento escolar contemporáneo y a los aires de fuera, siempre muy estimados en cuanto señalaban novedades.

Los datos que estudiamos no indican si las escuelas modelos que se deseaba aumentar, y cuyos gastos corrían a cargo de la reina, formaban parte del conjunto anteriormente indicado.

RESUMEN DE ACTUACIONES

El resumen que podemos ofrecer se sintetiza en los siguientes puntos:

- 1.º La reina regente sufragará el importe de los edificios destinados a escuelas modelos.
- 2.º El Ministerio de Instrucción Pública ofrece uno para escuela graduada.
- 3.º El Ayuntamiento construirá la de Bailén.
- 4.º Los empleados del Ayuntamiento la de la calle de la Florida.
- 5.º Se contaba con solar cedido por el duque de Torrelaguna y una recaudación de 40.000 pesetas en Buenavista.
- 6.º Un solar regalado por el duque de Montarco.
- 7.º El solar de la plaza de Ramales, que luego fue desechado por insuficiente.

Llegó hasta pensarse en el personal que había de atender a los posibles lectores de las bibliotecas populares. La propuesta de que estuvieran a cargo de maestros propietarios no tuvo éxito.

Seguir la pista del subsiguiente proceso resulta muy difícil.

En la Prensa halla acogida la iniciativa real. También el trabajo de las distintas Comisiones. No resulta extensa la información sobre las mismas. Así, por ejemplo, en el programa de festejos organizados en honor del rey, «La Ilustración Hispano-Americana» solamente hace referencia a la colocación de las primeras piedras de edificios escolares el 15 de mayo que reseña la efectuada el día 13 del mismo mes, con el costeado por la reina, acto al que se rodea de gran pompa, ya que asisten los reyes, altezas, autoridades y niños que cantan un himno. La fotografía constituye magnífica estampa de la época. «Después se repitió de modo análogo en los sitios en que han de construirse los demás grupos.» Y esto es todo.



El nuevo Instituto Municipal de Educación, engalanado el día de su inauguración por el Caudillo.

Luego se construyeron varios grupos, como el de Buenavista, actual General Mola, muy reformado; el del distrito de Inclusa, en La Llorosa; el de Congreso, en el Pacífico denominado «Hermanos Reverter». Otros desaparecieron, como el de Trasmiera.

¿CUALES FUERON LOS RESULTADOS?

Los datos recogidos del folleto **FESTEJOS DE MAYO. HISTORIAL DE LOS GRUPOS ESCOLARES Y SUS DERIVACIONES**, se debe a don Sebastián Rodríguez Marín, secretario de la Comisión organizadora de dichos festejos, que fue editado en Madrid, año de 1902, Imprenta Municipal. De lo ocurrido posteriormente nada dice.

La escuela graduada que iba a construirse en el distrito Latina, calle Bailén, solar de la casa de Osuna, entrada por la de Don Pedro, se construyó en el período republicano. Es el actual colegio **VAZQUEZ DE MELLA**. Ha quedado con muy pequeño

patio interior, cuando el solar pudo haberse aprovechado más para el colegio en vez de venderse para construir viviendas particulares. El solar de la plaza de Rames, que la comisión desechó por pequeño, ha servido para construir un edificio sin patio de juego en el mismo sitio y alojar a la Inspección escolar de Sanidad. Es el colegio **ARGENTINA**.

Finalmente llegó a buen término el de la calle de La Florida, hoy de Mejía Lequerica, que ostentó el nombre de **FRANCISCO RUANO**, construido en el antiguo corral de limpieza, ampliado en 1916 y 1925. Fue graduada famosa entre las de la Villa, bien conocida por el prestigio de la obra docente en ella realizada por las sucesivas promociones de maestros que en ella actuaron.

Siendo teniente alcalde, delegado de Enseñanza del Ayuntamiento don José María Gutiérrez del Castillo, cambió sus fines para dar lugar a un edificio funcional en el que se aloja el Instituto Municipal de Educación, que atiende una matrícula exclusiva de ni-

ños subnormales. Al frente figura su creador como director y una plantilla completa de médicos, profesores especializados, personal subalterno, comedor, biblioteca. Todo con adecuado mobiliario y material científico-pedagógico. Realiza una hermosa labor, primera iniciada por un Ayuntamiento en nuestro país. El Instituto fue inaugurado por el Caudillo en julio de 1961.

El nuevo edificio escolar llevará el nombre de **FRANCISCO RUANO**. Su emplazamiento está destinado en la calle Almuradiel, de Vallecas.

* * *

Tal fue el proceso de una regia iniciativa. Si los resultados no correspondieron totalmente a los deseos de su augusta autora, sirvieron para poner de manifiesto los sentimientos, no solamente de una reina, sino los anhelos del pueblo madrileño al agasajar un acontecimiento que traía el símbolo de la paz, enlazado con el amor al niño y a la cultura.

LA PINTURA EN EL MADRID DE GOYA

Por Mariano JUBERIAS OCHOA

EN 1828, año de la muerte del fecundo y fecundador Francisco de Goya, su hijo Francisco Javier, en carta dirigida a don Luis Eusebi, con datos biográficos de su padre para incluirlos en el catálogo del Museo del Prado, dice, entre otras cosas, que su progenitor «fue discípulo de don José Luzán, de Zaragoza, con quien aprendió los principios del dibujo, haciéndole copiar las mejores estampas que tenía; estuvo con él cuatro años y empezó a pintar de su invención».

Del taller de este modesto maestro zaragozano, que había estado en Italia protegido por los Pignatelli y fue discípulo de Lucas Jordán, salieron pintores notables, como los Bayeu y el gigante universal de Fuendetodos. Es curiosa la fundamental influencia que pintores de cortos vuelos han tenido en el desarrollo de la gran pintura española con sus discípulos. Pacheco de Velázquez, Pedro Díaz de Zurbarán, Juan del Castillo (de Murillo), Pedro de las Cuevas, en cuyo taller puede afirmarse que se gestó la escuela madrileña del XVII, con discípulos tan notables como Juan Carreño de Miranda, Antonio Pereda, Antonio Arias, Francisco Camilo, etcétera, y... José Martínez Luzán (de Goya).

En su taller estuvo desde 1760 a 1764, desde los catorce a los dieciocho años. No es de extrañar que

con este elemental bagaje técnico de copista de láminas tuviera en Madrid los fracasos que sufrió en sus dos confrontaciones de 1763 y 1766, en sendas convocatorias de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Como estas enseñanzas de Luzán no bastan para explicar razonablemente el posterior desarrollo de su oficio, los investigadores, estudiosos y enamorados de Goya, siguen la pista de sus pasos en Madrid, tras de hallar las huellas de su formación. Cuando el aragonés llega a la Corte, según Sánchez Cantón, «dos escuelas tenían en Madrid los pintores: una, magnífica y pletórica de enseñanzas; la otra, eficaz y peligrosa en más de un aspecto. La primera, antigua y acreditada; la segunda, joven y activa; ésta se llamaba la Academia de Nobles Artes de San Fernando; constituían aquélla las colecciones pictóricas de los Palacios Reales».

Aunque las colecciones regias llegaron a atesorar, según don Antonio Ponz, hasta cuatro mil quinientos lienzos, algo disminuidos por el incendio del alcázar madrileño en 1734, hay que ensanchar la base ejemplar y pedagógica que podían encontrar en la capital los pintores en ciernes con los tesoros pictóricos acumulados en los templos, monasterios y mansiones aristocráticas, que antes de la guerra de la



Antonio Palomino (1655-1726). Realizó esta composición ascensional, vorágine angélica, en el despacho del primer teniente de alcalde de Madrid. (Antes fue capilla del Ayuntamiento.)

Independencia, de las revoluciones, de los chamarileros y del Prado estaban nutridísimas de obras maestras. Además de estos vivos ejemplos, escuelas perennes del mejor arte pictórico, tenían taller abierto en Madrid Antonio Rafael Mengs, Juan Bautista Tiépolo y sus hijos, y los franceses Ranc, Luis Miguel Van Loo y Miguel Angel Housse.

Había también en la villa pintores menores con estudio. Entre ellos, el que en el nueve de la calle del Reloj tenía Francisco Bayeu, el buen pintor aragonés citado con elogio por Menéndez Pelayo y Cean Bermúdez. Había sido discípulo de José Luzán, de Antonio González Velázquez y tal vez de Juan Andrés Merklein, pintor bohemio afincado en Zaragoza, que llegó a ser suegro suyo. Llamado por Mengs a la corte, se domicilió, con sus hermanas María y Josefina, como hemos dicho, en la calle del Reloj, donde

fijó su estudio, que también fue escuela en la que cursaron su hermano Ramón y nuestro Goya.

Nos hemos detenido en Francisco Bayeu por la trascendencia que tuvo a lo largo de toda la vida y arte del hijo de Fuendetodos a lo largo de toda su existencia. En Italia se declara discípulo del que habría de ser su cuñado, resaltando que era pintor de cámara de su majestad católica el rey de España. Cuando la imaginación se desboca buscando antecedentes, hasta lo estrambótico, en la obra goyesca, nadie se para a estudiar y analizar esta noticia cierta, que se suele pasar por alto o citar de pasada y sin darle importancia. Y es que la leyenda goyesca no terminó en los biógrafos aurorales Charles Yriarte y Laurent Matheron, que por lo menos tuvieron y tienen el valor de ser descubridores y adelantados de las investigaciones goyescas. Aho-

ra la leyenda romántica se ha trocado en la de los alardes de penetración erudita, de las influencias y antecedentes que adornan los conocimientos y sagacidad del que escribe y sirven más a su lucimiento personal que a la exaltación de los valores del artista. Buscando, buscando, hay quien encuentra precedente a la modesta barandilla de San Antonio de la Florida, en las marmóreas balaustradas de la cámara de los esposos en el castillo de Corte de Mantua, pintada por Mantegna, o en la no menos fastuosa de la veneciana Villa Contarini, pintada por Tiépolo, aunque ni por su composición, ni por su técnica, ni por su estética, ni mucho menos por su caligrafía e inspiración se parezcan en nada.

Se insiste mucho en el viaje a Italia. Sus límites en el tiempo y en el espacio son desconocidos. Para Sánchez Cantón comprende los



Ante esta Virgen de Antonio Palomino, pintada en una de las pechinas de la cúpula del despacho del primer teniente de alcalde, vienen a la memoria las palabras del ángelus: "Y ella concibió por obra y gracia del Espíritu Santo."

años 1769-1771; para Desparmet Fitz-Geralt, «en 1771, año que nos interesa, es cuando viaja a Italia. Sabemos muy poco de esta breve estancia». ¡Breve estancia! Para el monje de Aula Dei, padre Tomás López, sólo tres meses. El conde de La Viñaza, primer biógrafo serio y documentado del maestro, desconoce la permanencia del artista en Roma. Algo pudiera orientarnos su producción en la península hermana. Es raro que un hombre de su dinamismo y fecundidad no haya dejado apuntes, dibujos, borrones de sus recuerdos italianos, de sus múltiples admiraciones. La tenaz investigación y búsqueda de sus huellas allí sólo ha dado como resultado el hallazgo de media docena de cuadritos, de un tamaño aproximado de medio a un folio, que llevan por títulos «Sacrificio de Vesta», «Sacrificio de Pan» (dos versiones), «Dafnis y Cloe», el «Festín de Ester y Asuero», el «Perdón de Aman» y aquel que remitiera, en carta dirigida al conde Carlo Dalla Torre Rezzonico, y para un concurso convocado por la Real Academia de Bellas Artes de Parma, de la que el conde era secretario perpetuo, titulado «Aníbal, victorioso, mira por primera vez Italia desde los Alpes», carta fechada en 20 de

abril de 1771 y escrita en la lengua de Dante. Esta debió ser su obra de más empeño a orillas del Tíber; pero no cabe injuiciarla por haber desaparecido.

Comentando don Federico Torralba Soriano, en su artículo «Notas sobre algunas obras de la juventud de Goya en Aragón», publicado en el número centenario de la revista «Goya», dirigida por don José Camón Aznar, dice «que las pinturas del Coreto en la basílica del Pilar, realizadas en 1771; creo que sólo más tarde conoció Goya a Tiepolo (y opino que a través de la obra española del maestro italiano vista en Madrid) y su nuevo estilo atmosférico y abierto».

Las enseñanzas impartidas a Goya por Bayeu hemos de fijarlas con anterioridad a su viaje a Italia, entre 1766 y 1770 ó 1771, y tuvieron resultados fecundos y positivos en el arte y formación del joven artista, aparte de su magisterio, el haberle puesto en contacto con los numerosos tesoros pictóricos existentes en Madrid, y no sólo de las obras de caballete, sino también de esa otra pintura que pudiéramos llamar inmobiliaria, fijada en techos y paramentos, de la que nuestra villa y su comarca guarda tesoros tales que admite parangón con

las más ilustres ciudades del mundo en este aspecto. Bayeu, pintor de cámara, fresquista del palacio de los Borbones, en el que pintó varias bovedas, debió de introducir a su discípulo en el ambiente fastuoso de las mansiones reales e incluso emplearle como ayudante en sus frescos palatinos, en esa colaboración de maestro y discípulo patente en los primeros tapices goyescos y confirmada en aquella donosa carta del maestro a su Zapater, de 9 de enero de 1779, en que al socaire de sus bromas hace una confesión: «El borroncico que tú tienes —dice— es de Francisco (Bayeu) la invención y mía la ejecución y todo ello importa tres caracoles que no merece la pena que sea mío ni tuyo, no vale ni un cuerno...»

Confirmada de forma tan incuestionable esta supeditación de Goya a la obra de su maestro en la época de aprendizaje, es lógico suponer su ayuda en los frescos de Palacio.

Conocida la insaciable curiosidad de Goya y su constante deseo de aprender, que no disminuyó con los años, no podemos pasar por alto el definitivo impacto que en sus años juveniles tuvo que producirle la obra de Tiepolo contemplada en Madrid antes de 1711, y, por tanto, antes de su viaje a Italia.

Cuando el hijo de Fuendetodos estaba en el taller de Bayeu, el gran maestro veneciano y sus hijos Giandomenico y Lorenzo ejecutaban o habían ejecutado ya los techos del palacio de Occidente (no de Oriente, como suele decirse) titulados «Glorificación de la Monarquía española», en el salón del trono; «La grandeza y poderío de la Monarquía española», en la saleta o antecámara; «La apoteosis de Eneas», en el salón de guardias, y en la antecámara, «La conquista del Vellochino de Oro».

Frescos, y sin salir de Palacio pudo estudiar los del napolitano Corrado Giaquinto en los techos y pechinas de la capilla real, titulados «El apóstol Santiago en la batalla de Clavijo», «La coronación de la Virgen», «San Isidro Labrador», «Santa María de la Cabeza», «San Isidoro y San Hermenegildo». En la gran escalera, «El triunfo de la religión y de la Iglesia», «Triunfo sobre el poder sarraceno», «Hercules arrancando las columnas» y «El nacimiento del Sol», en el salón de columnas. Del bohemio Antonio Rafael Mengs pudo contemplar «El nacimiento de la Aurora», en el dor-

mitorio de la reina; en el salón de Gasparini, «La corte de los dioses o apoteosis de Hércules», y en la antesala de este salón, «Apoteosis de Trajano». Del buen pintor Maella, valenciano, pintor de cámara, tiene el regio palacio nada menos que seis techos; de Francisco Bayeu, el excelente artista aragonés, otros seis, que se titulan «La rendición de Granada», «La caída de los gigantes», «La Providencia presidiendo las virtudes y facultades del hombre», «Hércules en el Olimpo», «Apolo protegiendo las artes» y «Ordenes de la Monarquía española».

Completan la decoración de Palacio los techos de los González Velázquez, Antonio y Luis. El primero fue discípulo de Corrado Giaquinto, en Roma, y precedió a éste en la decoración de los techos reales pintando los titulados «El poder de España en las cuatro partes del mundo», «Colón ante los Reyes Católicos después del descubrimiento de América», en la segunda bóveda del comedor de gala; «Apolo y Minerva presidiendo el talento», en el techo de la saleta de la reina María Cristina, y en la antesala del cuarto de la reina pintó, con su hermano Luis, el techo, titulado «La Benignidad acompañada de las cuatro virtudes cardinales».

¿Cómo pudo escaparse todo este tesoro a la aguda observación y espíritu selectivo, en lo que a pintura y arte se refiere, de Goya? Años después, en 1778, ya más formado, pudo contemplarle don Antonio Ponz, en el Palacio Real, copiando obras de Velázquez al aguafuerte. Hasta dieciséis obras de su maestro («Yo no he tenido más maestros que Velázquez, Rembrandt y la naturaleza») reprodujo en cobre. Cean Bermúdez relata que para contemplar una terracota de Torriano que se conservaba en el Monasterio de las Jerónimas de Buenavista, en Sevilla, Goya estuvo dos horas y media en los dos días que duró la visita al monasterio.

En el diario de Moratín hay unas líneas reveladoras del interés que Goya sentía por los tesoros acumulados en los templos madrileños. Dice sencillamente: «Mañana a San Plácido para ver pintura con Goya.» Seguramente que el interés del maestro en este caso se centraba en el famoso «Cristo» de Velázquez, hoy en el Prado, adonde pasó desde este convento madrileño, como el otro, más pequeño, guardado en



Otra pintura de Antonio Palomino en la cúpula anterior, «La caridad», cercada de una corona de deliciosas flores.

la misma pinacoteca, pasó al convento de las Bernardas de la calle del Sacramento; pero en San Plácido había y hay cuadros de Claudio Coello y tallas de Gregorio Hernández y Pereira, que también serían estudiados.

Para ir a San Plácido desde su casa de la calle del Desengaño, tenía Goya que pasar antes por la iglesia de San Antonio de los Portugueses o de los Alemanes, toda ella envuelta, desde el zócalo a la cornisa, por los frescos de Lucas Jordán, realizados con su estilo fácil y espontáneo, plasmando un himno gigante a San Antonio de Padua, parando su lírica pintura en cada milagro del santo portugués. Gigantescos reyes y reinas santos se destacan en una franja inferior. Alguien ha sospechado que Goya se inspiró para sus ángeles de formas femeninas de San Antonio de la Florida en pinturas vistas en Italia. La verdad es que no necesitó correr tanto para ver «ángelas», porque Lucas Jordán las prodiga en estos frescos de la iglesia del Refugio y en los de la estancia de la dormición del monasterio de las Descalzas Reales. Más arriba de las pinturas del napolitano, en la cúpula de San Antonio, frescos de Juan Carreño de Miranda y de Francisco

Ricci; en los altares laterales del templo, cuadros de Caxes y el propio Lucas Jordán. De éste hay cuadros en las iglesias madrileñas de San Jerónimo el Real, San Isidro, Comendadoras de Santiago, iglesia del antiguo Hospicio, San Francisco el Grande, basilica de Atocha, etcétera. Además de estos techos de «Fapreso» en Madrid, están el de las Descalzas, ya citado, y el portentoso del Casón del Buen Retiro, que todavía en la época de Goya era salón de baile. El tema de esta magnífica bóveda, primor de composición múltiple y brillante colorido, donde la fantasía y espontaneidad desbordan lo habitual, es «La Orden del Toisón de Oro» y «Los trabajos de Hércules».

Por cierto, y a título de curiosidad, diremos que en este techo se entronizó en Madrid la primera efigie de Cibeles flotando sobre el Olimpo, y que la segunda está también en las alturas, en otro techo, en el de Antonio Rafael Meng, en Palacio, en la saleta de Gasparini. Con lo que la tercera resulta ser «La Cibeles», diseñada por Ventura Rodríguez y ejecutada por Francisco Gutiérrez, verdadero totem de la capital de España, confianzuda y familiarmente llamada «La Cibeles», dispensadora de civilización y pro-



Va para dos siglos que los asuntos locales se debaten bajo este techo de Antonio Palomino, maestro en perspectivas y fresquista singular.

tectora de ciudades, formando ya parte de la intimidad de Madrid esta hija del cielo y de la tierra...

Para seguir con la enumeración de los muchos techos conservados en Madrid y su provincia que pudo estudiar Goya, diremos que en El Escorial hay, entre otros, ocho de Lucas Jordán, el fecundo e imaginativo «Fapresto».

Como aquí queremos resaltar una parcela de la pintura en Madrid que aún no ha sido tratado debidamente, proseguimos con el inventario de techos artísticos que enriquecen la historia de la cultura en nuestra

villa. Ya hemos hablado de la obra de los González Velázquez en el regio palacio; pero fuera de él aún podemos anotar los frescos de estos artistas en las iglesias de Santa Isabel, en el Sacramento, en las Descalzas Reales, en la Encarnación, en la iglesia pontificia de San Miguel, en la cúpula de San Marcos, en la parroquia de Santa Bárbara, en el techo de la sala quinta del palacio de El Pardo, y en la provincia, en el dormitorio de la reina del palacio de Aranjuez y los techos de la Casa del Labrador, en la misma población madrileña.

Los Bayeu, Francisco y Ramón, el primero el mejor pintor, Goya aparte. de su siglo, se madrileñizaron y dejaron aquí lo mejor de su arte. Todavía en la época de nuestro maestro estaba intacta la bóveda de las Descalzas, de Francisco, que luego medio se destruyó por un incendio; en Aranjuez, el techo de la capilla de Palacio y el de la Casa del Labrador; en El Pardo, el del salón de embajadores, y de su hermano Ramón, en el mismo palacio, en el departamento que antecede al comedor oficial, en el Oratorio y en la Casita del Príncipe.

De Gaspar Becerra (1520-1570), en El Pardo; de Vicente Camarón, en el salón del trono de Aranjuez; de Lucas Cambiasso, «el Luqueto» (1527-1585), dos en El Escorial; de Carducho, en El Pardo; de Fabricio Castelló, en la sala prioral de El Escorial (de grutescos). De Eugenio Caxes, que además tiene muchos cuadros en las iglesias madrileñas, hay techos en El Pardo.

Antes hablábamos de los techos del excelente pintor valenciano Mariano Salvador Maella en el Palacio Real. Realizó también tres en la Casa del Labrador, de Aranjuez, titulados «Las cuatro estaciones», «La agricultura y los cuatro elementos» y «España acompañada de las partes del mundo»; tres más en la Casita del Príncipe de El Pardo y otro en el palacio de este barrio madrileño. En la Casita del Príncipe de El Escorial tiene tres, los titulados «Alegoría de la Paz», «Rapto de Ganimides» y «Lora», y en el palacio de los Borbones de El Escorial, uno en el oratorio.

También en El Escorial, podemos añadir a los ya citados dos de Peregrino Peregrini «el Tibaldi»; dos de Manuel Páez, en la Casita del Príncipe; de Francisco de Urbino (siglo XII), en la casa prioral del Monasterio; del boloñés Luis Jappelli, en la Casita del Príncipe, y otro, en la del Labrador, en Aranjuez, en cuya villa otro italiano, Amiconi, pinta el techo del salón de baile del palacio.

No sólo en palacios reales e iglesias madrileñas existen techos y pinturas. El Ayuntamiento de la Villa se suma a esta portentosa floración cultural y en 1692, por encargo de la Corporación municipal, pinta Antonio Palomino, en el salón de sesiones, el techo, titulado «Apología de Carlos II». Este mismo artista, que nació en Bujalance y murió en Madrid, desarrollando su actividad

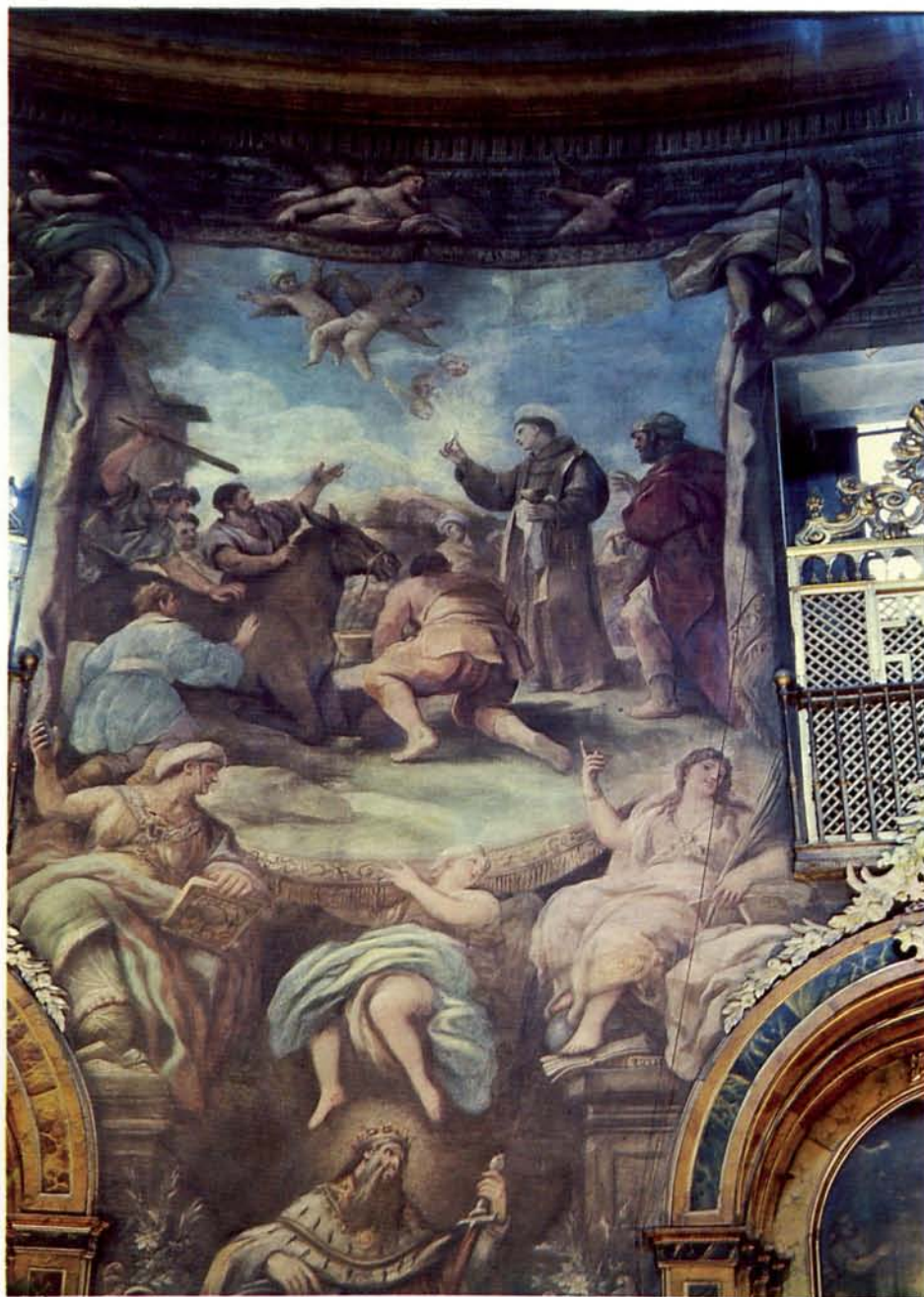
en nuestra capital, Valencia, Salamanca, Córdoba, El Paular y Granada, pinta cuatro años después, al fresco, los paramentos, cúpula y bóvedas de la capilla de la Casa de la Villa, hoy despacho del alcalde. Los temas desarrollados son muy gratos al pueblo madrileño. Entre otros, el de nuestro santo patrón en la faena divina de sus milagros; su esposa, «Santa María de la Cabeza»; «Alegoría del Manzanares», retratos reales, «La Asunción de la Virgen», «El Padre eterno», «Encuentro de San Joaquín y Santa Ana», etc.

De Antonio Palomino, que además de pintor es tratadista de arte y escribió «Museo pictórico y escala óptica», libro en el que incluye «Vida de pintores españoles», por lo que se le llama el Vasari español, se conservan cuadros en varias iglesias madrileñas: en San Pedro el Real, en San Isidro el Real, convento de Juan de Alarcón, templo de Santa Isabel, etc.

En otra dependencia municipal, en la bellísima Casa Panadería, hoy archivo de la Villa, y en su salón real, se conserva un techo del pintor madrileño, que cierra con llave de oro el siglo XVII, Claudio Coello. Hay cuadros suyos en San Plácido, en Santa Isabel, en San Francisco el Grande, y en época de Goya, en San Isidro el Real.

Todavía Vicente López, en el siglo pasado, añade un techo estupendo en el Palacio Real, y posteriormente Juan de Rivera, en la misma residencia y en el palacio real de El Pardo.

Pero este aspecto de la pintura en Madrid en la época del maestro de Fuendetodos es sólo parcial en el conjunto pictórico de la capital. Aún hoy cuelgan de los muros de nuestros templos obras del Greco, Zurbarán, José Ribera, Alonso Cano, Francisco Ricci, Maella y nutridos ejemplos de toda la escuela madrileña; de esas iglesias y cenobios que han pasado a ser, sin solución de continuidad, museos de categoría excepcional, como el de las Descalzas Reales, la Encarnación, San Francisco el Grande, San Antonio de la Florida y el de San Antonio de los Portugueses, ya citado; de esas iglesias que en el último cuarto del siglo XVIII, que Goya vivió, estudió y creó en Madrid, antes de los cataclismos y depredaciones, de las injurias del tiempo y de la codicia de los hombres, eran guardadoras de tesoros incontables. Como



Lucas Jordán (1636-1705). Jordán dejó, en los diez años que estuvo aquí, la huella de su fecundidad en una docena de techos y unas docenas de murales y cuadros. En la joyita madrileña de San Antonio de los Alemanes o de los Portugueses, de la Corredera, pintó con milagros de San Antonio todas sus paredes.

ejemplo comprobado en riquezas pictóricas podemos citar la iglesia del convento de Dominicas Recoletas del pueblecito madrileño de Loeches, que atesoraba cuadros de Tiziano, Tintoretto, Veronés, Los Bassano y otros. El vendaval de la guerra de la Independencia, la rapaz apetencia de obras de arte de los Bonaparte y la última guerra civil dejaron el templo en su esqueleto arquitectónico.

En ese museo de museos que es el monasterio de El Escorial, frecuentemente visitado por Goya por

razón de sus cargos tanto de pintor de cámara como de diseñador de tapices para la fábrica de Santa Bárbara o como catalogador de las obras de arte de Carlos III, pudo ver colecciones ingentes de pinturas de caballete en El Escorial: ocho Tiziano, cinco Tintoretto, cuatro Veronés, seis Bassano, cuatro Bosco, cuatro Zúcaro, seis Greco, tres Sánchez Coello, diez José Ribera, tres Pantoja y Velázquez, Alberto Durero, Patinir, Guido Reni, Carreño de Miranda, Valdés Leal, Andrea del Sarto, Claudio Coello, Pe-



Goya no necesitó hacer un hipotético viaje a Venecia para ver "ángeles". Aquí, a dos pasos de su domicilio (vivió en Desengaño, 2), en San Antonio de los Portugueses, pudo ver falanges de esos ángeles pintados por Lucas Jordán.

dro Pablo Rubens, Antonio Van Dyck, Rogelio Van der Weyden y otros muchos que sería prolijo enumerar.

En los palacios reales de Madrid, El Pardo, Aranjuez, El Escorial, La Granja, Riofrío, cientos de cuadros expuestos a su estudio; y también en las mansiones aristocráticas de los duques de Osuna, Alba, Medinaceli, Medinasidonia, Fernán Núñez y muchos más existían infinitos cuadros decorando sus paredes. Cuando la intimidad de estas casas solariegas se ha abierto al público, han constituido museos riquísimos,

como la del madrileño, ilustre arqueólogo y coleccionista marqués de Cerralbo, el de Valencia de Don Juan, el de Lázaro Galdiano...

En este ambiente tan saturado de pintura tenía que nacer un gran museo, y en vida de Goya abrió sus puertas el Prado, con trescientas once obras, en su mayoría propiedad del rey de España. Luego empezaron a llegar legados, donaciones, cesiones, adquisiciones y más donativos de los reyes de España. Goya, que empezó con dos cuadros expuestos, ahora tiene ciento diecisiete, de los que un tercio, aproxi-

madamente, son legados de particulares al Prado. De los ochocientos cuarenta cuadros de escuela española que guarda hoy nuestra primera pinacoteca, la mayor y la mejor parte se han producido en Madrid.

Llegó Goya a Madrid cuando la crisis de nuestra pintura estaba en su más hondo bache en la producción de genios y aun de ingenios. Quedó atrás la llamada del siglo XVII, que también es un siglo de oro de la pintura, con Velázquez, Zurbarán, Murillo, Ribera, Alonso Cano, Valdés Leal. Andalucía y Levante son focos de escuelas brillantísimas, y se cierra el ciclo con la escuela madrileña, con menos cumbres que sus hermanas andaluza y valenciana, pero con una altitud suficiente para alcanzar los calificativos de notable y museable. A ella pertenecen Claudio Coello, los Ricci, Carreño de Miranda, Pereda, Mateo Cerezo y otros a los que no cabe colocar en la cumbre, pero que en más de una ocasión rozan lo genial.

Quisiéramos resumir este trabajo con una serie extractada de los razonamientos en él desarrollados. Que Goya encontró en Madrid, durante su aprendizaje en el taller de Bayeu aquella «escuela magnífica y plétórica de enseñanzas» de que hablara Sánchez Cantón, no sólo en las colecciones reales, sino en los monasterios, templos y casas particulares, y no sólo en los magníficos ejemplares de unos miles de cuadros de caballete, sino también y muy particularmente en ese centenar largo de grandes murales y techos conservados en Madrid y registrados en el archivo del autor, a que se hace referencia por primera vez, desde el punto de vista de la formación de Goya, en estas líneas; obras que demuestran que no fue necesario, como reiteradamente se ha venido afirmando, su viaje a Italia para su aprendizaje de la técnica de la pintura al fresco, porque aquí, en nuestra villa fue discípulo de un buen fresquista, en aquellos años dedicado especialmente a esta disciplina; porque fue testigo de la ejecución de los mejores techos por los maestros cumbre del momento entonces activos en Europa, Tiépolo y Mengs, y que, aparte estos dos gigantes, otros artistas menos universales, pero expertísimos en la pintura sobre yeso húmedo, como fueron los González Velázquez, los Bayeu, Maella, etc., o un siglo an-

terior los Ricci, Carreño, Palomino, etc., y muy próximos a él, Lucas Jordán y Giaquinto, dejaron sobre bóvedas y paramentos madrileños tantos ejemplos de pintura mural que no pudieron pasar inadvertidos a hombre tan observador, tan inquieto y tan tenaz en el estudio de su arte como Goya; que cuando salió para la península hermana, mayor en el arte, se «sabía» a Tiepolo y a los venecianos, con los que entabló contacto en el primer y deslumbrante encuentro en Madrid, como tampoco tuvo que ir allí, como hemos demostrado, para ver «ángeles», tan abundantes en los enlucidos madrileños. Ni para ver balaustradas y balcones necesitó ir a Venecia, Mantua o Parma. En la escalera principal de El Escorial pudo verlas, y asomados a ella, Carlos II y su esposa, Ana de Neoburg, en el Casón del Buen Retiro, o en el balcón que a modo de palco existe en el mural de la escalera de las Descalzas Reales, presidido por Felipe IV, acompañado de su familia.

La gran conmoción producida por el terremoto Goya en el mundo mágico de la pintura tiene en Madrid claros exponentes, precisamente en murales y techos del genial aragonés. Aquí, para ejemplo y lección de futuro, los fondos del palacio de Godoy, hoy en el Prado; aquí, los murales de la Quinta del Sordo y San Antonio de la Florida, tan actuales, tan polémicos, que aún siguen impartiendo enseñanzas y suscitando emociones nuevas, con su profundo mensaje, aún no descifrado del todo.



Aquí asilamos uno de esos ángeles que, formando guirnaldas, pintó Lucas Jordán en San Antonio de los Portugueses.

LOS MADRILES DE LAS PAJARITAS CANTORAS

Por Federico ROMERO

ESTAS pajaritas madrileñas no son avecillas posadas en las frondas de las arboledas o cautivas en jaulas; las que alegran los parques con sus trinos y sus gorjeos o saltan de palo en palo dentro de sus canarieras, pendientes de una escarpia en las jambas de los balcones, envidiosas de la libertad de sus congéneres que revolotean en el aire de Madrid, tan ponderado antes de la invención de los escapes de gas y de las chimeneas que vomitan muertes a largo plazo.

Son hembras de claro linaje matritense, dibujadas a lápiz o grabadas a buril por los poetas y enseñadas por los compositores a emitir melódicas frases con arte finolis o con garbo peculiar en la mujer de esta dichosa Villa. Y aunque les duela su remembranza y su exaltación a los procuradores espontáneos de la juventud, llamada ahora moderna con evidente redundancia, y ruborice al propio cronista de sus gracias por temor a desprecios, ellas son protagonistas de zarzuelas que soñábamos inmortales... y quizá lo sean a pesar de todo.

La crónica de hoy es la primera de una serie, pero no haya temor de que pensemos largarle toda la vela para que haga muchas singladuras en la colección de esta entrañable revista. Apremia el director exigiendo un original y estamos ahora sumidos en una vorágine de trabajos urgentes.

EL DE LA DUQUESA QUE JUGABA CON FUEGO

TRATASE de una madrileña nacida en el magín de un poeta, apadrinada por un músico y sólo viviente en las tablas escénicas. Nos ha apetecido contar su peripecia encuadrada en el Madrid del primer Borbón, uno de los muchos madriles en el espacio y en el tiempo. Aquí juegan la verdad del ambiente y la fantasía del cuento, sepultada ésta en el panteón de Talía y sumido aquél en la arena de Cronos.

La joven duquesa de Medina, doña María de Atocha Azlor de Aragón y Pérez de Barradas, nació en esta Villa de las Siete Estrellas el sábado 30 de abril de 1707. Todas las campanas de Madrid se echaron al vuelo, y hasta los cimbalillos de las ermitas y de los oratorios se repicaron generosamente, ya que no podían ser volteados. Acababa de llegar la nueva de la batalla de Almansa, librada el día 25, lunes de Pascua florida. Las tropas españo-



La Puerta del Sol en 1900. (Oleo de Martínez Cubells.)

las del rey nuevo, don Felipe V, habían derrotado a las brigadas internacionales del archiduque Carlos. Se pensó que la aurora de la paz apuntaba por oriente e iba a inundar de luz el purísimo cielo de la corte. Engañoso pensamiento.

Cuando la conocemos en la velada de San Juan —noche de plenilunio que dibuja blondas negras bajo las arboledas aledañas del río—, la duquesita se parece por «jugar con fuego», al decir de su amiga la condesa de Bornos, y, presintiendo solfas de Barbieri, por cantar con dulce voz de soprano ausencias amorosas y esperanzas de consolación.

Doña María de Atocha enviudó ha poco más de un año y ahora cuenta veintiocho. Si las campanas de Madrid, el día de su nacimiento, sonaban a gloria de triunfo, claro es que ella vino al mundo de los mortales bajo el signo de la Alacridad. El horóscopo de los nacidos en ese apetecible sector del Zodíaco augura a las viudas jóvenes que serán alegres.

De casta le viene la afición erótica. Su señor padre, el duque de Alburquerque, don Apolinar Azlor de Aragón y Percetto, genovés por banda de madre, frisa en la sesentena y, ayudado de una muletilla por mor de ciertos achaques de go-

ta, persigue a las plebeyas arriesgándose en los peligros del chasco.

A ella, en cambio, le gusta chasquear, fingirse camarera de sí misma, vestirse a lo popular, que todavía no es majo, cubrirse la bella faz con un rebozo para hacerse cortejar por los hidalguillos sin fortuna. Que llegarse a una dama alcurniosa requiere previa presentación, exhibición de cédulas de buena prosapia y una ocasión que difícilmente puede darse fuera de los saraos aristocráticos o de las antecámaras palatinas. Doña María de Atocha, que en su aventura nocturna quiere llamarse Leonor —nombre de reina—, fue de tapadillo a la pri-

mera verbena que Dios envía, la vispera de San Antonio el portugués. Se celebra aún en la pradera de San Isidro. Deja la viudita el coche a la vera del puente de Segovia y se interna por la alameda marginal del Manzanares en busca del real de la fiesta. Esta noche es de luna en creciente, de semana propicia para despuntarse el cabello que doña María-Leonor luce abundante, rojizo y oloroso como azafrán virgiliano del monte Tmolus. La noche trasciende también, carente de verbena romana, a albahaca madrileña. No cantan los ruiseñores, aunque los hay por cientos en el follaje pomposo, atronados por los pregoneros de aloja y anises, de agua de nieve con panales de azúcar, de barquillos tostados y buñuelos crujientes, de rosquillas y mazapanes, de licores finos en aroma y fuertes para el garguero, de refrescos de agraz, limón y cebada. Alguna comparsa de músicos obsequia, a petición de enamorada parte, con endechas y serenatas a las damitas en flor y a las bigardas del amor vendido, que osan mero-dear por los alrededores. Y fuera de esas amenidades, no hay más que conversación, requiebros en los cruces, guiños con clave y ciertos empujones indelicados o pisotones imprevistos. ¡Lo que se dice una juerga mayúscula!

Pero a doña María de Atocha, con mucha personalidad e independencia, todo eso no la divierte. Los mantos del siglo anterior han caído en desuso a fuerza de prodigarlos las tapadas de Tirso y de Lope. Ella los echa de menos. ¡Eran tan socorridos para la aventura ingenua del amor decente...! Por eso se inventa el rebozo, todavía más pícaro que el manto, porque se juega a placer tapando y destapando el rostro, según el momento y el gusto. Y así, veroniqueando a los toros del viento, entre una manifestación y un eclipse de su carita retrechera, blanca de leche y con unos puntitos de canela que fingen ser lunares, a un joven hidalguelo de la Montaña, don Félix Carreño y de Liébana, le tira el cebo de una mirada vívida en la que un sí y un no andan a la greña. Se enhebra un coloquio. Se gustan los dos, el pretendiente forastero y la duquesa de Madrid, pero ninguno de ellos sabe quién es quién. Sin embargo, ¿por qué no volver a encontrarse? Once días después se celebra allí

misma la velada del Señor, San Juan. «¿Vendrás?» «¡Vendré!»

¡Y ya lo creo que vuelven! Pero entonces comienzan sus apuros. También anda por la Pradera el gran fantasmón del marqués de Caravaca, don Juan Bautista López de Mudarra y Fernández de la Cuesta de Gómez, que aspira a matrimoniarse con la Duquesita desde que ella enviudó de don Martín Avalos y Meer, el medio marido que tuvo doña María de Atocha, maduro en años, opulento en alifafes, que sólo se hacía perdonar su ineptitud conyugal por las extensas lindes de su mayorazgo en dehesas salamanquinas y naranjales valencianos. Se comprende que la duquesa de Medina sospeche que hay otro linaje de amor —si amor puede llamarse aquel convivir de su primera coyunda— y lo busque en un joven sin caudal, pero con muchas calorías en las venas, oreada su sangre por los aires salutíferos de la Montaña.

Sin duda el marqués de Caravaca, pese a que en la Corte se le tilda de majadero, es el empeños de amor un tanto listo. O acaso es más cierto que está en verdad prendado de doña María de Atocha, porque así que la atisba quiere reconocerla bajo su disfraz, con sólo ver cómo anda. De aquí que los amantes, ella alarmada, él atemorizado, traten de hurtarse a la fisga del encelado mariposón. Hasta el propio duque de Albuquerque perturba su idilio, mas no a título de padre guardián de la Duquesita, sino como otro tal libertino husmeador del rastro de la aventura. Y es que las orillas del aprendizaje de río tienen de antiguo efluvios afrodisíacos. Si en este siglo XVIII los jardines de Eros florecen al pie de la ermita de San Isidro, en la centuria anterior, desde que Madrid fue Corte y reinaron consecutivos los tres Felipe de Austria —el llamado primero no reinó por derecho ni falta que hizo,— el amor volaba más hacia el mediodía entre las frondas del Sotillo, por los derrames de esa colina alongada que luego se coronó de camposantos sacramentales, significando una vez más que el amor y la muerte frecuentan los mismos andurriales y que es el primero, con aljaba al costado y venda ante los ojos, embajador procedente de esa otra gran señora de nuestras vidas.

Menos mal que don Félix —«aliquid chupátur»— en el duque y en el marqués halla, por obra de la

casualidad, madrina de los enamorados y gran celestina de los poetas, a los presuntos protectores que el señor obispo de León le ha procurado para introducirse en la Corte del Borbón y emprender la caminata por las sendas prósperas del favor real.

La duquesita camarera, doña María de Atocha-Leonor, opta por la huida en su carruaje, que la espera en la misla puente segoviana y es forzoso que a esta insigne fábrica le dediquemos alguna loa. Porque la puente, por estos días de 1735, está viviendo las horas más felices de su existencia, después de sufrir pena de avasallamiento por el masculino puente de Toledo a causa de que las novedades siempre emboban a la versátil humanidad, aunque sea madrileña y, por ende, haga reniego y vituperio de cualquier síntoma de paletaría. La puente de Segovia, severa, maciza, celtibera, de un orden estético natural, acaba de pasar por ese trance amargo que sufren las matronas bellas cuando aparece en su sociedad una chiquilla núbil muy empernejilada. Emperejiladísimo apareció en 1732 el nuevo puente de Toledo, por obra de don Pedro Ribera, con sus espolones como barbacañas, ornados de arrequives de encaje pétreo y sus ampulosas ornacinas de San Isidro y Santa María de la Cabeza, ejemplo inimitable del barroco ya en pleno delirio. Madrid se quedó boquiabierto y el clásico puente de Segovia —la puente, que decían los contemporáneos— pasó a la reserva de la pública admiración. ¡Ah, pero en seguida vino la reacción inesperada! La Corte palatina se había afrancesado, empezaban a venir las nuevas luces y el barroco español, ciertamente recargadillo de metáforas plásticas, como nuestra cocina de tropos sápidos y nuestra parla meridional de imágenes pintorescas, sufrió una violenta ofensiva que duró dos centurias. No obsta que Francia estuviese inventando el rococó, que es un barroco de artesanía, refinado, con ínfulas de joyel. La puente segoviana de Juan de Herrera, soñada por éste para un río que en El Escorial no existe, recobró su prestigio de matrona perpetuamente hermosa, ahora más con la pátina de siglo y medio que estofa sus tajamares almohadillados y sus nueve bóvedas y sus quesos de bola gigantescos. Quedan lejanos los epigramas de Quevedo, de Góngora, de



La plaza de la Cibeles nevada. (Oleo de Campuzano.)

Tirso, de Lope, a cuenta de la desproporción entre la mucha piedra de la fábrica y la poquísima agua del cauce. De tales bromas, el puente sale incólume y el río menospreciado. Cuando éste se acuerda de sus fueros y baja hinchado de caudal y de turbulencia, al sentir en los pulsos los efectos del climaterio primaveral, Juan de Herrera sonríe desde su edén olímpico al mirar las márgenes desbordadas, los lavaderos en ruina, los árboles por el suelo ¡y la puente erguida y triunfante con sus nueve ojos enmarcando a otras tantas pupilas pardas, color chocolate! Tiemblan entonces todas las esferas, menos aquellas de granito guadarrameño, que aquí y acullá son como «ex libris» de todos los poemas del alarife cántabro

¿Adónde iba la duquesita con su confidente, la de Bornos, al dejar la verbena, en su carroza colgada? ¿Adónde debe ir sino a su hogar, a recogerse en el íntimo rincón silencioso de su alcoba, tan propicio para regustar los breves prolegómenos de su idilio frustrado? Forzoso le es repetirse aquellas palabras tiernas y aspirar en su mano el aro-

ma, sin duda enervante, de los labios de su doncel; en aquella mano que ella está deseando dar en prenda de matrimonio y que, por ahora, solamente presta para el beso.

«Hay un palacio junto al Prado de San Fermín. —Este palacio por un lado tiene un jardín.— Hacia la parte de la Villa, sobre el portal, gótico escudo donde brilla timbre ducal». Con estas señas, no hay desorientación posible. Doña María de Atocha Azlor de Aragón vive en el barrio de las quintas nobiliarias. El portal da a la vieja calle de los Jardines —ahora, Turco; luego, Marqués de Cubas; ¿mañana...?— y su propio jardín, que no llega al Prado sino que está junto, darás la espalda con el de Carpio o con el de Monterrey. O acaso con el mismísimo templo del obispo navarro, desde cuya torre se alegra el paso de las horas con la musiquilla de un carillón. Delicioso cantar de una cuna para una cuasi doncella adolecida de amores.

La carroza de la Duquesita ha entrado en la Villa por la Puerta de Segovia y ha remontado hasta la cruz de Puerta Cerrada toda la ca-

lle de la puente, sin reparar, según va absorta, en la renombrada Casa del Pastor, ni en la Ceca donde se troquela el dinero, ni en la casa solariega de sus parientes los de la Romana, ni siquiera en la mudéjar torre de San Pedro, a cuya vista suele otros días santiguarse. Lleva el gazaño seco, pero no advierte que a mano izquierda brotan, en la plazuela de la Cruz Verde, los caños de un viaje. No se asoma a ver si en el caserón de su señor padre, proa que avanza entre esta calle por donde ella discurre y la de San Justo, se columbran luces o imperan las sombras. Al salir de Puerta Cerrada por la angosta callejuela de los Latoneros y dar en la gran arteria de Toledo, hay un rebullicio de gentes trasnochadoras que sacan a doña María de su éxtasis. Enfilada la rúa Imperial, se apea la dama, en llegando a la plazuela de Provincia, para tomar un buchecito de agua en la fuente de Orfeo, que diseñara Rutilio Gaci. Del cuerpo de guardia de la Cárcel de Corte, sale una bandada de requiebros. La Duquesita sonríe mientras la de Bornos se irrita: «¡Jesús, Jesús, qué soldades-

ca!» Por la bajada de Santa Cruz y los Esparteros, la carroza toma el comienzo de la calle Mayor, frente al palacio de Oñate, sobre cuyos tejados revolotea la fantasma del conde epigramista y procaz, y a seguida aborda la vorágine de la Puerta del Sol que, en estas horas altas, no es ya **ni chicha ni limoná**. Pero son tantísimas sus casas que algunos vecinos, desvelados, a ratos guitarrean y cantan en los balcones o le tientan el vientre orondo a una alcarraza de agua fresca.

No hay ni sombra de ser andante en las gradas de San Felipe el Real, que en este siglo han perdido mucho de su antiguo crédito de ágora donde se mentían las nuevas falsas y se hinchaban o retorcían las novedades verdaderas. Las covachuelas de sus bajos sí conservan alguna calidad de mercado chico. En el atrio y en todo el andito que rodea al monumental convento agustiniano, de día se espulgan al sol los mendigos y, ahora bajo el esplendor de la luna, duermen arriados a los muros fingiendo ser aquella lonja el campo de batalla de la vida, después de una de sus jornadas más mortíferas.

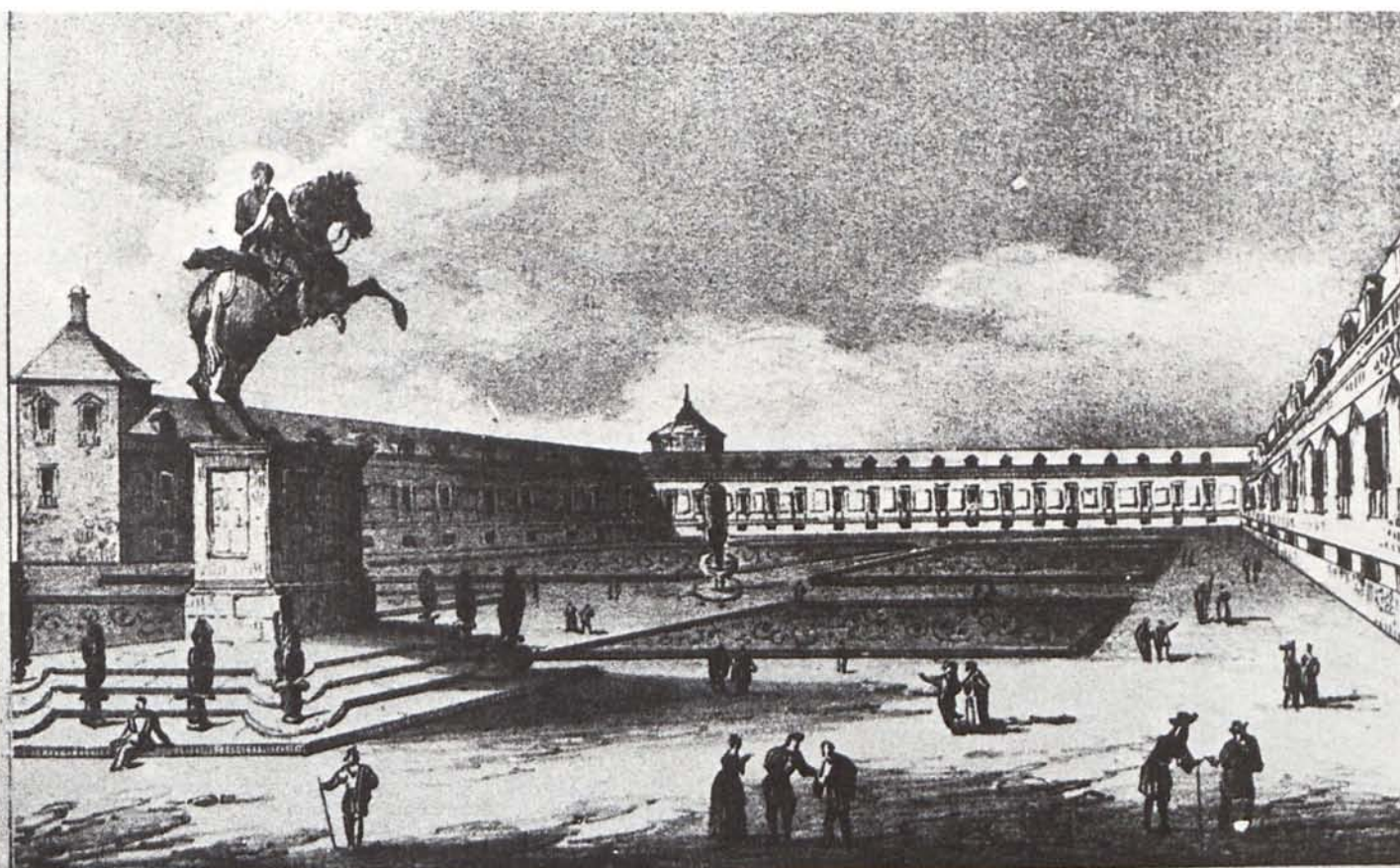
En el Buen Suceso el reloj marca las doce de la medianoche. En el vecino monasterio de la Victoria, la interna campanita de la clausura toca a maitines. La carroza de las damas penetra en la Carrera de San Jerónimo, sumida en el silencio y en la tiniebla. No así las esquinas de la estrechísima calle Ancha de los Peligros, donde luce una fogata de San Juan y en su torno bailan algunas rufas y ciertos rezagados bravoneles que en los inmediatos callejones de Gitanos y de Hita tienen sus cubiles. Los sirvientes de los marqueses de Santiago, ausentes los señores, les hacen coro. El cochero de la Duquesa aparta de un latigazo a un soldado imprudente y a una daífa cínica que pretenden aspaventar delante del tronco de alazanes. «¡Este Madrid...!» —rezonga la de Bornos—. No hay novedad frente al palacio de Miraflores y menos, claro es, al cruzar delante de Santa Catalina, de los Capuchinos de San Antonio del Prado y del cenobio de los Clérigos Regulares del Espíritu Santo, a cuya vera dobla el tiro para enfilar la calle del Turco. Apéase doña María de Atocha en su palacio y la de Bornos sigue hacia el suyo, sito a la entrada de la Real del Barquillo.

Al día siguiente, las dos ilustres señoras tienen guardia en el real palacio; la una como grande al servicio de la reina Isabel de Farnesio; la otra es camarera de la princesa de Asturias, doña Bárbara de Braganza. El año último se incendió el viejo Alcázar y la Corte se ha instalado de asiento en el Buen Retiro donde toda la vida palatina transcurre. Ahora está en vísperas de trasladarse para la jornada veraniega a la Granja de San Ildefonso. «El príncipe está delicado» —murmuran los palaciegos—. ¿Que príncipe? No puede ser otro que el heredero, porque en España, del segundón abajo, les llamamos infantes.

La duquesa de Medina es en el Buen Retiro la damita más agasajada por el atractivo de sus prendas. Acaso influya que su señor padre, el mentado duque de Alburquerque, preside las comitivas que de gabinete en gabinete pasan a diario para hacer cumplimientos a Sus Majestades y Altezas Reales. Sin duda es el Sumiller de Corps. Y esí la sugestiva doña María de Atocha, que mariposea por todas las estancias y dependencias, por los patios y jardines y hasta quizá por los aires perfumados de rosas y lilas, puesto que es inquieta como una abubilla e ingrátida como un colibrí, se sabe de memoria cuanto encierra el inmenso recinto de la real posesión. Ella explica a los embajadores y a las personas reales extranjeras que la traza arquitectónica del Buen Retiro se debe a Juan Gómez de Mora; que el constructor fue Alonso de Carbone; que la estatua del patio principal representa a la Abundancia; que el bicharraco que exorna la fuente del Jardín de la Reina es un tritón, peje fabuloso; que el inmediato descubierto se llama «Patio del Caballo», con alguna irrespetuosidad puesto que sobre el equipo está la efigie de Felipe IV, a quien debería dársele más importancia; que el grupo escultórico levantado en el centro del Patio de Oficios fue obra de Leoni y sus dos figuras son la de Carlos V y la del Furor; que el Coliseo de las Comedias se halla en deplorable estado de abandono, pero ya Su Alteza don Fernando medita para cuando sea rey que lo hará reconstruir y que en él se fundará el teatro permanente de la ópera dirigido por este prodigioso Farinelli que, el año anterior, ha entontecido

de gusto a Sus Majestades y a todo el formidable auditorio...

No lo pasa muy mal la Duquesita en el Buen Retiro los días en que le cumple asistir a Su Alteza, aunque doña Bárbara es una princesa aburrida, muy piadosa y todavía más beata. Doña María de Atocha halla pretextos mil para darle a su alegre genial adecuado alimento. Se inventa, verbigracia, un motivo de escapar a los jardines altos de las Flores, imbuyendo a la portuguesa dama lo precioso que estará el altar de San Antonio con un ramo de celindas entreverado de rosas de Jericó y, ya compuesto, se va ella misma a la ermita del celeste tau-maturgo, en una isla del zafareche donde desemboca el Canal Grande. Otra vez, la florida ofrenda debe dedicarse a San Juan o San Bruno, cuyo compartido oratorio está contiguo a la sala de las Burlas donde, por tradición de un siglo, siempre hay ocasión de bromear con alguien. Pues ¡mira si en el estanque grande —en el mar— hay regatas de esquifes! ¿Cómo no convencerá a su señora de que es bueno presenciarlas rezando muchos credos y paternósteres por si alguno de los remeros naufraga que, antes de llegar al fondo, dé con la puerta del Cielo? Cuando Su Majestad el Rey va a jugar al mallo, en la ribera del río grande, doña María de Atocha sufre una verdadera agonía si don Felipe no la invita, sacándola del tedioso gabinete de la princesa. Pero se dio tanta y tan buena maña para correr las bolas con el mazo, al implantarse en el Buen Retiro el novísimo juego, y tiene tal tino para dejarse ganar en el último instante, sin que se advierta el truco, que el rey la prefiere a todas las damas de la Corte y es rara la ocasión en que prescinde de su concurso. Tampoco es manca al escoger las mejores verduras de la huerta del Rey y, con permiso de Su Alteza, va a cosechar las del tiempo para que doña Bárbara y sobre todo don Fernando, que no es nada carnívoro, las consuman en la mesa. Estas escapadas a la huerta duran más de una hora. A través de la empalizada se columbra toda la calle de Alcalá, se ve lo más concurrido del Prado de San Fermín y se atisba no lejos el convento de los Agustinos Recoletos. No hay mejor observatorio, si se quiere tácito, atrincherándose detrás de un seto. No hay mejor mentidero de la Villa si, a pecho des-



San de Knyphof. Del.

Vista del Palacio Antiguo del Buen Retiro.

cubierto, se pone uno arrimado a la cerca haciéndose ostensible al transeúnte.

Claro está, una vez que los bailes están proscritos en la afición de los melancólicos señores reinantes, que para la Duquesa no hay días como los de recepción o besamanos de confianza en el Casón. En tales ocasiones, doña María de Atocha vaga de grupo en grupo como una libélula, recibe por doquier pipos y homenajes, trasiega los chismes y cuentos que vienen de la calle o de las lejanas provincias, suscita preocupaciones o enciende ilusiones con el juego de las medias palabras y de las apuntadas sonrisas, y, en fin, coquetea y seduce con sus gracias.

A este escenario de su vida señorial, distinto del de su otra vida de verbeneras aventuras, viene el galán don Félix Carreño y de Liébana el propio día de San Juan, siguiente al de su azaroso idilio de la Pradera. Llega en busca de sus

protectores, el de Caravaca y el de Alburquerque, y allí los encuentra afanados en la cháchara murmurante de las antecámaras. Cuando el marqués le hace penetrar en el Salón de Reinos, a la espera de cierta ocasión que aquél intuye definitiva para sus planes, le invita a entretenerse en la contemplación de las joyas artísticas que el recinto guarda y le recomienda a un tal Velázquez. En efecto, don Félix se queda turulado y hasta se siente como desasido de su envoltura somática, creyéndose alma en pena solitaria entre aquel conjunto de divinidades paganas y de héroes históricos. El Salón de Reinos, imponente, capaz es de achicar a cualquiera por sus proporciones dilatadas y por la magnificencia de su atuendo. Ante sus otros tantos balcones, doce leones de plata del Potosí. Las bóvedas, repletas de grutescos que enmarcan los blasones de todos los antiguos reinos de España. En las sobrepuestas, los re-

tratos ecuestres de Felipe III, doña Margarita de Austria y los de Felipe IV, doña Isabel de Borbón y el príncipe Baltasar Carlos, inmortalizados para el arte por los pinceles milagrosos de don Diego de Silva Velázquez, intimidan al hidalguelo por la arrogante actitud de los corceles frisonos que amenazan patearle el cráneo con sus zancas piafantes. En los muros, las hazañas míticas de Hércules, relatadas pictóricamente por Zurbarán, en doce lienzos maravillosos, y —hazañas reales— doce insignes batallas españolas, en otros tantos cuadros de Leonardo, Castello, Caxés, Carducho, Corte, Pereda y Mayno, sobre las cuales destaca, majestuosa, «La Rendición de Breda», por Velázquez, donde Justino de Nassau explica su lección de humilde dignidad y Ambrosio de Spínola le corresponde con la suya de magnánima cortesía.

De aquella estancia, en el plano astral del ensueño, por obra de tan

sugerentes contemplaciones, saca a don Félix un discreto aviso para personarse en la galería por donde van a desfilar los grandes, los gentileshombres, las damas de guardia, las camaristas y los mayordomos. Allí le aguarda una sorpresa magna. Una nobilísima duquesa tiene los mismos rasgos fisonómicos, la misma estatura, el mismo aire, idéntica planta que su adorada camarerita Leonor. «¿Será posible que...?» ¡Claro que es posible! Pero al honor de la dama conviene —y también a la burla del marqués de Caravaca— que el grito de espanto del joven montañés se interprete como

propia arpada lengua de los pájaros del Buen Retiro, porque la aprendieron sus tatarabuelos del coro de nobles y se la fueron transmitiendo a sus descendientes alados.

Está loco el pobre don Félix —según conviene al honor y a la armonía— y habrá que confinarlo en una casa de orates sobre la marcha. ¡Empeño difícil! En esta época no hay en Madrid manicomio alguno ni tampoco en sus alrededores. Los enajenados de Castilla van desde tiempo inmemorial a la Casa del Nuncio, en Toledo. Los catalanes, a San Baudilio. Los gallegos, a Con-

día anochezca, se le deja pasear con su primo Antonio, bajo la mirada curiosa de algunos ujieres de los estrados palatinos, por el precioso jardín del Ochavado, invención magnífica del Conde-Duque antes de que Versalles dictara al mundo entero la moda de los parques trazados según un previo orden geométrico.

Anochece y el doncel es conducido en coche a su fantástico encierro. Y allí irán todos: la Duquesita enamorada —que se lleva aprendida una romanza esdrújula de lo más acaramelado; su fiel confidente, la de Bornos; el marqués intrigante



síntoma de locura y asimismo conviene que todo ello derive hacia un armónico y ampuloso concertante musical en el que cada cual dice lo que le place y cada uno lo dice seis o siete veces seguiditas. ¿No acababa de aficionarse toda la Corte a la ópera italiana, merced al atiplado Carlos Broschi, llamado Farinelli? Sino que el conjunto de palaciegos canta una música venida de lo alto por inspiración divina y, un siglo más tarde, la recogerá don Francisco Asenjo Barbieri de la

jo. Preciso es que, en la imaginación de un poeta —el autor de «Jugar con fuego»— se construya expreso para el hidalgo montañés un sanatorio psiquiátrico provisto de sus fuertes rejas y de sus buenas gavias, dotándolo de un equipo de loqueros y de un coro de frenéticos que canten afinadamente aquello de «la casaca del marqués de Caravaca». Pero antes de encerrarlo en el mundo de la imaginación, a don Félix hay que recatarlo de la curiosidad pública y, hasta que el

y algo estúpido, al decir de la gente; el primo del confinado y el padre de doña María de Atocha. Y allí se desenlazará la intriga cómicolírica, después de sufrir el de Caravaca una soberbia tunda de los pupilos del alienista, cuyo ilustre apellido queda en el incógnito por no hacer de menos ni de más al doctor Esquerdo, que vino en el siglo XIX a sustituir en el lenguaje de los ejemplos al ya mentado nuncio de Toledo. El desenlace, naturalmente, consuetudinariamente, lle-

va el broche de un concierto de bodas y sólo nos resta puntualizar dónde tuvo efecto la bendición nupcial y la velación de los novios.

Debió de haber empeñadas deliberaciones para la elección del altar. El duque de Alburquerque pretendería que el enlace se bendijese en San Miguel de los Octoes, a cuya collación pertenecía su casa-palacio de Puerta Cerrada. Era padre y padrino de la desposada, quien precisamente en la pila de aquella parroquia recibió el agua lustral. Ella se inclinaría por la iglesia de San Hermenegildo, aunque no era parroquia, sino oratorio conventual del Carmen Descalzo, la mejor y más lucida nave de la Villa, recién construida en su segunda versión, con una escalinata sobre la calle de Alcalá y entrada a la sacristía por la de Las Torres, a la que se podía llegar recatadamente dando un rodeo. La princesa de Asturias, por delegación de la cual iba a ser madrina la condesa de Bornos, indi-

caría suavemente si sería oportuno escoger la ermita de San Isidro —en el ámbito forestal del Buen Retiro— ahora iglesia de Nuestra Señora de las Angustias, parroquia palatina. El primo del novio, ya que don Félix no había salido aún de su embobamiento y no estaba para discutir, se atrevería a meter una cucharilla apuntando la buena mano de los jesuitas del Noviciado para urdir matrimonios felices. Y en esta disputa el poeta don Ventura de la Vega terciaría con su autoridad máxima y diría: «Si yo he imaginado un manicomio que existirá con el tiempo ¿que mucho es anticipar un siglo y medio la creación del templo de la Concepción en la calle de Goya, que todavía no ha nacido, y unir a los tórtolos en una iglesia donde se casará tanta y tan bonísima gente?» No hubo cuenta don Ventura, si tal dijo, de que allí a mano tenía el gótico templo de los Jerónimos, que tampoco es insignificante en

las crónicas de sociedad matritenses, en cuanto a registrar número y calidad de matrimonios sensacionales.

Mas... ¡perdón! Don Ventura acaba su poema cómico-lírico en el punto y hora que se prometen la duquesita de Medina y el hidalgo don Félix Carreño y de Liébana. No responde de más. Y quien sabe si, después, doña María de Atocha Azlor de Aragón y Pérez de Barradas no se iría de tapadillo con rebozo a la velada y feria de San Mateo, donde se enriquecía el catálogo de comistrajos y bebidas ocasionales con mucha copia de melones a cala, y allá emprendería —esta vez a la orilla de acá del río, junto a la Puerta de la Vega— un nuevo idilio nocherniego, bajo las frondas de una alameda umbría que, en las noches de plenilunio, también cobija a los ruiseñores que cantan soledades de amor.

FEDERICO ROMERO

MADRID

EN LA POESÍA

Por Mercedes AGULLO Y COBO

SE publican bajo este título un grupo de poesías de finales del siglo XIX y primera mitad del XX, que tienen por denominador común la temática madrileña. Ya advierte José García Nieto en su estudio «Madrid en la poesía contemporánea» (1): «Lo que ocurre con el tema Madrid ante la poesía o con el poeta ante Madrid, es que con harta frecuencia el cantor ha recurrido a las expresiones y modos más tópicos y costumbristas. No se ha liberalizado suficientemente, más que en contadas ocasiones, de una mezcla de historia e historieta literaturizada, de un cierto casticismo confundidor, de un énfasis puesto sobre caracteres de cartel o de aleluya, de un efectismo, en suma, más propio de novela de costumbres o de sainete que de lo que entendemos por poesía».

Y de ello adolecen los textos poéticos que ofrecemos. Eduardo Bustillo, en sus quintillas «A una fuente del antiguo Madrid» (2) —la que adornaba, según él mismo indica, la parte más alta de la Red de San Luis, a la entrada de la calle de la Montera y que fue trasladada más tarde en la entrada del Retiro por la calle de Alcalá— utiliza el telón urbano de aquel rincón madrileño como fondo de sus evocaciones infantiles en versos que dicen:

Fuente que fuiste al correr,
cuando mi infancia corría,
fuente de dulce placer,
¿cómo lo has venido a ser
de amarga melancolía?

Allá, en mi infantil edad,
del centro de la ciudad
fueron gala tus primores,
y hoy son alma tus rumores
de mi triste soledad.

Tú al niño al balcón llamabas
con voz de encanto infinito,
cuando el arrullo escuchabas
de palomas que abrevaban
en tu copa de granito.

Y, dando a mi madre celos
con tus inocentes bromas,
besábanme, en sus revuelos,
como a uno de sus hijuelos
aquellas blancas palomas.

Frente a cuya voz sentí
del niño el primer cariño:
hoy a ver mi cuna fui,
y ¡qué triste está sin ti
la cuna del pobre niño!

... ..

Por su parte, A. Llanos, en los versos que dedica a «Los martes de Parish. (Reflexiones de un concurrente)» (3), también en quintillas, canta la elegancia y la belleza de las asistentes a aquellas «fashionables soirées» o «días de moda», que se celebraban en el famoso circo madrileño y a las que nuestro vate debió concurrir de espaldas a la pista, ya que no se recoge en sus versos ni la más mínima alusión a lo que estaba sucediendo en ella. Payasos, atrevidas nadadoras y malabaristas —cuyos números recogió puntualmente el dibujante—

quedaron ignorados ante la «belleza y distinción», las «cejas de terciopelo» de las «Venus morenas» y las «rubias preciosas» que le hacían estar en vilo toda la semana esperando los famosos martes:

Afirmase de ordinario
que solo escoge los martes
quien peca de temerario:
eso será en otras partes;
aquí ocurre lo contrario.

Aquí resulta este día
(o mejor dicho, esta noche)
un tesoro de poesía,
un admirable derroche
de hermosura y de alegría.

Esta es una exposición
de belleza y distinción,
y hace sentir al más tonto
que se acabe la función
y que se acabe tan pronto.

Une, feliz, cada hermosa
a la elegancia del traje,
la discreción portentosa,
la grandeza del linaje,
la gracia maravillosa.

¡Qué jardín!, ¡qué paraíso!
Ardiente va la mirada
corriendo de piso en piso:
ora se queda embobada,
ora salta de improviso:

ya se fija de repente
en una perla naciente
que fulgura seductora



MADRID.—EN EL CIRCO DE PARISH.
 (Apuntes del natural, por Pico)

como brilla en el Oriente
la diadema de la aurora:

Ya pasmada se extasía
en un rostro soberano,
que deslumbra y desafía
como sol de mediodía
clavado en el meridiano:

Ya su atención aprisiona
el busto de una matrona,
que desciende con fiera
conservando su corona
de arrogante gentileza.

Acá, unos ojos de cielo
que ornó el astuto Cupido
con cejas de terciopelo;
allá, un tesoro escondido,
volcán cubierto de hielo;

Aquí, una Venus morena;
allá, una rubia preciosa
que, en semblante que enajena,
luce rubores de rosa
sobre manto de azucena.

¡Qué verjel! Me causa enojos
no analizarlo con calma:
es ventura de los ojos,
martirio de los antojos,
arrobamiento del alma.

En esta función de moda
rejuvenece el vetusto,
se regocija el adusto,
y todos ven en la boda
el plato de mejor gusto.

¡Oh martes! ¡Cómo te adoro!
Salgo del Circo, y no duermo:
el miércoles ¡hasta lloro!
el jueves me pongo enfermo:
el sábado me mejoro:

El domingo, ya estoy bien:
el lunes pienso: «¡Mañana
es martes! ¿Quién duerme?, ¿quién?»
Llega el martes... ¡el Edén!
Y así paso la semana.

Manuel Ossorio y Bernard, al que debe Madrid obras como el «Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol», el «Romancero de Nuestra Señora de Atocha» y el «Libro de Madrid y advertencias de forasteros», nos brinda en «Gente menuda» (romances infantiles) (4) un conjunto de poemas en los que su preocupación sociológica por la infancia se trasluce a través de unas estampas de costumbres madrileñas: «La pedrea», entre los chavales de Ministriles y la Paloma, de un casticismo desgarrado y triste:

Ya van las calles corriendo,
y en dirección a la Ronda,



LA PEDREA

los chicos de Ministriles,
que fama de bravos gozan.

Juanillo marcha a su frente
tiznada la nariz roma,
dejando asomar las carnes
por ventanas de las ropas,
y con zapatos que fueron
antes palas de unas botas.

Van tras él Cosme el Zurdillo,
diestro en manejar la onda;
Nemesio el del tabernero,
Blas el de la peinadora,
el Mico, el Tuerto, el Lobillo,
investigador de bolsas;
Juaneca, el que ya ha tenido
más de una causa famosa;
el Ganzúa, cuyo mote
denuncia ya a la persona,
y otros quince o más muchachos
que en su semblante pregonan
la decisión de los héroes
en las populares broncas.

¡Cuánto remiendo en los trajes!
¡Cuánta blasfemia en las bocas!
¡Cuánta mugre en la epidermis,
y en el alma cuántas sombras!

Nacieron, y en el arroyo
pasaron su infancia toda,
sin rezos y sin lecciones
y atendidos a la sopa;
crecieron como las plantas
que libres se desarrollan,
y ahora marcan sus instintos,
que nada bueno denotan.

Con el paso acelerado
y cual mar que se desborda
atropellan cuanto encuentran
y su paso les estorba;
empujan aquí a un labriego,
silban allí a una aguadora,
y hacen rodar el tinglado
de un pobre que vende loza;
si algún hombre les reprende,
toman la lección a mofa;
y si amenaza pegarles,
siguen su carrera loca,
tirándole algún ladrillo
de los que hay en una obra.

La autoridad está ciega,
la autoridad está sorda,
y ni oye, ni ve, ni entiende
la causa de la tramoya.

Y así su camino siguen,
y así llegan a la Ronda,
recogiendo los pedruscos,
guardándolos en sus bolsas,
como aquel que se apercibe
a lucha recia y heroica,
y vomitando blasfemias
sin duda para hacer boca.

¿Vendrá la hueste enemiga
del barrio de la Paloma?

Mucho polvo se descubre
por la carretera próxima,
y hasta parecen oírse
algunas voces chillonas.

Ellos son sin duda alguna,
que lo anuncia en son de broma

una blanca peladilla
de algunas seis u ocho onzas,
que roza el pelo a *Juaneca*
y da al *Ganzúa* en las corvas.

Los proyectiles guardados
contestación son muy pronta,
y hay quien a mano los tira
y quien los manda con honda.
Crúzanse piedras con piedras,
y las gentes, temerosas
de aquel combate, se apartan,
o a la autoridad invocan;
mas la autoridad no viene,
y al cabo de media hora
queda humillado el orgullo
del barrio de la Paloma,
y los del de Ministriles
a cuartel de invierno tornan,
quedando, como recuerdo
que las pobres madres lloran,
muchos trajes en pedazos
y algunas cabezas rotas.

«Corrida extraordinaria»:

Cerca de los Ocho-Hilos
y la Puente Toledana,
en un hondo que el terreno
dispuso en forma de plaza,
prepáranse a dar funciones
de corridas tauromáquicas
varios émulos futuros
del Guerra y de Cara-ancha...

con su inevitable terminación en la
Casa de Socorro del «toro».
«El patio de los Micos»:

Allá, en repugnante patio
del antiguo Saladero,
podridero de los vivos,
a ruda prisión sujetos,
de diversas procedencias
y por delitos diversos
amontonó la Justicia
centenares de mozuelos.

... ..

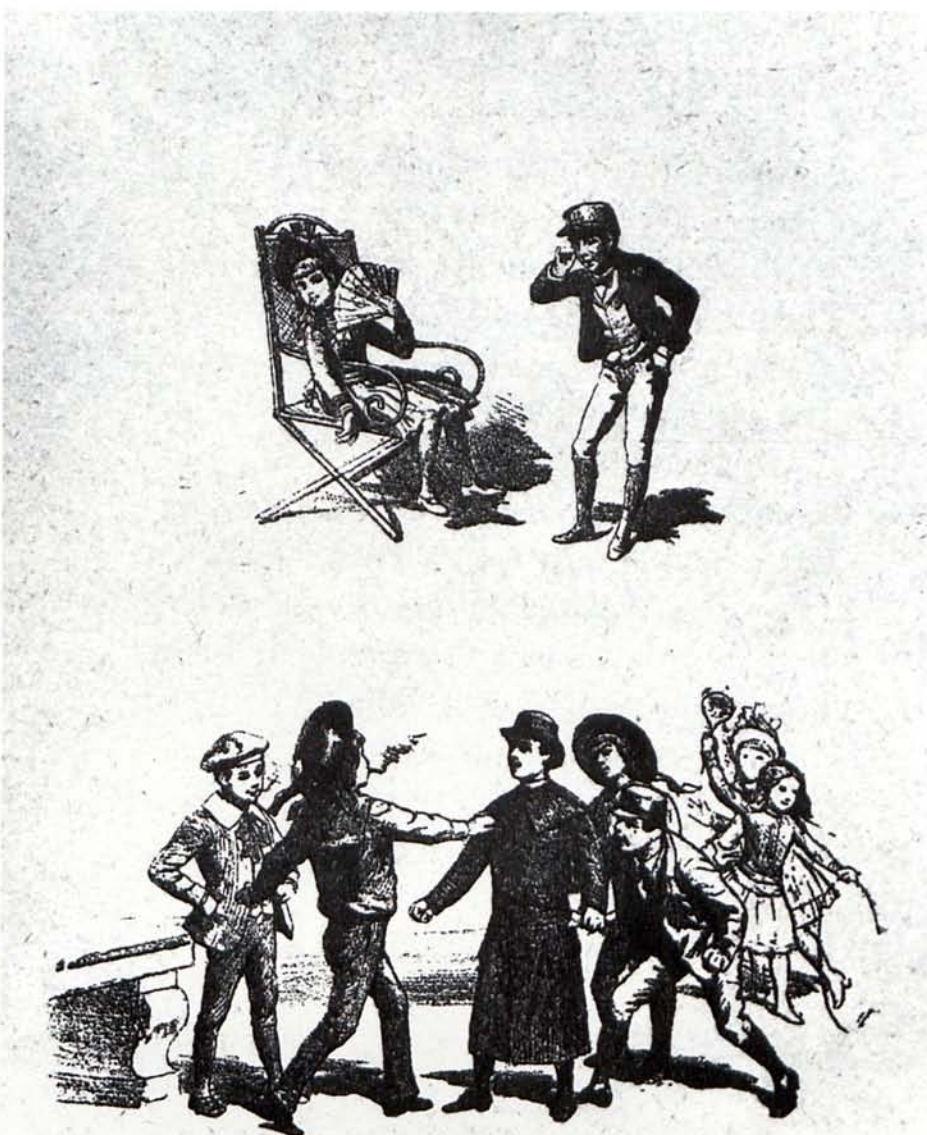
Hoy de la cárcel antigua
tan solo queda el recuerdo,
y en vez de Patio de Micos
hay una cárcel modelo
Hay más: los legisladores
hace diez o doce inviernos
un correccional de jóvenes
proyectaron; pero luego,
proyecto de nuestra patria,
al fin se quedó en proyecto.

... ..

terrible cuadro por cuya desaparición
clama el poeta.

En otros más alegres nos ofrece las
ya desaparecidas estampas de «La
parada»:

Ya suena por esas calles
el ruido de la charanga



PRECOCIDADES

que anuncia que los soldados
van a relevar la guardia.
Fiesta de todos los días,
fiesta bonita y barata,
no es mucho que llame gentes
ansiosas de presenciarla.
A ella asisten estudiantes
desertores de las aulas;
holgazanes aprendices
que en el taller hacen falta;
extranjeros que averiguan
costumbres de nuestra patria;
cesantes y jubilados
y colilleros, que guardan
residuos de «coraceros»
en sus botes de hojalata.

... ..

Ya ha terminado el relevo,
ya los soldados se marchan.
¿Y los chicos? Pues los chicos
de fijo les acompañan.

Ahora es la guardia saliente
la que a marchar los arrastra
hasta el cuartel del Rosario,
de los Docks o la Montaña,
y después al ejercicio,
háyalo donde lo haya.

... ..

o «El tutti li mundi», que merece ser
reproducido totalmente por su interés
y gracia, el «titirimundi», el Mundo
Nuevo que dio nombre a una de las
más castizas plazas de Madrid, y cuya
diversión fue mucho tiempo la prefe-
rida de los niños madrileños de an-
taño:

—Venid, venid, señoritos,
al hombre del Mundo Nuevo:
aquí se ven muchas cosas,
y sólo por cinco céntimos.



Un rincón del puente de Segovia.

Que suba esa niña pronto,
que ya todo está completo
y va a empezar el desfile
de los primores que tengo.
Los muchachos se apresuran,
miran por los agujeros,
y así va contando todo
el hombre del Mundo Nuevo.

«Ahora verán ustedes
la gran ciudad de Jauja,
donde los habitantes
comen y no trabajan.
Allí las onzas de oro
por calles y por plazas,
a puntapiés se encuentran
y nadie las levanta.
Los árboles producen

salchicha y empanadas;
las rocas son de azúcar;
los ríos son de horchata,
y brotan los jamones
igual que aquí las zarzas.»

—¡Bien por el *tutti li mundi*!
—¡Bien por Jauja y sus productos!—
Y sigue en sus descripciones
el buen conductor del Mundo.
«Ahora verán ustedes
el cuadro de *Spoliarium*,
igual que aquí en la Plaza
se arrastran los caballos.

Allá en Roma... muy lejos...,
y en tiempos muy pasados,
los hombres en el Circo

se daban de porrazos,
con picas y con redes,
machetes y venablos.
Al vencedor, coronas
le daba el entusiasmo.
Los otros, a la tierra
para engordar gusanos.»
—¡Qué miedo! —¡Parecen propios
los hombres! —Y van desnudos.
—Mira, ya cambian la vista.
Y dice nuestro hombre al punto:
«Ahora verán ustedes
un cuadro muy famoso
del Hambre, que tuvieron
los madrileños todos,
al comenzar el siglo
que hoy cuenta ya tres ochos.
Allí puede verse un hombre
que rechaza muy fosco
el pan que los franceses
le ofrecen generosos,
y a un viejo que devora
un repugnante troncho.»

—¡Qué pronto ha pasado éste!
—Y todo ha quedado oscuro.
—Con sólo dar cinco céntimos
pueden verse otros asuntos:
La Giralda de Sevilla
y la fuente de Neptuno;
Prim en Africa; su muerte
luego en la calle del Turco;
una corrida de toros;
la Cruz y el Santo Sepulcro;
Guzmán el Bueno en Tarifa,
y la Invasión de los Hunos.
Vengan otros cinco céntimos,
y el respetable concurso
podrá ir viendo nuevos cuadros
de los que traigo en el Mundo.

o la estampa titulada «Niños preco-
ces», con los niños sabios, los niños
aburridos, los niños y niñas que, ade-
lantados a su edad, imitan a los ma-
yores en sus juegos del Prado.

Hermoso sitio es el Prado
de Cibeles a Neptuno
para estudiar de los niños
las tendencias y los gustos.
Andando poquito a poco
y yendo con disimulo
iremos tomando notas
para un romancillo al uso.

Delante de mí pasean,
derechos como unos husos,
graves como magistrados
y mostrando grandes humos,
un muchachuelo moreno
entre dos amigos rubios:
aquél lleva la palabra
y éstos le escuchan confusos.
«Decididamente, el hombre
va siguiendo malos rumbos:
llena sus fines la planta,

cumple su misión el bruto,
todo se agita y renueva
en armónico conjunto:
¡solo es la excepción humana
la que origina disturbios
y entorpece la serena
grandiosa marcha del mundo!»
El filósofo tenía
diez u once años a lo sumo.

... ..

Un jaleo hay por el centro.
—¿Qué es?

—Que han sorprendido a uno
que iba «afanando» relojes
y que ha huido.

—Estoy confuso...

—Huyó por entre las piernas
de un agente de orden público.
No era rata, un ratoncillo
ojeroso y delgaducho,
de algunos ocho o diez años,
que hasta el mes de mayo estuvo
cumpliendo ya otra condena
por hacer lo ajeno suyo.

... ..

Muchos chicuelos riñendo:
oigamos con disimulo.

—¿Sitio?

—Detrás del Museo.

—¿Hora?

—Al próximo crepúsculo.

—¿Armas?

—Dos revólvers bastan.

—Mis padrinos, Luis y Augusto.

—Los míos, Juan y Cesáreo.

—Me pagarás los insultos.

—¡Eso quiero, que los dos
no cabemos en el mundo!

... ..

—¿Juegas al marro?

—¡Yo al marro!

Busca a otros iguales tuyos.

Yo tengo ya trece años.

—No vi que estabas caduco.

¿Pues a qué juegas?

—No juego:

leo, medito, me instruyo,
y me preparo a ser hombre.
Ahora he formado en el grupo
de posibilistas jóvenes,
sectarios del *gran tribuno*.

—Pues mi papá dice siempre
que corra y que salte mucho,
y que utilice estos años
desarrollándose.

—Es justo:

tuvieron en Grecia y Roma
gimnasios; mas yo me escurro
de vuestros juegos, y sueño
con la redención del mundo.

Hay derechos que aún se niegan
a muchos hombres, a muchos...

Mira, ayer lo dijo *El Globo*.

—Yo tan sólo leo *El Mundo*.

—¿De los Niños?

—De los Niños.

—¡Infeliz!

—¡Con él me instruyo,
y quiero correr!

—Pues corre:

no discutiré tus gustos.

—Vaya, adiós.

—Tiene diez años
y aun juega... ¡Pobre Raimundo!

... ..

Junto al corro de las niñas,
fumándose sendos puros,
con los sombreros terciados
y estirándose los puños,
Luis Mejía y Juan Tenorio
molestan con sus discursos
a las niñas, o las hacen
toser echándolas humo.
Con flores que no les pegan,
y requiebros prematuros
y billetes amorosos,
y palabras de mal gusto,
los niños irresistibles,
conquistadores de suyo,
en vez de jugar al toro,
prefieren hacer el burro.
Cierto que también las niñas

alientan tales abusos,
y se confían secretos,
y se consultan escrúpulos,
y sonríen al Tenorio,
y cuentan que el año último
un amante desdeñado
se quiso matar en Lugo.
Y yo, al mirar estos niños,
siento irresistible impulso
de decir: —Vaya, señores,
termine esta farsa al punto:
las niñas a su colegio,
los chicos al Instituto,
unas a aprender bordados
y otros a estudiar gerundios.

... ..

Por allí corre la gente.

—¿Qué ha ocurrido?

—Que a Neptuno

se ha tirado de cabeza
un niño.

—¿Y salió?

—Sí, al punto

le sacaron unos guardias.

Nada... un remojón y el susto.

—¿Jugando acaso?

—¿Jugando?

No tal: en las verjas puso
un papel al juez de guardia,



La fiesta de San Antón.



Destrozonas.

en que dice: «A nadie culpo: que no se persiga a nadie, pues me mato por mi gusto. He cumplido ya ocho años, y estoy cansado del mundo».

Un ejemplo de religión-ficción nos ofrece Felipe Pérez y González en su romance «Nuestra Señora del Olvido, Patrona de Madrid», recogido en su libro «Pecata minuta. Versos» (5), en que la milagrosa fuente de la pradera de nuestro Santo Patrón pasa a convertirse, por dimisión de San Isidro, en manantial del olvido donde deudores, nuevos ricos y «tránsfugas políticos» van a beber haciendo tabla rasa de su pasado.

Corrían hacia la ermita hombres, mujeres y niños cual desbordado torrente, con espantoso bullicio.

Llenos tranvías y riperts, sin llevar un solo sitio

desocupado, en asientos, en plataformas y estribos;

penosamente las mulas recorrían el camino, a fuerza de latigazos, golpes, blasfemias y gritos.

Coches de lujo y «simones», ómnibus... cuantos vehículos hay en Madrid, atestados de cortesanos e Isidros,

iban hacia la Pradera, en medio del torbellino de los que a pie caminaban, sin reparar en peligros.

Reflejábanse en los rostros de aquel inmenso gentío, curiosidad extremada, grande asombro y afán vivo,

y todos sin cesar, iban diciendo en tonos distintos:
—Vamos a ver el milagro.
—Vamos a ver el prodigio.

Era el caso, según supe, que el bendito San Isidro, patrón de esta villa y corte, por ignorados motivos

presentó su dimisión tan resuelto y decidido, que fue preciso aceptarla sin retrasos ni distingos.

Averiguó, sin embargo, un *reporter*, hombre activo, que es capaz de averiguar hasta lo que no ha ocurrido,

que el Santo se lamentaba de que solo algunos chicos, algunas pobres mujeres o algunos paletos míseros,

iban a beber el agua de aquel manantial divino, que quita la calentura al que con fe la ha bebido.

«Así en Madrid no se quitan —afirma que el Santo dijo— las fiebres que todos sufren en este menguado siglo.

Fiebres de placer, de lujo, de ambición, de poderío; la fiebre de la política, la fiebre del agiotismo,

la fiebre de las riquezas, la del juego, la del vicio, y otras cien mil que no tienen ya ni remedio ni alivio.

Nadie beber quiere el agua milagrosa que le brindo y ante tamaño desaire por el foro me retiro».

Ante razones tan firmes resignarse fue preciso, y nombrar como patrona a la Virgen del Olvido,

que era, según voz unánime de personajes conspicuos, la más sabia y oportuna solución de aquel conflicto.

Pretender curar las fiebres de que habló el Santo bendito, y que a gusto sufren todos, es empeño y es delirio;

lo que necesitan muchos, ¿qué digo muchos? muchísimos, es hacer que otros olviden y aun olvidar ellos mismos.

Así al mudar de «patrón» cambió de «virtud» el líquido,

y el manantial convirtiéndose
en la fuente del olvido.

Y era de ver cómo iban
a beber sendos cuartillos
los ingratos, los deudores,
los «improvisados» ricos,

los nobles «improvisados»,
los desleales amigos,
las viudas «inconsolables»
y los *tránsfugas* políticos.

Después de llenar sus buches
todos quedaban tranquilos,
olvidadas sus traiciones,
sus veleidades, sus «líos»,

pues perdida la memoria,
que antes era su castigo,
ya eran voces en desierto
de sus conciencias los gritos.

Y como ellos olvidaron
promesas y compromisos,
y del pasado terrible
todos sus hechos y dichos,

se figuraban, ilusos,
que el pueblo olvidó lo mismo,
que era completo el milagro
y general el olvido.

Pero el pueblo que adoraba
a su patrón San Isidro,
y no vio gustoso el cambio,
se alejó triste y sombrío.

Echó de menos el agua
de su manantial antiguo
y en la que tantos bebían
mojar sus labios no quiso

Por eso el pueblo recuerda
a cada cual lo que hizo;
no olvida nada y se burla
de tantos olvidadizos.

... ..
¿Ha sido un sueño? Acaso.
¿Es realidad? No lo afirmo.
Pero realidad o sueño,
como me ocurre lo escribo.

De Torres del Alamo damos a co-
nocer unos diálogos, asainetados, tó-
picos, con ese lenguaje que para los
madrileños inventó Arniches y que,
renovado en sus términos, se sigue
considerando una de las achuladas
—y con peores ojos vista fuera del
término ciudadano— características
de nuestra Villa. Se titulan «Cosas ma-
drileñas» y comprende varias escenas
de café, con una gracia totalmente pa-
sada de moda para nosotros.

EN EL CAFETIN

Un «mangante» y el dependiente.

—¡Gachó, qué cinco de puntas!
Son *meopáticas*, ¿eh?

—Pues *puntas* igual que éstas
no se le sirven ni al rey.

—Oye: ¿os ha *ordenao* el Alcalde
el contador *p'al* café
y el *azuquiritis*?

—¡Pelmazo!

¡A ver si va a poder ser,
que molestas más que un par
de botas *cambiás* de pie!

* * *

*El amo del cafetín y un «randa»
que se lleva una chocolatera.*

—¡Cuidao con ese que *ahueca*!
¡Registrarle!

—¡A mí! ¿Por qué?

—¡Falta una chocolatera!

—Anda y cuénteselo *ustez*
a un guardia. Nos ha *regao*.

*(El amo le saca la chocolatera del
interior de la americana.)*

—¿Y esto, so *grana*, qué es?

—Se conoce que al salir
me se ha enganchao sin querer.

* * *

Otra vez el amo y un parroquiano.

—Muy buenas, señor *Udosio*.

—¿Has *estao* malo, Ginés?

—Sí, señor, de *arcidente*
del trabajo.

—¿Y cómo fue?

—Pues al *colarme* en la Plaza
por la reja, frente al seis,
me di la gran *talegada*
y me rompí no sé qué;
y he estado en el *hespital*.

—¿Mucho tiempo?

—Casi un mes.

—Oye tú, y por qué le llamas
a eso un *acidente* del
trabajo, di?

—Sencilísimo.

Porque *pa colarme* bien,
no *tié* *usté* idea siquiera
¡del trabajo que pasé!

* * *

*Un «capitalista», un inspector y dos
guardias que entran a «chatear».*



Puestos de libros viejos.



LA CALLE DEL DUQUE DE NÁJERA.

—Guardia, despiérteme a ése.

(El guardia lo hace, dándole un coscorrón o de otra manera delicada.)

—¿Qué pasa?

—¡Ponte de pie!

¿Llevas armas?

—Dos cuchillos.

—¡Caray! No eres nadie. A ver, entrégalos al momento, y cuidadito otra vez, no te mande de quincena.

—Si son dos cuchillos que me han echao en el pantalón porque estaba roto ayer (6).

En la revista madrileña «Cosmópolis», que comenzó a publicarse en di-

ciembre de 1927 y que —publicación de lujo y del gran mundo cortesano— dejaría de editarse al mes siguiente de la proclamación de la República, aparecieron, bajo el título genérico de «Estampas madrileñas», las dedicadas a diversos aspectos de esa Villa que no han dejado de cantar hasta nuestros días los poetas costumbristas: los rincones del Madrid de los Austrias, las verbenas y romerías, en muchos casos más que lo popular lo populachero, pero que ha quedado como una constante de nuestros líricos locales.

Eduardo Cobián Herrera, en su sin-copado poema dedicado al Puente de Segovia, nos da una visión de acuarela de nuestro río:

UN RINCON DEL PUENTE DE SEGOVIA

A lo lejos
la ciudad,
blanca y fría,
despereza
lentamente
a la caricia
del sol fuerte
que despeja
la neblina
de las horas
matutinas
madrileñas...
Sobre el puente
de Segovia,
que contempla
desde antaño,
la corriente,
poca y lenta,
del anciano
Manzanares;
sobre el puente
que pisaron
—varios siglos—
trajinantes
y carreros,
que han cruzado
tantas veces
con sus carros,
con sus recuas
y rebaños...
levantando
nubes blancas
—polvo seco—
en las tardes
estivales
y dejando
carriladas
en el barro
en los días
de llovizna
del invierno...
Sobre el puente
de Segovia

dejan rastro,
dejan huella
de su paso,
las edades
de la vida
madrileña... (7).

Benjamín Ramos García dedica sus versos a «La Fiesta de San Antón», en los que los términos «viejo», «remoto» y el repetido número «cuatro» (viejas, jinetes, tiendas), así como los «pobres farolillos» y el «tenducho de aguardiente» tiñen de pobreza y de falso casticismo la celebración:

En la calle de Hortaleza,
bajo su aspecto antañón,
eleva su gentileza
de augusta y prócer belleza
la iglesia de San Antón.
Vestigio de un Madrid viejo
que ha arrollado el modernismo,
ya tan solo es el espejo
en que se apaga el reflejo
de un remoto casticismo.
A la conmemoración
del Santo aún acude gente
amiga de diversión:
Es esa gente que siente
y adora profundamente
Madrid y su tradición.
Son cuatro mozos, zagales
de hornazo y de romería;
son cuatro mozas juncales,
ansiosas de madrigales,
llenas de gitanería;
son cuatro viejos que van
—lleno el pecho de añoranzas—
a recordar esperanzas
de sus días de Don Juan.
Son cuatro viejas llorosas,
ungida el alma de gozo,
que reverdecen las rosas
de unas frases cariñosas
con que obsequiolas un mozo.
Son cuatro apuestos jinetes
montados en briosas jacas.
Unos puestos de juguetes,
cuatro tiendas de alharacas,
unos pobres farolillos,
un tenducho de aguardiente,
y el son de unos organillos
al que bailan los chiquillos
mezclados entre la gente.
Es la fiesta, es el Patrón
que en la calle de Hortaleza
celebra la tradición;
es un trozo de mafeza
que invoca la gentileza
del día de San Antón (8).

Un aire solanesco tiene el poema de Serafín Adame García dedicado a aquellas máscaras típicas en nuestros no muy lucidos carnavales: las des-trozonas, generalmente hombres dis-

frazados de mujer, que ponían su nota agria en las Carnestolendas madrileñas:

Destrozonas...
 Las ¿personas?,
 en grosera algarabía,
 disfrazadas,
 van cruzando la ciudad.
 ¿Quién dijera
 —en la loca greguería
 de las ropas trastocadas—
 dónde acaba la quimera
 y principia la verdad?...
 Destrozonas...
 Son sus bromas
 aplastarle a uno el sombrero,
 o, cogidas de las manos,
 formar rueda
 que, al girar,
 a quien en el centro queda,
 con puñadas de villanos
 y con «timos» cortesanos
 llegue a hacerle sonrojar.
 Destrozonas...
 Las cretonas
 —pobres colchas del hogar—
 son sus galas superiores,
 las mejores
 que supieron encontrar.
 Las caretas
 de los gestos enigmáticos
 les rematan el disfraz;
 y sus getas
 —sudorosas de solaz—
 van siguiendo el ritmo absurdo,
 sucio y burdo,
 de unas botas con elásticos,
 ordinarias cual su faz.
 Destrozonas...
 De «lloronas»
 o «bebés» visten los más.
 Y el que cree que es un artista
 se disfraza de «anarquista»
 y así «epata» a los demás.
 Destrozonas...
 Cual «peponas»
 van vestidas,
 y sus ropas corcusidas
 son de todos la irrisión.
 Van bebiendo vino añejo,
 y el pellejo
 que se acercan a la boca,
 de la loca
 bacanal
 —fiesta báquica y brutal—
 es la justificación.
 Destrozonas...
 Las ¿personas?
 contemplad
 que, con ropas trastocadas,
 van cruzando, disfrazadas,
 la ciudad (9).

La titulada «Puestos de libros viejos», de la que es autor Francisco García Salvador, apenas tiene carác-

ter madrileño, ya que en cualquier ciudad podríamos encontrarlos, y el fondo le sirve al autor para una meditación personal totalmente anodina:

Puestos de libros viejos, sin esa algarabía
 de las tiendas modernas que hay en la ciudad.
 Estos puestos de libros tienen mi simpatía
 con su amable desorden y su diversidad.
 Junto a un viejo breviario de tono amarillento
 pone un libro galante su atrevido color;
 estampas y revistas; confuso hacina-
 miento
 de los libros de texto y novelas de amor.

Encanto de las tardes del otoño dorado;
 mientras que el tiempo pasa veloz a nuestro lado,
 en esos viejos puestos gustamos revolver.
 Yo aspiro que mis versos, resumen de puericia,
 entre esos viejos libros esperen la caricia
 de unas manos muy pálidas y finas de mujer (10).

Tono de elegía, casi de miserere, tiene la «Verbena sentimental», de Angel Falquina, en la que, junto con sus ilusiones amorosas, ve desaparecer la fiesta en agonía de un «Madrid que se muere», que parecía ser el ritornello de cuantos en aquellos años dedicaban sus versos a nuestra ciudad.



CAPILLA DEL OBISPO Y TORRES DE LA PARROQUIA DE SAN ANDRÉS.

Bien es verdad que en todos ellos, junto a la nostalgia por lo desaparecido, se advertía una esperanza en el porvenir, una alegría por lo que entonces se calificaba de «moderno», y al que en este poema se llama «exótico», pero en el que se sentían inmersos y con el que se identificaban:

La postrera agonía del Madrid que se muere;
la verbena castiza, la verbena que quiere
bosquejar, en la vida exótica de hoy,
el reflejo de aquella alegría española,
cuando en el albo oído de la reina
manola,
vertía madrigales don Manuel de Goy.
Pasaron muchos años... Ya no ve la
verbena
en el mantón de chinos envuelta una
morena
escuchando las dulces palabras de un
galán,
ni a los suaves acordes de aquel schotis castizo
la luz trémula y vaga de algún farol
rojizo,
se irisa en las pupilas llorosas de Julián.
Caricatura crónica de una alegría
muerta,
un recuerdo de antaño parece que despierta
al compás monorrítmico de un baile
popular,
un baile madrileño, cadencioso y sencillo
que brotando en el alma de aquel viejo organillo
recordando el pasado, parecía llorar.
Maruja, la verbena que nos uniera un día,
va perdiendo belleza, va perdiendo armonía,
de aquel schotis castizo no se escucha el compás.
No me resta alegría, tú también te has marchado,
pero una voz extraña en mi alma ha musitado
que la verbena vuelve y tú... no volverás.
Paladín de Bohemia, quise olvidar mi pena
en la falsa alegría de la loca verbena,
esa misma verbena que nos unió a los dos,
esa fiesta nostálgica, por ser tan española,
que en el rostro lloroso de una vieja manola
desde un cuadro de Goya dice el último adiós (11).

Hemos dejado en último lugar los versos de Manuel del Palacio, nacidos de la contemplación y admiración de los dibujos que sobre rincones madrileños hiciera Martín Rico y los hemos dejado porque es uno de los pocos ejemplos de agradecimiento literario hacia nuestra Villa, de afecto retributivo, de reconocimiento y de verdadero amor. El autor, leridano, uno de nuestros madrileños de adopción, merecería, aunque no fuera más que por ello, el puesto de honor de esta muestra poética:

A MARTIN RICO DESPUES DE VER SUS APUNTES DE MADRID

—¿Le amas, Martín? Haces bien;
Podrá no ser un edén
este paisaje bravío
donde en octubre hace frío,
y en mayo a veces también.

Mas pese a sus detractores
y a los que en perpetua lid
le niegan fama y honores,
tú y yo somos de Madrid
amigos y defensores.

*¡Madrid! Castillo famoso
que al Rey moro alivia el miedo,
clásica villa de Oso,
bajo cuyo cielo hermoso
nacieron Lope y Quevedo.*

La que en zambras y placeres,
olvidando sus afanes,
nos brinda a boca qué quieres
garbo y sal en sus mujeres,
temple y gracia en sus galanes.

Otras más ricas habrá,
y alguna ostenta quizá
más blasones en su escudo;
en vejez la vencerá,
en atractivos lo dudo.

Vivero de pretendientes,
atalaya de cesantes,
pozo de contribuyentes,
regalo de paseantes
y martirio de dolientes.

Hallan su clima cruel
los que de uno u otro modo
miran en riesgo su piel;
pero la culpa de todo
¿está en nosotros o en él?

Lujo, ambición sin medida,
lucha eterna con la suerte,
ciego afán, triste caída...
¿Cómo tener buena muerte
si llevamos mala vida?

Yo por mí, voy a jurar,
y pienso no ha de faltar
quien mis palabras confirme,
que aun con ganas de morirme
nunca lo pude lograr.

Niño y pobre vine aquí,
hogar y nombre alcancé,
nada a la intriga debí,
cuando me hirieron herí,
cuando me amaron amé.

De aquellas horas serenas
tan apacibles y amenas
aun el recuerdo me halaga;
mucho risa y poca paga,
más ilusiones que penas.

Mendigos que de fortuna
y de gloria van en pos,
éramos desde la cuna;
el «perdone usted por Dios»
no nos lo dijo ninguna.

Por eso al verte buscar
de Madrid por los rincones,
que otros suelen desdeñar,
las bellas inspiraciones
que me gozo en admirar,

al ver cómo a tu conjuro,
lo mismo del viejo muro
que de la floresta umbría,
se levanta bello y puro
el ángel de la poesía,

digo una vez y otra vez:
—Bendita tu pequeñez,
patria, cualquiera que seas,
pues con tus brisas oreas
el huerto de la niñez.

Aquí reposo he logrado,
mis hijos aquí han crecido,
con tu sol me he deslumbrado,
tus pasiones he sentido,
tus desdichas he llorado.

Cuando la Parca se apreste
a desatarme del potro,
dame tierra en que me acueste,
segura de que en el Este
dormiré como en el otro.

Posdata: no doy consejos;
mas si quieres poner fin
al ansia de vivir lejos,
vino, sol y amigos viejos
aquí te esperan, Martín (12).

Queda sólo indicar que, aunque los poemas no puedan considerarse dignos de figurar en una antología, su escasa calidad literaria queda suplida por el interés de los temas, de enor-

me poder evocador de un Madrid y de unos hábitos madrileños casi —¡gracias sean dadas a Dios!— en su totalidad desaparecidos. Y sobre todo porque nos sirven para admirar los espléndidos dibujos con que los valoraron Martín Rico, Antonio Casero, Cebrián, etc.

NOTAS

(1) Madrid, aula de cultura, 1967, 24 páginas (Curso sobre Historia de Madrid, 19).

(2) *La Ilustración Española y Americana*. Año XXXV, 1891, núm. XXV, página 43.

(3) *La Ilustración Española y Americana*. Año XXXV, 1891, núm. XXI, páginas 107 y 109.

(4) Madrid, Manuel Minuesa de los Ríos, imp., 1891, 184 págs., 17 cm. grab.

(5) Barcelona, Antonio López (S. a.: 1897), 191 págs., 17 cm. (Col. Diamante, 55).

(6) *Nuevo Mundo*, núm. 1007, 24 de abril de 1913.

(7) *Cosmópolis*, núm. 1, diciembre 1927, página 44.

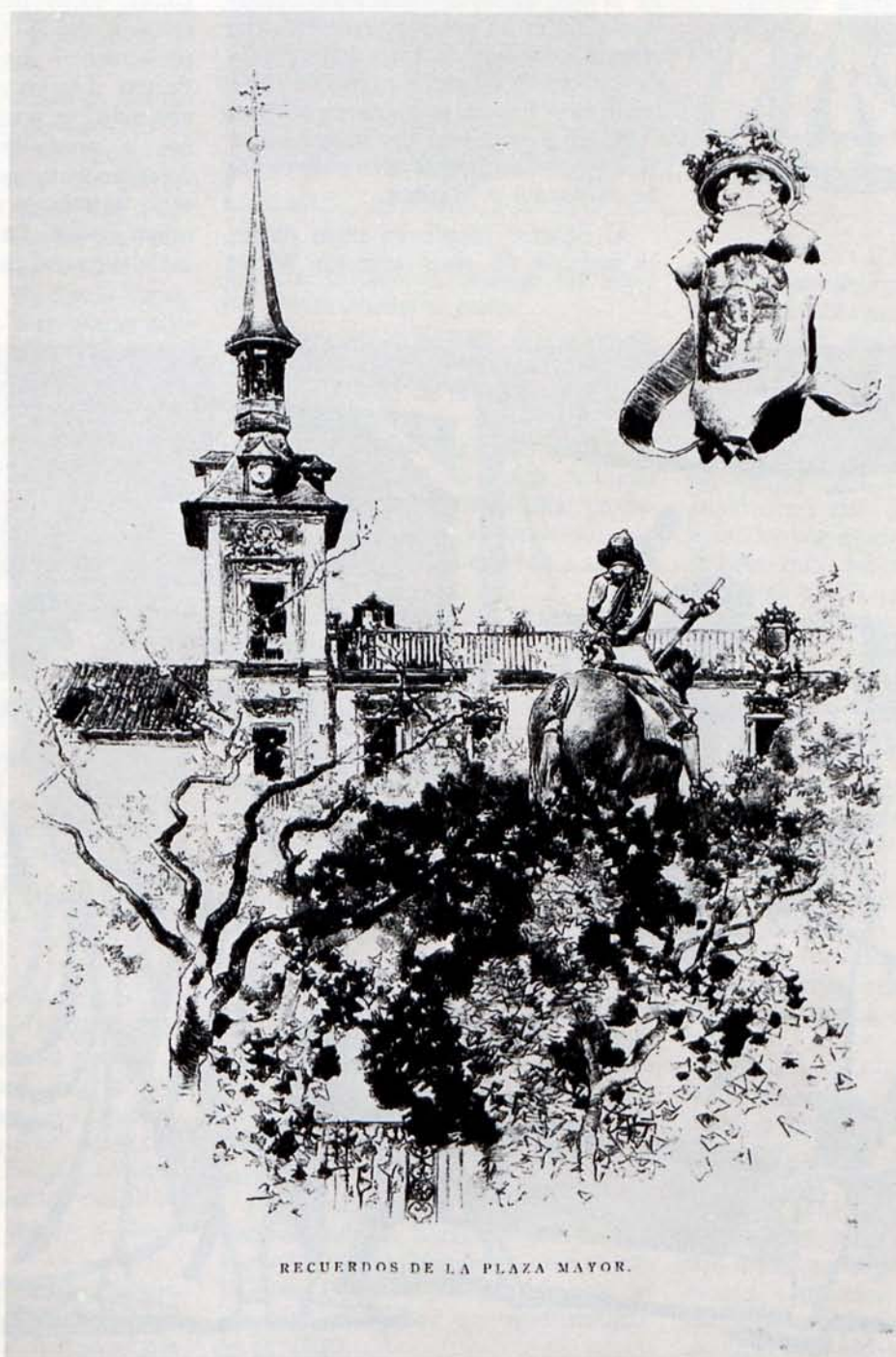
(8) *Idem, id.*, núm. 2, enero 1928, página 103.

(9) *Idem, id.*, núm. 3, febrero 1928, página 99.

(10) *Idem, id.*, núm. 20, julio 1929, página 103.

(11) *Idem, id.*, núm. 35, diciembre 1930, página 77.

(12) *La Ilustración Española y Americana*. Año XXXV, 1891, núm. XI, página 182.



RECUERDOS DE LA PLAZA MAYOR.

DIVERSIONES POPULARES:

ESPECTACULOS DE FISICA RECREATIVA

Por MARIA DEL CARMEN SIMON PALMER

COINCIDIENDO con el progreso de la técnica surge en el siglo XVIII la afición en el público madrileño por unas diversiones de base casi científica, conocidas bajo el nombre de *física recreativa* y que respondían al lema de la moda entonces de *instruir deleitando*, si bien su finalidad real era la de entretener a la gente.

Al haberse ideado en otros países, la mayoría de estos aparatos fueron

introducidos en España durante la segunda mitad del siglo XVIII y comienzos del XIX por extranjeros, especialmente franceses e italianos. Pronto, a la vista del éxito de público obtenido, se animan muchos madrileños a presentar su instancia en el Ayuntamiento para conseguir el necesario permiso y poder instalar su máquina óptica. La situación de los demandantes no puede ser más lastimo-



sa, en su mayoría enfermos e inválidos que alegan como mérito proceder de las filas de la Milicia Nacional, y algunos con numerosas condecoraciones, pero que en aquel momento no tenían otro medio para salir adelante (1). Un detalle nos ha llamado la atención en estas solicitudes y es el gran número de personas que, a punto de quedarse ciegas, buscaban como solución de vida precisamente un objeto por el cual los demás *vieran* unos determinados cuadros. El mismo Mesonero Romanos habla de un ciego que mostraba en plena calle uno de estos *tutti li mundi* como se les llamaba popularmente, al tiempo que comentaba las escenas.

La licencia del Ayuntamiento solía ser por dos meses, pudiendo prorrogarse en muchos casos, y a cambio de doscientos reales anuales.

Existían distintas categorías dentro de este espectáculo; si la máquina en cuestión estaba dentro del grupo conocido como *cosmoramas*, de pequeño tamaño y sencillo manejo se exhibía en plena vía pública, en los lugares tradicionales reservados para las diversiones populares. El dueño llamaba la atención de los transeúntes con un organillo, tambor, etc., y por dos reales «cada niño o persona podía tener el gusto de divertirse con comodidad y aseo» (2). En algunos casos conseguían instalar el teatrillo mecánico en alguna tienda, como don Antonio Fernández en 1826 al que hubo que llamar la atención porque los curiosos espectadores tenían que situarse en la misma acera de la calle, pues las entradas eran de veinte en veinte personas, que no cabían en la pieza, y el resto lo veían por unos agujeros «tan próximos que ofrecían ocasión de ofender la modestia y buenas costumbres» (3). Cuando el espectáculo requería varios proyectores, pantalla y demás, recurrían a unos salones pequeños y destartados destinados a este fin, que no llegaban a adquirir la categoría de teatros y de los que existían bastantes en Madrid, como los de las calles de Alcalá, número 48, de la Luna, Caballero de Gracia, Recoletos, Plazuela de las Descalzas, etc.

Naturalmente, cuando se trataba de números famosos los circos y coliseos importantes les abrían sus puertas, pero era en muy contadas ocasiones.

Si agrupáramos todos estos instrumentos ópticos podríamos establecer la siguiente escala de menor a mayor perfección:

Cosmoramas. — Ocupaban escasamente ocho pies de terreno y sus dueños les llamaban también teatros pin-



torescos mecánicos, aunque ese nombre era extensivo al resto.

Poliorama. — Variante del cosmorama y más completo. El más conocido fue el instalado en la calle de Alcalá, con espectáculos de una hora de duración. Resultaba entonces casi inconcebible el que con un motor pudieran funcionar todas las ruedas que producían la sensación de movimiento.

Diorama. — Instalado junto a la platería de Martínez.

Máquina catáptrica. — Ofrecía variaciones de mutaciones caladas. En 1800, por ejemplo, se mostraba una realizada en Alemania y con la particularidad de tener cuatro ventanas, por cada una de las cuales se veían distintos cambios. Sin precio fijo «podía servir para divertir a algunos señoritos diariamente» (4).

Máquinas ópticas. — Bajo este nombre general quedaban otras tantas: neoramas, microscopios, telescopios, etcétera.

Linternas mágicas. — Inventadas en la segunda mitad del siglo XVII y puestas de moda en el XVIII. Por medio de lentes se hacía aparecer sobre una pantalla o escenario proyectados en grandes dimensiones los objetos pequeños pintados sobre vidrios u otra sustancia transparente.

Fantasmagoría. — Con los años la linterna mágica fue perfeccionándose y surgió la Fantasmagoría creada por Etienne Gaspard Robertson, que se presentó en Madrid con su espectáculo en 1820.

Máquinas de espectros. — Derivación de la fantasmagoría, enseñaban sobre el escenario unas figuras cuyas formas se distinguían perfectamente, pero que se encontraban desprendidas del suelo, suspendidas en el aire y que se paseaban y hacían gestos como si estuvieran vivas, pero al tiempo se dejaban traspasar por objetos. Añadía a la fantasmagoría la intervención de actores que debían saberse perfectamente su papel, ya que tenían que actuar en colaboración con el espectro proyectado, al que no veían. Con la evolución en la técnica se fue advirtiendo también un cambio en el gusto por ciertos temas, como se verá más adelante.

Máquinas científicas. — Formaban un grupo claramente diferenciado y aunque no tenían finalidad recreativa sus inventores las mostraban al público para hacer ver su utilidad y cobraban la entrada.

Por su temática los distintos espectáculos podían encuadrarse dentro de las clases que a continuación describiremos.

A) **Vistas.** — Según la categoría del instrumento el paisaje quedaba inmóvil a los ojos del espectador o sufría cambios de color, de personajes, etcétera. El programa podía mostrar desde la calle de Alcalá en día de feria, hasta el Monasterio de El Escorial con todas sus dependencias y coros de monjes cantando, con lo que se ofrecía un espectáculo análogo al actual de «Luz y Sonido». En junio de 1850,

José Cruzat mostraba vistas de una ciudad, con su puerto de mar y el ruido de agitadas olas y multitud de figuras de todos los tamaños, a caballo unas y otras a pie, ocupadas en diversos oficios (5). Varey cuenta cómo en 1800 llegó a la Corte un maquinista romano, con una máquina compuesta de veintiocho figuras, las cuales, por resortes, ruedas, escuadras y palancas, se movían representando una *feria persiana*, adornada de tiendas, casamatas y pabellones, en la que se veían varios mercaderes, que a gusto de quien quería sacaban el objeto pedido y si no gustaba lo volvían a su lugar (6). En 1820 se podían contemplar la salida del sol en un cantón de Suiza, al tiempo que varios ganaderos iban al trabajo y dos cisnes blancos se bañaban en una laguna, etcétera.

B) *Historia*.—La Historia de los distintos países fue uno de los temas preferidos: el asalto y la toma de Constantinopla por los franceses a las órdenes del duque de Nemours, retratos de los principales personajes de la Historia de España, etc. En 1792 Joseph Tassinari mostró en su máquina «absolutamente nueva», la invención del globo aerostático por Mongolfier y Blanchard. Se le veía suspendido en medio de la escena, aparentemente desembarazado de todos los espectadores y del demostrador que no tenía siquiera necesidad de mirarlo ni de dirigirlo, luego Blanchard daba cuerda a un reloj que señalaba y tocaba las horas que el público deseaba, y hacía toda clase de suerte con las cartas (7).

C) *Misterio y terror*.—La principal diferencia entre la Linterna y la Fantasmagoría, aparte de la superación técnica fue la variedad del repertorio de esta última. Aun cuando parte de su programa seguía formándolo los cuadros de historia, moral, poesías escenificadas, etc., la base y lo que atraía a numeroso público era el gusto por las escenas más o menos misteriosas, que tuvo también su reflejo en la literatura romántica. El marco era un salón con colgaduras negras y fantasmas y otros objetos lúgubres pintados en las paredes, que predisponían al espectador al recogimiento. Repentinamente desaparecía la poca luz que había y la aparición de espectros se acompañaba de retumbos de truenos, rayos y sonidos quejosos de amantes acongojados, esqueletos, etc. Mantilla, que se dedicó en Madrid durante más de veinte años a esta clase de espectáculo, incorporó a las escenas de amores contrariados una cabe-

za de Goliat agonizando, aunque para no agobiar al público intercalaba en la función cuadros históricos y una máquina de su invención que llamaba «pírrica», porque se ponía en movimiento mediante fuego fosfórico y presentaba bordados y piedras preciosas de todo el Oriente (8).

D) *Religiosos*.—Se consagraron especialmente a esta clase de temas las máquinas llamadas de *figuras corpóreas* y los *Nacimientos* y tenían aceptación sobre todo en las fechas de recogimiento. Reproducían las ciudades santas con sus muros, casas, tropas, el Portal de Belén, en figuras de barro que en ocasiones podían tener movimiento. En 1831, por ejemplo, vino a la Corte José Caneva, italiano con su obra en la que había empleado veinticinco años y con la que había recorrido Europa. Tras conseguir el permiso para su exhibición, tuvo el privilegio de mostrarla ante los Reyes (9).

E) *Técnicos*.—Aparatos hoy destinados al uso científico como telescopios y microscopios despertaron en aquellos años gran curiosidad en los madrileños, y abundaron las mesas sobre las que se podía contemplar los fenómenos de la naturaleza aumentados miles de veces y animales como las pulgas «del tamaño de elefantes».

Los inventores recurrieron también a mostrar públicamente sus inventos. Y podemos citar como ejemplo a don Martín Brusein, que en 1800 consiguió un Real Privilegio para construir *máquinas hidráulicas* para regadíos y decidió exhibir sus cualidades en el martinete que estaba en la bajada de Palacio. Permitía ver el juego interior de la máquina y había descubierto la parte superior para que el público apreciara «que podía ser eterna». Utilizaba agua roja y cuando hacía sol podía verse el arco iris formado por una fuente «tan perfecto como el de las nubes».

No todo el mundo vió ventajas en este espectáculo y precisamente el Gobierno y el Ayuntamiento no manifestaron especial simpatía a juzgar por la documentación.

Los inconvenientes que indican comienzan en primer lugar por el ruido. Efectivamente, al tener los propietarios que llamar la atención del público en forma sonora, los vecinos se quejaron repetidamente del escándalo continuo que no cesaba hasta las diez de la noche y en 1861 hubo de acordarse no renovar el permiso para que se instalasen en la Plaza Mayor (10).

Otro problema se planteaba al llegar la época de Cuaresma. Natural-

mente los espectáculos se suprimían, pero entonces algunos propietarios cambiaban el repertorio de sus cuadros y con el pretexto de proyectar escenas religiosas y místicas, trataban de conseguir el permiso para continuar esos días en que precisamente podían ganar más dinero por no haber otras diversiones. Hubo años en que les resultó muy difícil conseguirlo. En 1826 el Ayuntamiento opinaba ante la solicitud de Juan Poret que «por más sencilla e inocente» que fuera la diversión era, al fin y al cabo, un espectáculo que haría «muy mala consonancia con el aspecto imponente de un período consagrado a la penitencia y en el que enmudecen todos los ecos del placer para hacer lugar a los sollozos del arrepentimiento». Opinaba que no sería la exposición de las pinturas místicas lo que excitase la concurrencia, «sino el deseo de satisfacer una curiosidad y de proporcionar un entretenimiento sazonado con los goces de la reunión». (11)

En mayo del mismo año don Tadeo Gil vuelve a informar como Corregidor que se ha recogido la licencia a Juan Bautista, al haber sido sorprendido en una calle pública llamando la atención de la gente con un organillo «no pareciendo justo que en un tiempo santo en que están los fieles visitando las Iglesias se presenten tales diversiones que sólo sirven para distraer la atención en esas fechas en que todas las funciones públicas se hayan suspendidas y muchas corporaciones se hayan haciendo las visitas para ganar el Jubileo del Año Santo». (12)

La preocupación por salvaguardar la integridad moral de los madrileños aparece en repetidos informes y especialmente en los de don Tadeo Gil en 1826. Ya se ha mencionado su opinión sobre la máquina de Antonio Fernández, que había de verse por unos agujeros muy próximos. Estos espectáculos, según él, aunque «inocentes y sencillos», no producían más ventajas que la de satisfacer la curiosidad de algunos ociosos o distraer de sus ocupaciones a los aplicados, «poniéndolos en peligro de perder el tiempo y el dinero ya escaso por la actual miseria».

Esta aparente defensa de las buenas costumbres ocultaba en el fondo el deseo de impedir cualquier clase de conspiración contra el Monarca, y en el mismo informe sobre Fernández concluye: «ese dinero va a parar a manos de sujetos extranjeros y especuladores... muchos de estos sujetos se abriga entre nosotros y reco-



rran toda la España, a la sombra de una industria, que prescindiendo de su interés, puede encubrir otros fines más siniestros y trascendentales». (13)

El ya mencionado Juan González Mantilla, que actuó durante muchos años en la Corte y fue el difundidor de la Fantasmagoría se vio también perseguido en esta época. En 1824 presentó una instancia en verso, que comenzaba:

*«Es mi oficio conocido,
hacer suertes con destrezas,
y juegos con sutileza,
con esto me he mantenido.
Sesenta años he cumplido,*

*y no conozco otro oficio,
soy viejo en este ejercicio,
y así con grande humildad,
de vuestra piedad Real
consuelo espero propicio...»*

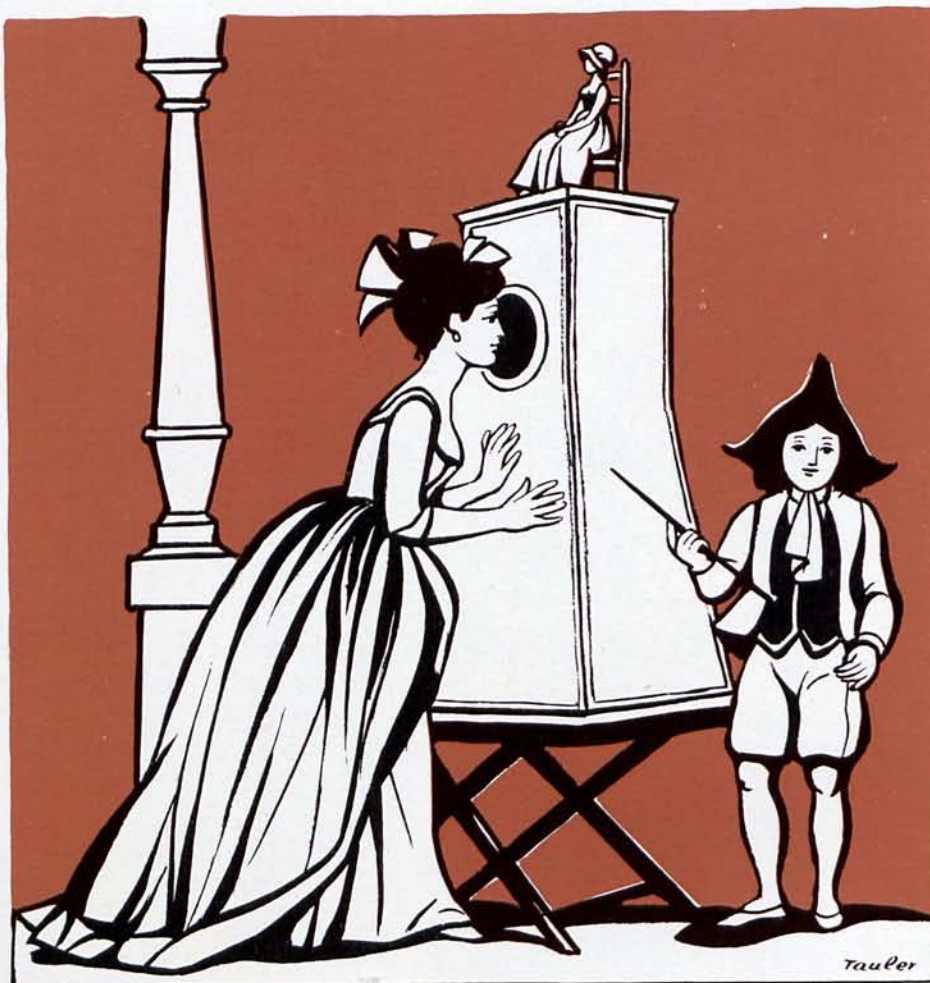
Consiguió entonces el permiso del Rey y la licencia de don León de la Cámara, que con buen humor respondió en su informe:

*«Se le concede al buen viejo
licencia para no holgar
ya que quiere trabajar
por no perder el pellejo...»*

Pero al morir De la Cámara y sucederle don Tadeo Gil las cosas cam-

biaron y no encontró el nuevo Corregidor conveniente que se ejecutase la Fantasmagoría, teniendo Mantilla que limitarse a realizar juegos de manos. Tiempo después volvió a presentar su instancia al Monarca, recordándole que poseía su permiso al que no obedecían los Alcaldes:

*«Mas hoy cierta Autoridad
entorpece con su mano
el Decreto Soberano,
que extendió vuestra clemencia,
a la corta insuficiencia,
de aqueste mísero anciano.»*



para consumir tal vez en las tinieblas algunos de sus maquiavélicos desig-nios». A pesar de los inconvenientes Mantilla acabó obteniendo la licencia para actuar en 1828 y de nuevo en 1832 de la Reina (14).

NOTAS

- (1) Arch. Villa. Secr. 4-141-8.
- (2) Arch. Villa. Correg. 3-130-225.
- (3) A. H. N. Consejos. 11415-126.
- (4) *Diario de Avisos*. 1800-XI-1.
- (5) *El Herald*. 1850-VI-26.
- (6) Varey, J. E. *Títeres, marionetas y otras diversiones populares de 1758 a 1859*, Madrid. Instituto de Estudios Madrileños. 1959. Pág. 7.
- (7) *Diario de Avisos*. 1792-III-21.
- (8) *Diario de Avisos*. 1820-I-16.
- (9) A. H. N. Consejos. 11415-130.
- (10) Arch. Villa. Correg. 3-133-321.
- (11) A. H. N. Consejos. 11415-89.
- (12) A. H. N. Consejos. 11415-87.
- (13) A. H. N. Consejos. 11415-90.
- (14) A. H. N. Consejos. 11415-84.

C. S. P.

(Dibujos de TAULER.)

Y es que se daba la circunstancia de que tampoco el nuevo Corregidor estaba dispuesto a concederle el permiso. Requerido el Consejo para que explicase los motivos opinó que no podía menos que de haber escándalos al estar lleno el local mezquino de gentes «sin separación de sexos y en absoluta oscuridad», lo cual, según el propietario era absolutamente necesario para la proyección. Ahora bien, la causa de la prohibición era en realidad «la escandalosa conducta de Mantilla en la época constitucional, su decidida y aún ridícula exaltación que quiso acreditar con el título pomposo de *ciudadano Mantilla*», lo que en opinión del Alcalde podía suponer un grave riesgo «si un hombre tan desopinado y perjudicial se ponía al frente de un espectáculo en que no sólo se da pábulo al desenfreno para cometer deshonestidades, sino también a la reconcentrada perversidad de los enemigos de S. M. y orden público



MADRID EN EL CINE

DE EDGAR NEVILLE

Por Luis GOMEZ MESA



Imagen deformada humorísticamente de Neville.

LE interesaba de la vida todo, lo bueno y lo malo, y a veces lo mediano, pero esto menos. Sabía ver en las personas y en las cosas, primero la apariencia y después de atenta observación lo esencial. Escritor por temperamento, al licenciarse en Derecho cumplió lo que tenía muy meditado cuando empezó esos estudios: no ejercer la abogacía. Pero tenía una gran preparación para su vocación literaria. ¡Cómo le atraía el extranjero! ¡Ah, conocer países distantes y distintos! Eligió la diplomacia para satisfacer ese deseo, no sólo gratuitamente, sino como medio primordial del sustento. Contentísimo de su actividad, cuantas experiencias aprendía en ese ir y venir de un lugar del mundo a otro, las aplicaba a lo literario. Publica libros, artículos, cuentos en diarios y revistas, estrena obras de teatro... Y por su dominio del inglés y, naturalmente, del es-



Edgar Neville elige una escenografía madrileña auténtica.

pañol, le contrata una productora de Hollywood para que se encargue de los diálogos de las películas «habladas en nuestro idioma», que hace en diversas versiones. Esa enseñanza práctica de cine en los estudios de filmación le sirve para aplicarla cuando, ya en Madrid, amplía su labor artística en la realización de películas. Humorista, porque lo es en sus miradas deformadoras de la existencia y de sus acaecimientos y de los protagonistas y demás personajes, y en su carácter guasón, pero a la española, dicho más exactamente «a la madrileña», su pri-

mera película es un desenfoque de hechos reales. Sobre unos sucesos verdaderos, la fantasía. «Falso noticiario» es el título de su entrada en los ámbitos cinematográficos. Falso, pero que pudo ser cierto. La botella de champán que, arrojada con fuerza por la esposa de una gran figura de la política en la ceremonia de la botadura de un buque, al estrellarse en su proa le hunde. El monumento a Emilio Castelar, presidente en la primera República de España, en Madrid, en la plaza de su nombre, en el paseo de la Castellana, adquiere movilidad, y

esas damas desnudas que le adornan descenden como están y así se exhiben, para sorpresa y deleite de las gentes que casualmente se hallaban allí...

Edgar Neville, captado definitivamente por el cine, se siente madrileño neto. Imaginativo, castizo «a la moderna», de los que «están al día», sin mordacidad, vivales y, más que simpático, campechano. Sus miradas son como esos fogonazos de los fotógrafos verbeneros que retratan a una aristócrata amiga de lo popular o a una menestrala, y de acompañante, su novio de turno o el último, que no tardará en ser su marido, con la Giralda sevillana como fondo o una plaza de toros, asomados a un burladero. Con la diferencia de que él no necesita de esa escenografía barata; está en su fantasía y emplea la que conviene al momento. De esos fotógrafos ambulantes, algunos fijos, permanentes en un sitio estratégico por lo concurrido, prefiere al de la puerta principal del Retiro, en la plaza de la Independencia, con su caballito de cartón para que se monten en él los niños y también los mayores, si es su gusto.

«Do, re, mi, fa, sol» —mediometraje argumentado—, su segunda película, es chungón. Como descubre el título, musical más que bromista; de gracia intencionadamente desafinada, esto es, exageradísima. De eficaces resultados en los espectadores, que no pueden —aunque lo quieran— parar su hilaridad, estallante en carcajadas.

Sin seguir un orden cronológico y sí el señalado por la temática, descuellan en la filmografía de este madrileño de tan dispersa actividad —novelista, comediógrafo, director de películas, autor de artículos, todo ejercido humorísticamente, y diplomático de carrera, esto tomado muy seriamente— estos títulos importantes, muy distintos: «Domingo de Carnaval», «El crimen de la calle de Bordadores», «El último caballo», «El marqués de Salamanca», «Mi calle», «Frente de Madrid» y «La torre de los siete jorobados». Todos en el enunciado «Madrid en el cine de Edgar Neville».

En «Domingo de Carnaval» resurgen unos tiempos cercanos, pero ya lejanos en el evolucionar de costumbres, de un Madrid granguñolesco. Y ningún pintor lo captó mejor que Gutiérrez Solana. En las obras más definidoras de este gran artista, continuador de Goya en



"Domingo de Carnaval". Un Neville con influencias de Goya y Solana.

plasmar «monstruos engendrados por el sueño de la razón», se inspiró Neville. El Rastro —con el texto de Ramón Gómez de la Serna de guía—, San Antonio de la Florida, con la ermita que guarda una de las más geniales e impresionantes creaciones goyescas, típicos lugares de la ciudad y de sus afueras, son los escenarios auténticos de la película. Una costumbre, ya desaparecida, del miércoles de ceniza, como el entierro de la sardina. Máscaras con caretas horribles, asustadoras, como en algunos cuadros de Solana. Esta película, una de las más madrileñas de Neville, es como un homenaje, más que de admiración, de fervor a Goya y Solana.

«El crimen de la calle de Bordadores», sugerida por un suceso verdadero, es melodramática. Un ama tiránica, avara. Una sirvienta joven y bonita. Un chulo... Personajes de folletín, como muchos de los refle-



Secuencia de "Mi calle".



Julia Lajos, Mary Delgado y Antonia Plana en "El crimen de la calle Bordadores".



Durante el rodaje de "Domingo de Carnaval".



Edgar Neville dirige a Maruja Tomás.



Edgar Neville o el humorismo optimista.

prueba más del amor de Neville a su ciudad natal.

Y «La torre de los siete jorobados», adaptada por José Santugini de una novela de Emilio Carrere —madrileño y madrileñista—, es una trama de misterio, que sucede en una zona histórica de nuestra ciudad, en donde estuvo el barrio judío. Aspectos poco conocidos de la capital. Muy interesante.

Nacido Neville en Madrid en 1899, muere en esta villa en 1967. Fiel a su carácter chispeante —con alma de chispero de la época goyesca—, supo reflejar en unas películas la realidad y en otras inventarse, con su imaginación, una diferente, superior a la verdadera, derivada de sus esencialidades. Más importante como escritor, como guionista, que como director —tenía en la utilización de la técnica un estilo espontáneo, nada preciosista, como en lo literario—, merece que se considere su obra como «cine de autor». No porque fuesen suyos argumento, guión y dirección —exceptuados contadísimos títulos—, si-

jados en sus pasiones por Pérez Galdós.

«El último caballo» es la despedida emocional a ese coche peculiarmente madrileño llamado «simón». Relato de amor entre una florista —tipo muy madrileño— y un soldado.

«El marqués de Salamanca», evocación de este prócer, que engrandeció Madrid al construir, en estudiada ordenación urbana, el barrio que lleva su nombre. Muy cuidada ambientalmente, se «rodaron» los interiores en el Museo Romántico.

«Mi calle» es su historia y la de sus vecinos. Variedad de personajes, con sus problemas. Intimidades descubiertas en un tono de sainete, que al modernizarlo hace válido Neville.

«Frente de Madrid» ocurre cuando nuestra guerra, y tiene una parte cierta, la que sucede en las trincheras en la parte nacional, y otra embustera, de mala información, documentalmente desorientada, que transcurre en la ciudad, en poder aún de los rojos. (Coproducción de España e Italia, se titula en este país «Carmen entre los rojos».)

La secuencia en que el joven voluntario, Carlos Muñoz, muere, a la vista de Madrid, en brazos del veterano, Rafael Rivelles, es una



Fernando Fernán-Gómez en "El último caballo".



*Uno de los pasajes más emotivos de
"Frente de Madrid".*



*Conchita Montes, Edgar Neville y Ted
Palhe, en pleno trabajo de rodaje.*

no por infundir a sus películas un tono personalísimo. Ya en la cima del éxito —en la medida que tiene en nuestro país el concepto—, efectuó unos medimetrojes, como en sus comienzos, muy divertidos. Uno interpretado por la cupletista, muy guapa, muy desenvuelta, Maruja Tomás, y otro hecho en una barraca verbenera, cuando en Madrid se celebraban estos festejos populares, con Amalia Isaura, tan graciosa, y la intervención de enanos, gigantes, la mujer más gorda del mundo, etc.

«La vida en un hilo», que primero fue guión de película, luego obra teatral y más adelante comedia musical, y «El baile», que primero fue obra de teatro y después película, pueden incluirse en sus obras madrileñas, ya que suceden en nuestra capital. Pero son de interiores. No muestran avenidas, paseos, calles, rincones de nuestra ciudad.

Con la universalidad, esa aptitud para la expansión del madrileño más genuino, Neville, conocedor del mundo por su actividad de diplomático —de no serlo, lo hubiese cumplido lo mismo como «enviado especial» o corresponsal—, acometió temas y géneros muy diversos. En su etapa inicial dirigió «El malvado Carabel», de esta novela de Wenceslao Fernández Flórez, y «La señorita de Trévez», de esta comedia de Carlos Arniches. Después, «Correo de Indias», evocación de nuestra época imperial, temática que no sentía, opuesta a sus gustos y preferencias. Y hasta se atrevió a realizar una segunda cineversión hablada de «El señor Esteve», de Santiago Rusiñol, que hizo en tiempos de las pantallas mudas el catalán Lucas Argilés.

Su afición taurina le mueve a efectuar «El traje de luces», en que presenta con originalidad facetas inéditas de nuestra «fiesta brava». Y en «Duende y misterio del flamenco» —en color— capta con fervor esta singularidad española, tan difícil de entender en su autenticidad, bailes y canciones antiguos y muy de hoy, sin caer en el falseamiento para engaño de propios y



Conchita Montes y Fosco Giacheti en "Frente de Madrid".

forasteros del espectáculo «folklórico». Pilar López y Antonio son sus figuras principales.

Otros títulos de su filmografía son: «Nada», de esta novela de Carmen Laforet, primer Premio Nadal; «La ironía del dinero», «Café de París» y «Cuento de hadas».

Han trabajado en sus películas nuestras mejores artistas: Conchita Montes —protagonista de la mayoría—,

Mary Delgado, Conchita Montenegro, María Gámez, Antoñita Colomé, Fernando Fernán-Gómez, Manuel Luna, Guillermo Marín, Antonio Vico, Rafael Rivelles, Carlos Muñoz.

En la galería de madrileños dedicados al cine, tiene Edgar Neville un puesto de realce.

L. G. M.

APUNTES PARA UN CATALOGO DE LAPIDAS MADRILEÑAS

Por JUAN SAMPELAYO

VI

I. *Carderera, Mariano.*—Huesca 1816 Madrid. 1893. Pedagogo.

II. Por su gran labor desde el Ministerio de Instrucción Pública así como por sus publicaciones pedagógicas al ocurrir su fallecimiento el 15 de enero de 1893, el Centro de los Maestros Auxiliares de la Escuela de Madrid, quiso mostrarle su gratitud, tomando la iniciativa de dedicarle una lápida en la casa donde vivió y murió en la calle de Moreto número 1.

III. La lápida de mármol blanco lleva una inscripción en negro que reza así: «A la memoria del ilustre pedagogo y maestro español Don Mariano Carderera y Poto. El Centro de Maestros Auxiliares de las Escuelas de Madrid. 13 de octubre 1816-15 enero 1893».



IV. El homenaje y descubrimiento de la lápida citada tuvieron lugar el domingo 4 de junio de 1893. Asistieron el director general de Instrucción Pública, el presidente de la Diputación Provincial, el director de la Normal de Maestros, así como un grupo de cincuenta maestros y otra comisión de maestros auxiliares. En el acto pronunciaron palabras de ensalzamiento del homenajeado el presidente de la Diputación Provincial, señor España, el director de la Escuela Normal señor Sarresí, el jefe del Negociado del Ministerio de Fomento señor Genero, el director general de Instrucción Pública señor Vincenti y los maestros señores Blanco y Guillen. A todos ellos contestó con sentidas frases de agradecimiento el profesor de la Escuela de Ingenieros de Caminos don Mariano Carderera, hijo del homenajeado.

* * *

I. *Merce, Antonia.*—Buenos Aires, 1889. Bayona, 1936. Bailarina, coreógrafa.

II. Fue su hermano quien realizó las oportunas gestiones cerca del Ayuntamiento de Madrid, que las acogió con toda prontitud y entusiasmo para la colocación de una lápida recordatoria de su memoria en la casa donde vivió la gran artista en un barrio popular madrileño y exactamente en la calle del Olmo, 23.

III. La lápida es de cerámica y lleva, además de la inscripción, una imagen en silueta de la bailarina vistiendo traje de volantes. La inscripción aludida dice así: «Antonia Mercé, nació 4 de septiembre de 1890. Murió 18 de julio de 1936. En esta casa vivió y aprendió el baile con el que fue admiración del mundo y gloria de España».

IV. Fue inaugurada dicha lápida el sábado 22 de octubre de 1953. Asistieron numerosas personalidades y en nombre del Ayuntamiento el teniente de alcalde don Joaquín Campos Pareja. Hizo uso de la palabra el secretario perpetuo de la Real Academia de Bellas Artes, don José Francés, quien trazó una bella semblanza de la artista que con su arte, dijo, llevó el nombre de España a todo el mundo. Acto seguido dio lectura a unas breves y bellas cuartillas el escritor y periodista don Mariano Daranas, en las que recordó diversos aspectos de la vida en España y en el extranjero de la gran artista. Acto seguido la Banda Municipal de Madrid, que asistía al acto, interpretó «Córdoba», de Albeniz y el «Amor Brujo», de Falla.

* * *

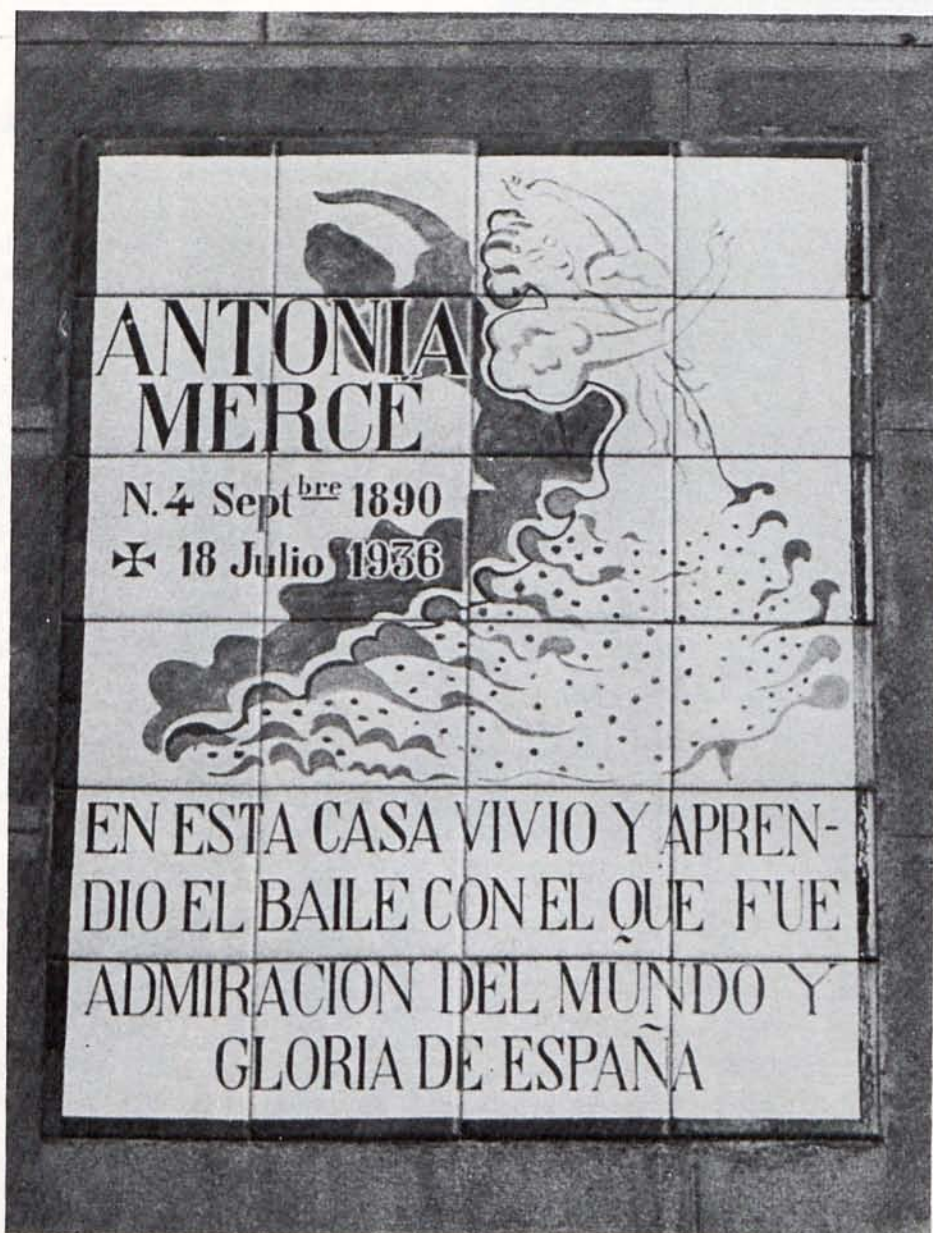
I. *Pelayo, Marqués de Valdecilla. Ramón.*—Santander, 1850. Santander, 1932. Filántropo.

II. A su regreso de América, donde hizo una colosal fortuna, realizó numerosos donativos a diversas instituciones españolas y entre otros, uno muy cuantioso a la Universidad. Con el mismo se construyó un pabellón junto aquella (San Bernardo, 47), en su vuelta a Noviciado, 3. Fue la Universidad quien le ofreció una lápida a la entrada de aquél.

III. La misma es de mármol blanco con un retrato en bajo relieve de Valdecilla, figurando sobre éste el escudo de España. La leyenda de la lápida dice así: «Al Excelentísimo Señor Don Ramón Pelayo, Marqués de Valdecilla, eximio y preclaro español

cuyo patriotismo y amor a la cultura, levantó este cuerpo de edificio universitario. La Universidad agradecida. MCMXXVIII».

IV. La inauguración de la lápida tuvo lugar el 10 de octubre de 1928, coincidente con la fecha en que se inauguró el Pabellón Valdecilla. Asistió el presidente del Gobierno, don Miguel Primo de Rivera, el ministro de Instrucción Pública, señor don Eduardo Callejo y el catedrático de Derecho señor don Gascón y Marín, que había presidido la Junta encargada de administrar la donación. En el acto de descubrimiento de la lápida hablaron el señor Gascón y Marín y en representación del Gobierno el ministro señor Callejo. La cortina que cubría la lápida fue descorrida por la señorita Pepita Callao, alumna de la



F. U. E. Al acto asistieron numerosas personalidades de la vida universitaria española.

* * *

I. *Madrazo, Federico.* — Pintor. Roma, 1815. Madrid, 1894.

II. En la sesión celebrada por la Real Academia de Bellas Artes el 11 de junio de 1894, se dio cuenta a la Corporación de una comunicación de don Raimundo de Madrazo participando que su padre don Federico, director de la Academia, había fallecido el día anterior en su casa de la calle de la Greda, 22.

Entre otros acuerdos adoptó la Academia los de colocar una lápida con-



I. *Cruz de la, Ramón.*—Madrid, 1751. Madrid, 1794. Escritor y comediógrafo.

II. La iniciativa de la colocación de la lápida fue debida al académico de la Española don Emilio Cotarelo Mori, haciéndolo suya el Ayuntamiento Madrileño, presidido a la sazón por el marqués de Aguilar de Campoo y encomendado por éste la redacción de la lápida a la Academia Española.

III. Se situó la lápida en la calle de Cedaceros, 1, esquina a la de Alcalá. Era de mármol blanco con adornos dorados y el siguiente texto: «En esta casa murió el 5 de marzo de 1794 don Ramón de la Cruz, el más fecundo de los poetas dramáticos del siglo XVIII, maestro en la pintura de costumbres populares. La Villa de Madrid dedica a su preclaro hijo este recuerdo».

memorativa en uno de los salones de la Academia y otra —si el propietario lo consentía— en la casa donde falleció, comisionando para estas gestiones a los señores Salces y Fernández.

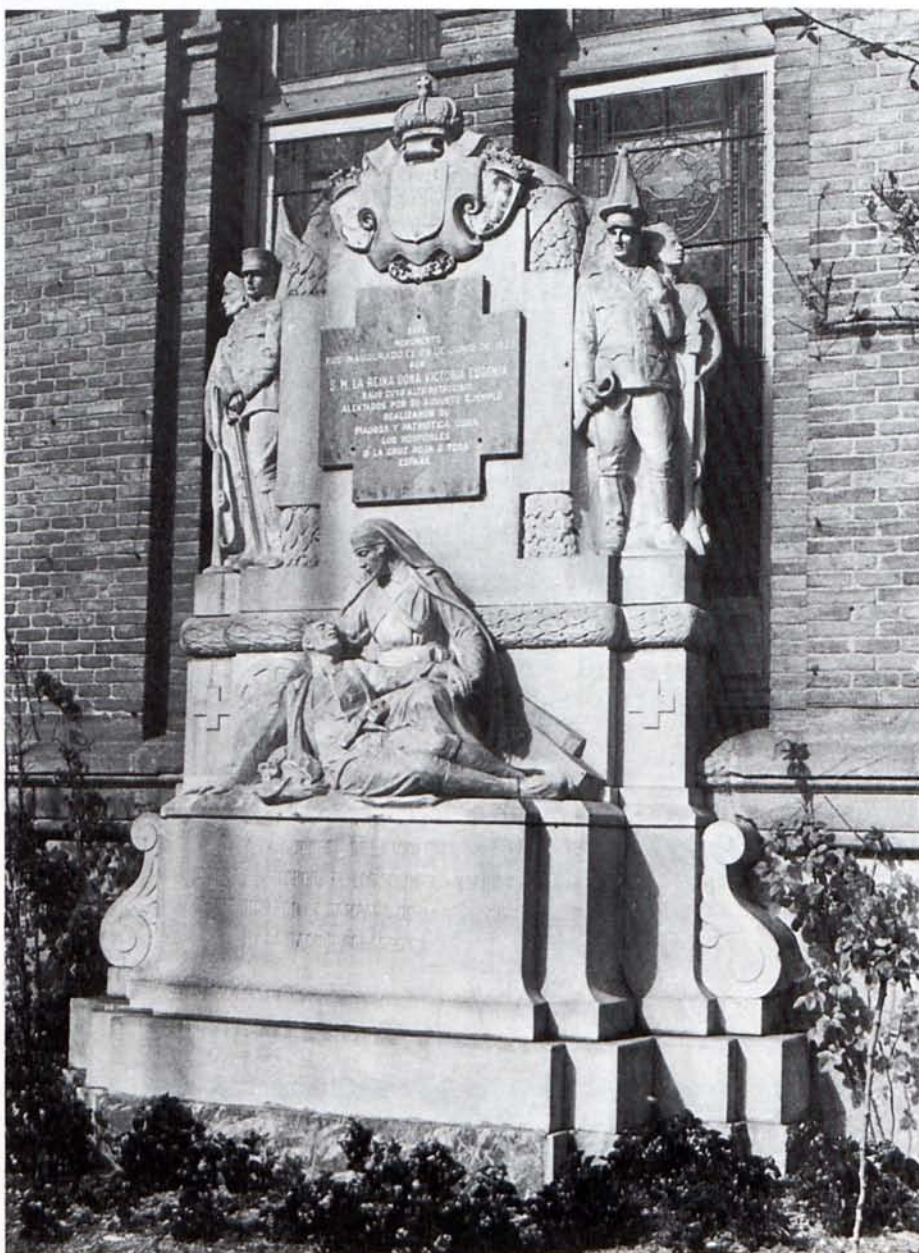
En sucesivas sesiones de la Academia se fue tratando de la lápida hasta que quedaron terminados los dibujos de la misma, y se entregaron los mismos al marmolista don Claudio Estrada, quien se comprometió a realizar en breve su labor en la suma de 1.468 pesetas. En diciembre de 1884 la Academia se enteró que el Ayuntamiento había cambiado de nombre a la calle de la Greda por la de los Madrazos. Meses más tarde la lápida estaba terminada y autorizada la colocación por el propietario del inmueble.

III. La inscripción de la lápida dice así: «A la memoria de don Federico de Madrazo, pintor insigne que vivió en esta casa y falleció en ella a 10 de junio de MDCCCXCIV».

IV. El descubrimiento de la lápida tuvo lugar el sábado 3 de abril de 1895. Con anterioridad a este acto se celebró esa misma mañana una sesión solemne en la Academia y a continuación se trasladaron todos frente a la casa. Estaban presentes el director de la Corporación, don Pedro Madrazo, y numerosos académicos.

El director, en nombre propio y el de su familia, dio las gracias a la Corporación por la colocación de la lápida.

* * *



La citada casa fue derribada, desconociéndose actualmente el paradero de la mencionada lápida.

IV. El sábado 26 de mayo de 1900 fue descubierta la lápida mencionada bajo la presidencia del alcalde de Madrid, don Manuel Allende-Salazar. La acompañaba el secretario de la Corporación, señor Ruano y formaba frente a la casa un escuadrón de la Guardia Municipal a caballo. Se encontraban presentes numerosos escritores y artistas, entre otros, los académicos señores Núñez de Arce, Echegaray, Conde de la Viñaza, Uhagon y los señores Bonilla, Vital Aza y Luceño.

En el acto pronunciaron parlamentos los señores Núñez de Arce, Allende-Salazar y Olmedilla, que como familiar dio las gracias a todos los presentes.

* * *

I. *Iglesia de San Fermín.*—Paseo de Eduardo Dato, 10.

II. Las lápidas que historiamos fueron ambas colocadas a instancias de la Congregación de San Fermín de los Navarros, que tiene su sede en la citada iglesia, hoy parroquia.

III. Los textos de las lápidas que se encuentran situadas a derecha e izquierda de la puerta principal de la iglesia, dicen así: «1936-1939. En memoria de los mártires inmolados por la santa causa de la religión y de la Patria. Congregantes de San Fermín de los Navarros: Don Fermín Arteta y Goñi; Don Joaquín Beunza Redin; Don Víctor Pradera Lerumbe; Don Eugenio Esquiro Piudo; Don Francisco Uroz Elorza; Don Miguel Andreu Legarra. RR.PP. Franciscanos de esta Residencia: R. Mariano Ansótegui; R. P. Manuel Marcos; R. P. Juan Capistrano; R.P. Luis Carrión; R.P. Antonio Calvet; Fray Martín Fernández».

La otra reza así: «Como recuerdo de la gesta heroica de Navarra en el Movimiento Nacional y homenaje a quien tan recientemente atesora las virtudes de la raza, concedo a la provincia de Navarra la Cruz Laureada de San Fernando, que desde hoy deberá grabar en su escudo. (Dado en Burgos a 6 de noviembre de 1937.)

Pueblo de Navarra, espíritu de España, sois la flor de nuestras costumbres, sois el hálito de España en los momentos del Movimiento Nacional.



La sangre de vuestros héroes, el espíritu de vuestra raza, la generosidad de vuestras madres quedará grabada en mi corazón y en el de todos los españoles. Hoy España os rinde el homenaje debido a vuestro entusiasmo, a vuestro espíritu, a vuestra fe de buenos españoles y vuestra grandeza de católicos. (Palabras de S. E. el Jefe del Estado en Pamplona el 11 de noviembre de 1937.)

IV. La inauguración de ambas lápidas tuvo lugar el 3 de diciembre de 1941, festividad de San Francisco Javier. En dicho acto hablaron el ministro de Justicia, Excmo. Sr. D. Esteban de Bilbao; el presidente de la Real Congregación de San Fermín de los Navarros, vizconde de Eza y el reverendo padre don Juan de Legisima, quien lo hizo en nombre de la Comunidad de franciscanos.

I. Museo de Reproducciones Artísticas, ayer, y hoy Museo subsidiario del de Arte Contemporáneo. Calle de Felipe IV, sin número.

II. En el lapso de tiempo que media del 17 de agosto de 1944 al 19 de agosto de 1948 en que falleció don José Ferrandis Torres, director del Museo de Reproducciones Artísticas, fue aceptada por éste la iniciativa del arquitecto conservador del Museo don Víctor d'Ors, de que figuraran en la fachada lateral norte las dos inscripciones que en ella se ostentan actualmente, la una, como lema estético de don Eugenio d'Ors y que debe orientar las producciones que se guardan en un Museo de Arte y la otra como recordación de un hecho.

III. Las lápidas llevan un texto que dicen así: «Todo lo que no es tra-



dición es plagio» y «Siendo Franco Caudillo MCMXLII. VII».

IV. El 15 de noviembre de 1950 tuvo lugar el acto del descubrimiento de las lápidas. Al mismo acudieron el subsecretario de Educación Nacional don Jesús Rubio, así como los directores generales de Bellas Artes, de Enseñanza Universitaria y Archivos y Bibliotecas y de Propaganda, señores Marqués de Lozoya, Alcázar, Bordonao y Rocamora. El subdirector del Museo, don Gonzalo Díaz López, pronunció unas breves palabras en torno a la historia del Museo y a las mejoras últimamente llevadas a cabo en él, y las cuales fueron contestadas por el subsecretario señor Rubio y García Mina. Entre los asistentes al acto figuraban los miembros del Patronato del Museo señores don José Francés, Conde de Doña Marina, Navascués, Lasso de la Vega y el Arquitecto Conservador don Víctor d'Ors.

* * *

I. Valera y Alcalá Galiano, Juan. Cabra, 1824. Madrid, 1905. Escritor, académico, diplomático.

II. El 18 de octubre de 1909 el senador Conde de Casa Valencia propuso una tarde en la Alta Cámara (Senado) la colocación de una lápida que recordase su memoria en la casa de la Cuesta de Santo Domingo, 25, donde vivió el senador y académico don Juan Valera. Esta propuesta fue recogida por el ministro de la Gobernación, quien trasladó el ruego del Conde de Casa Valencia al Ayuntamiento Madrileño, quien lo acogió con toda complacencia.

Después de mucho expedienteo, tanto en la Alta Cámara como en el Ayuntamiento, éste sacó a concurso la confección de la lápida en mármol y su correspondiente colocación, en cuanto a ésta y a ruegos del dueño del inmueble, hubo de reducirse las dimensiones de la misma, para estar más de acuerdo de este modo con el lugar donde había de ser colocada.

III. El texto de la lápida dice así: «En esta casa vivió y murió el eminente literato don Juan Valera y Alcalá Galiano. El Ayuntamiento de Madrid, 1912».

IV. Es por una comunicación del Ayuntamiento por la cual se tiene el

único dato de la colocación de ésta que fue hecha en 9 de diciembre de 1912 sin ceremonia alguna.

* * *

I. Hospital de la Cruz Roja «San José y Santa Adela». Avenida de Reina Victoria, 22.

II. Monumento con inscripción lapidaria en mármol. Consta éste de una Cruz Roja que lleva encima el Escudo de España y a los lados cuatro militares de distintas armas y abajo un grupo de enfermeras recogiendo un soldado herido. El monumento está adosado a la fachada del Hospital y fue erigido por la Cruz Roja Española en reconocimiento a la labor que llevó a cabo la Duquesa de la Victoria durante las campañas de Marruecos, al frente de la Institución.

III. La inscripción del monumento reza de este modo: «Este monumento fue inaugurado el 29 de julio de 1925 por S. M. la Reina Doña Victoria Eugenia, bajo cuyo patrocinio y alentadas por su augusto ejemplo realizaron su piadosa obra los Hospitales de la Cruz Roja de toda España.

«A la Duquesa de la Victoria, insigne bienhechora de los soldados heridos y enfermos por la campaña de Marruecos. La Nación agradecida.»

IV. La inauguración de este monumento lapidario tuvo lugar en la mañana del sábado 29 de junio de 1925, siendo descubierto por S. M. la Reina Victoria Eugenia y asistiendo al acto la Reina Madre Doña María Cristina y la Infanta Isabel. Igualmente se hallaban presentes el Patriarca de las Indias, el Obispo de Madrid-Alcalá, el escultor autor de la obra señor González Pola, la Junta Suprema de la Cruz Roja Española, los ex ministros señores La Cierva y Goicoechea y el personal facultativo y enfermeras del Hospital.

En primer lugar hizo uso de la palabra la señora de Laá en representación de la Marquesa de Altamira, Presidenta de la Comisión Organizadora, y la cual destacó la personalidad de la Duquesa de la Victoria, cosa que asimismo hizo en un brillante parlamento el Marqués de Lema.

J. S.



